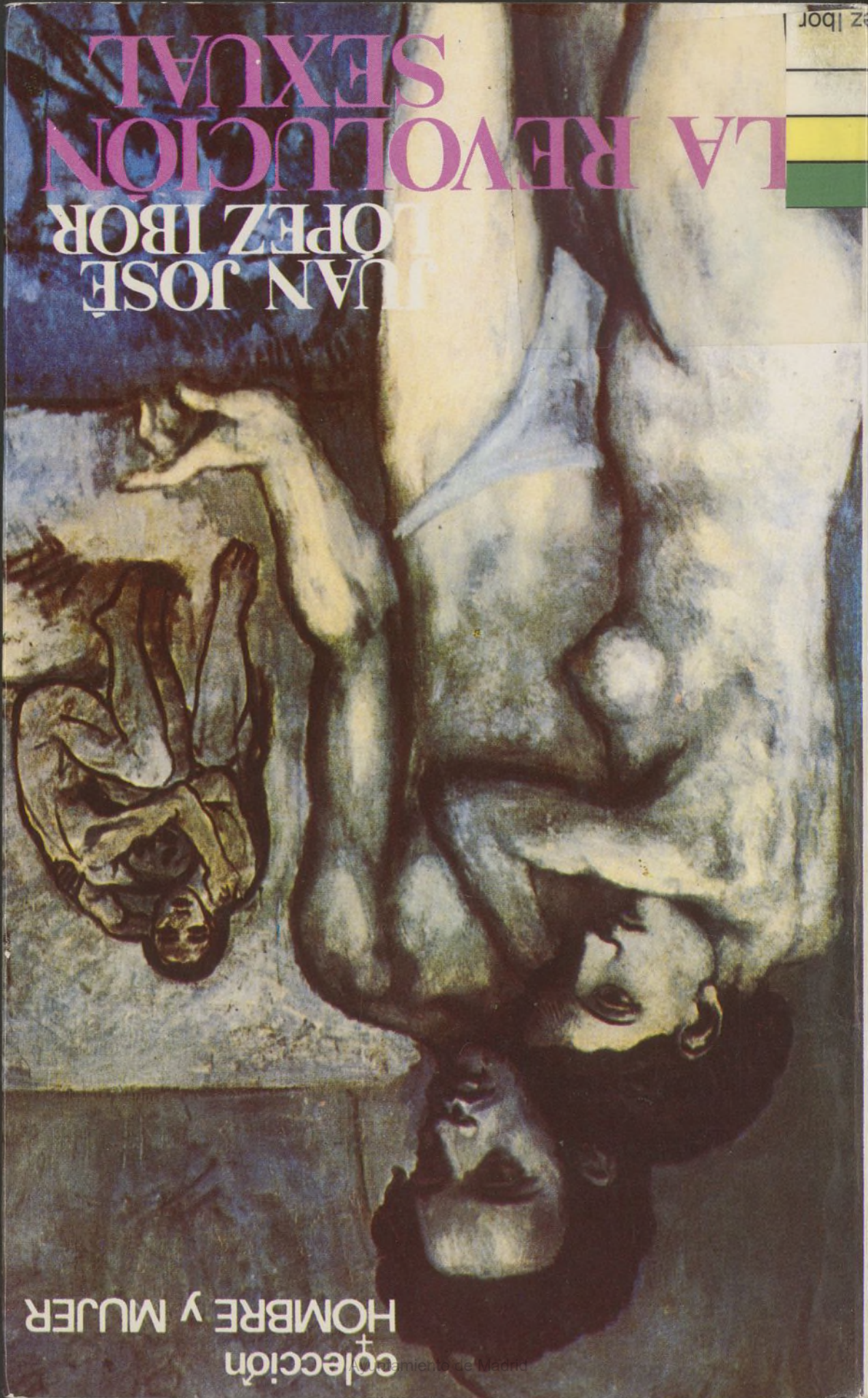


LA REVOLUCION SEXUAL

JUAN JOSE LOPEZ IBOR



colección [†]
HOMBRE y MUJER

Comentarios de Madrid

El profesor López Ibor es catedrático de Medicina Legal, Psiquiatría y Psicología Médica. Autor de más de treinta libros y quinientos artículos de su especialidad, son conocidos sus volúmenes sobre *La angustia vital*, *Tratamientos psiquiátricos*, *El español y su complejo de inferioridad*, *La vida sexual*, *Freud y sus ocultos dioses*, *¿Cómo se fabrica una bruja?*, etc. Miembro de la Real Academia de Medicina, de la de Ciencias de Moscú, Lisboa, etc., fue investido como doctor "honoris causa" en diversas universidades extranjeras. Es miembro fundador y en la actualidad presidente de Honor de la Asociación Mundial de Psiquiatría.

La investigación del autor gira, en este caso, en torno a un básico interrogante: ¿se ha modificado la esencia humana y la significación de la vida sexual misma para el hombre actual? Sobre este planteamiento el libro se inserta en el cauce de nuestra más vigente problemática actual, avalado por la sólida visión científica del profesor López Ibor.

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

2 | colección
HOMBRE y MUJER

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

JOAN JOSÉ LÓPEZ 1807

La revolución
sexual

2 | colección
HOMBRE y MUJER

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

5 | colección
HOMBRE Y MUJER

colección
HOMBRE y MUJER

Dirigida por los doctores JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR y
SOCORRO ALIÑO

© Juan José López Ibor, 1977

Cupsa Editorial, Cristóbal Bordú, 35, 2.º (207). Madrid-3

Cubierta: Jordi Royo (Montaje: Joaquín Blanco)

Primera edición: diciembre de 1977

Depósito legal: M. 39.776/1977

ISBN: 84-390-0059-6

Impreso en España

Estampación: Altamira. Ctra. de Barcelona, Km. 11,200. Madrid

Sumario

- 11 La revolución sexual
La armonía biológica, 12; Nuevos conocimientos biológicos, 15.
- 26 El misterio de la sexualidad
- 30 El placer de la acción
- 31 La cultura del placer
- 37 La liberación sexual
- 43 El extraño personaje que fue Wilhelm Reich (1897-1957)
- 51 La «energía orgónica»
- 55 «La función del orgasmo»
- 58 «El carácter genital»
- 60 La antropología
- 63 Sentimientos oceánicos
- 65 El Paraíso significa volver al tiempo anterior al histórico
- 68 Un afrodisiaco para la revolución sexual
- 72 Siguen los extremismos...
- 77 El carácter según Wilhelm Reich
«Carácter genital», 77; Diferencias entre sexualidad y genitalidad, 81; Diferencias entre Freud y Wilhelm Reich, 84.
- 87 Ruptura definitiva entre Wilhelm Reich y Freud
- 89 La «coraza personal»
- 97 Decálogo de Wilhelm Reich
- 101 Consecuencias de estas ideas en los jóvenes
La sexualidad y los jóvenes, 101.
- 111 «Discurso dirigido al homúnculo»
- 115 La desintegración
- 118 Difusión del tema de la sexualidad

121	Herbert Marcuse y algunos aspectos de sus ideas de la sexualidad
128	Vueltas a rueda de la desintegración
134	También algunos psiquiatras se contagiaron del «boom» sexual: «Love therapy»
136	Grupos de la «Sensibility training»
142	Las asistentes sexuales
145	La terapéutica Z («Z-Therapy»)
150	Matrimonio en grupo

11	La revolución sexual
12	La escuela biológica 15; Nuevos conocimientos biológicos 17
26	El misterio de la sexualidad
30	El placer de la acción
31	La cultura del placer
37	La liberación sexual
43	El extraño personaje que fue Wilhelm Reich (1897-1957)
51	La «energía orgánica»
55	«La función del orgasmo»
58	«El carácter genital»
60	La antropología
63	Sentimientos ocultos
65	El Paraiso significa volver al tiempo anterior al histórico
68	Un erotismo para la revolución sexual
72	Siguen los extremismos...
77	El carácter según Wilhelm Reich
	«Carácter genital», V; Diferencias entre sexualidad y genitalidad, 81; Diferencias entre Freud y Reich, 84
87	Ruptura definitiva entre Wilhelm Reich y Freud
89	La «corona personal»
97	Declive de Wilhelm Reich
101	Consecuencias de estas ideas en los jóvenes
	La sexualidad y los jóvenes, 101
111	«Discurso dirigido al homosexual: la mujer lesbiana»
115	La desintegración
118	Duración del tema de la sexualidad
	Wilhelm Reich y sus teorías de la sexualidad, 118

La revolución sexual

Hace algún tiempo adquirió una gran difusión la expresión «Revolución sexual». Ahora estamos llegando al punto en que, dentro de la literatura profesional, unas veces se acepta y otras tantas se niega tal expresión. Y de aceptar, su primera manifestación contemporánea parece en los estudios de Kinsey y de Masters y Johnson. Lo cierto es que los conocimientos anteriores sobre la sexualidad no eran óptimos. Una vez se trataba de confesiones de los enfermos, con las especulaciones subsiguientes del que las escuchaba. Otras eran tratados sobre el tema sexual. Hubo un tiempo en que se atribuyó a Kinsey y se subordinó a Freud. La experiencia ha demostrado que en ambos hay un núcleo de verdad, pero no una revolución. En ambos, eso sí, hay un esfuerzo de comprensión.

Ya hace muchos años, en el momento de la aparición de los dos libros de Kinsey sobre la sexualidad del varón y el posterior sobre la sexualidad de la mujer, hice una crítica de su sistema de encuesta y la falsedad —advertida por supuesto para él— de algunos de sus resultados. Hoy, a decir verdad, las críticas con el método y libros de Kinsey se hacen son mucho más aceradas que las más lo fueron en su tiempo.

Lo único que resulta evidente es la frecuencia con que los investigadores discuten hoy de las actividades

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

121	Martha Marras y algunos aspectos de sus ideas de la sexualidad
128	Vueltas a rueda de la desintegración
134	También algunos psiquiatras se contagiaron del ébano sexual: «Love therapy»
136	Grupos de la «Sensibility training»
142	Las asistentes sexuales
143	La terapéutica Z («Z-Therapy»)
150	Matrimonio en grupo

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

La revolución sexual

Hace algún tiempo adquirió una gran difusión la expresión «Revolución sexual». Ahora estamos llegando al punto en que, dentro de la literatura profesional, unas veces se acepta y otras tantas se niega tal expresión. Y de aceptarla, su primera manifestación contemporánea aparece en los estudios de Kinsey y de Masters y Johnson. Lo cierto es que los conocimientos anteriores sobre la sexualidad no eran despreciables. Unas veces se trataba de confesiones de los enfermos, con las especulaciones subsiguientes del que los escuchaba. Otras eran tratados «sobre el tema sexual». Hubo un tiempo en que se alzaprímó a Kinsey y se subestimó a Freud. La experiencia ha demostrado que en ambos hay un adarme de verdad, *pero no una revolución*. En ambos, eso sí, hay un esfuerzo de comprensión.

Ya hace muchos años, en el momento de la aparición de los dos libros de Kinsey sobre la sexualidad del varón y el posterior sobre la sexualidad en la mujer, hice una crítica de su sistema de encuestar y la falacia —inadvertida por supuesto para él— de alguno de sus resultados. Hoy, a decir verdad, las críticas que al método y libros de Kinsey se hacen son mucho más aceradas que las mías lo fueron en su tiempo.

Lo único que resulta evidente es la frecuencia con que los investigadores discuten hoy de las actividades

sexuales. Y es que el ser humano, tanto masculino como femenino, se ha dado cuenta de *la importancia y significación de la sexualidad*. Es cierto de todos modos que la ciencia y los científicos no deben apuntarse este éxito. Ha sido un movimiento general entre diversos grupos humanos. En la televisión, en los periódicos, en los más diversos medios de difusión se han propagado infinidad de teorías sexuales. Con el tiempo se podrá evaluar la experiencia más correctamente.

La armonía biológica

Es evidente la transformación del hombre contemporáneo. En cualquiera de los aspectos que consideremos, el cambio aparece tan rápido y radical que más que de una variación podríamos hablar de una mutación. Y esto ocurre también en uno de los aspectos esenciales de la vida: la sexualidad.

Goethe, en el año 1826 y en las conocidas conversaciones con Eckermann, dijo: «Aunque en conjunto el tiempo progresa, la juventud tiene que empezar desde el principio y repetir las épocas de la cultura mundial.» Paso a paso y ordenadamente, podríamos añadir. A primera vista es como si se hiciese eco de lo que Haecker llamó «ley fundamental de la biología o ley de los seres vivos». Según ella la *ontogénesis*, tanto biológica como psicológica, había que concebirla como una repetición de la *filogénesis*. Aunque ahora no se le concede ningún valor a esta afirmación de principio como si fuera exacta,

lo que sí es cierto es que *hay una analogía entre ambas evoluciones*, la ontogenética y la filogenética, sin que tengan ninguna relación entre las mismas.

Las manifestaciones del desarrollo humano referidas, por ejemplo, a la sexualidad o al juego en los niños, se parecen a formas anteriores del desarrollo de la humanidad. Pero lo cierto es que no se pueden demostrar *relaciones estrictas entre el desarrollo lógico y el desarrollo psicológico*. Esto no impide a algunos autores aceptar tal relación y describir una pubertad infantil alrededor del cuarto año de vida, una pubertad juvenil alrededor de la biológica y otra pubertad adulta que se refiere al tiempo del matrimonio. Estas fases se consideran como residuos de las formas de desarrollo por las que atraviesan los animales.

Neumann, discípulo y seguidor del pensamiento de Jung, piensa que las fases arquetípicas del desarrollo del conocimiento del «yo» y del «yo-mismo» evolucionan de una manera análoga. En la primera mitad del desarrollo individual aparecen las imágenes fascinantes de los arquetipos que subyacen la realidad que estimula a la psique a dejar correr sus fuentes hacia fuera de su ser.

Estos modos de abordar la cuestión, sobre todo la aplicación de los puntos de vista de Jung, ejercen una cierta seducción. La verdad es que todo no es más que literatura y que no se ha hallado comprobación científica alguna en los estudios científicos que se han realizado hasta ahora.

Los estudios sobre las correlaciones entre las manifestaciones psíquicas y las somáticas han sido muy mi-

nuciosamente hechos y muy detallados en el primer año de la vida. Al comienzo del desarrollo hay que observar las fases de madurez de cada órgano, que deben ser consideradas como el correlato somático primario del desarrollo psíquico. En el desarrollo del sistema nervioso —especialmente en el cerebro— se halla la clave de este momento vital, que se puede llamar prepsicológico o prepsíquico.

Ya el fisiólogo Segismund en el año 1856 habría descrito cinco periodos en el desarrollo según la aparición de una o de otra función: la fase del chupar, del ver, del coger, del correr y del hablar. Los neuroanatómicos han hecho recientemente estudios muy detenidos sobre el desarrollo cerebral. Entre ellos se afirma que las partes distintas del cerebro son activas en un orden que previamente se ha formado en el cerebro mismo. La actividad se amplía a las partes cerebrales más elevadas a partir del tronco cerebral, que contiene el *pallidum* como centro nervioso activo en el recién nacido maduro. Cuando las partes cerebrales entran en acción en el curso del desarrollo, entonces influyen los centros menos desarrollados citados, además en planos inferiores, unas veces estimulándolos y otras veces inhibiéndolos. Y así es como en el curso del primer año *las capas cerebrales se muestran diversas, como si tuvieran una edad distinta*. Unas aparecen superpuestas a las otras y hay que tener en cuenta que siempre la capa más joven es la conductora. De todas maneras la actividad cerebral se mantiene armónica a lo largo del desarrollo. Las capas inferiores pueden ser inhibidas por la actividad de las superiores. Fleschig aplicó una idea

análoga al desarrollo de la mielinización de las vías nerviosas, idea que después fue muy discutida. Max de Crinis puso de manifiesto, en relación con la madurez de algunos territorios corticales, su acuerdo con los hallazgos del famoso psicólogo Karl Bühler.

Recientemente los autores diversos se muestran más escépticos ante las afirmaciones anteriores. En cualquier caso no creo que puedan aplicarse más allá del primer año de la vida, puesto que *ya después no puede mostrarse ningún paralelismo entre el desarrollo cerebral y la conducta del niño*. Más bien la tendencia actual se inclina a creer que *los procesos de maduración se realizan como por brotes*. En definitiva, pues, el sistema nervioso lo que crea son ciertas posibilidades en el campo sobre el cual opera *el pensamiento y la vida psíquica*, pero sin establecer una correlación demasiado estrecha entre ambas.

Nuevos conocimientos biológicos

Las cuestiones fundamentales, que trataré de ampliar en páginas posteriores, son las siguientes:

1) Los conocimientos biológicos nuevos sobre la sexualidad y las auténticas diferencias que se han encontrado desde un punto de vista *social y cultural*, ¿favorecen o empeoran el ajuste psicológico y personal de la pareja sexual? ¿Se ha observado una menor frecuencia de la frigidez, de la impotencia, de las inhibicio-

nes, o han aumentado como algunos autores afirman? Lo mismo podríamos preguntarnos sobre la masturbación. Otra pregunta fundamental: ¿es la sexualidad femenina como la imaginó Freud a lo largo de sus publicaciones?

2) La liberación de muchas prohibiciones en la conducta sexual, acontecida en muchos países, ¿ha traído como consecuencia un cambio real y verdadero? La expresión verbal y otras manifestaciones externas de la liberación sexual, ¿no son más que suplencias expresivas de un modo de mantener, en el mismo nivel, los módulos anteriores de la sexualidad o la incrementan? Dicho más simplemente: al cambiar las ideas y la publicidad sobre el tema, ¿se ha modificado la esencia humana y la significación de la vida sexual misma para el hombre actual? Esta pregunta trataremos de contestarla en el curso de las páginas que siguen.

3) Las líneas del desarrollo psicosexual, tal como fueron descritas por el psicoanálisis, suponen un sistema teórico muy rígido. Por ello se habla de sexualidad infantil. Pero ¿hasta qué punto podemos establecer una correlación entre las fantasías sexuales y el sistema psicológico interno que rige la vida sexual del adulto?

4) Problema importante constituye la diferenciación entre *estadísticas* y *valores*. En primer lugar, ¿la realización de las estadísticas nos permite aprehender la sexualidad tal y como es? Y en segundo lugar, ¿son sus resultados capaces de producir un cambio en los valores constitutivos de una sociedad? Si las relaciones entre unas y otras estadísticas o cambios logran que los síntomas sexuales se transformen según las mismas

teorías sexuales, ¿puede considerarse como un síntoma de algún proceso de desviación de la normalidad, o no tiene ese carácter de síntoma y puede, en un momento determinado, convertirse en *símbolo*? Los homosexuales, en muchas partes, rechazan todo tratamiento y enarbolan la bandera de ser un estado más perfecto en la humanidad.

5) Necesitamos incluso plantear la definición misma de la adolescencia. Si el adolescente es un adulto joven que puede aprenderlo todo, cualquier legislación sobre la pornografía debe desaparecer. Si no es así y ha de aprender los viejos secretos de la humanidad a través de los medios de comunicación actuales, el problema cambia.

Un ejemplo: el problema de la bisexualidad constitucional se aborda ahora de otra manera que en Freud. Se prefiere hablar de *bipotencialidad sexual* o *dimorfismo sexual*. Algunos autores piensan que un sexo se puede dirigir hacia el opuesto modificándole las células, los tejidos y los órganos. La afirmación me parece, por lo menos, arriesgada. En el hecho primario de la bisexualidad se está de acuerdo, en general, con el pensamiento tradicional. Pero lo que tratan de demostrar los embriólogos modernos es que, en las especies animales, el estado residual o permanente es el *femenino*, y que para que aparezcan tejidos, órganos y organismos masculinos se requiere un impulso andrógeno (iniciado por lo que aparece en el cromosoma).

El desarrollo fisiológico y anatómico a cuya suma algebraica se llama *masculinidad*, especialmente el cerebro, requiere este fenómeno de masculinización en los

mamíferos. De otro modo su conducta aparecería como femenina.

El feto privado de andrógeno en los momentos críticos de su desarrollo no muestra masculinidad, a pesar de la existencia del cromosoma sexual. En el síndrome de Turner el niño carece de tejidos masculinos porque no tiene la gónada productora del andrógeno. En el síndrome de insensibilidad androgénica aparece la inhabilidad de los tejidos para responder a los andrógenos que retienen el desarrollo de la feminidad. Por otra parte, el feto femenino expuesto a una androgenia aumentada, como ocurre en el hiperadrenalismo, se masculiniza y, en casos extremos, el clítoris es anatómicamente indistinguible del pene. El cerebro humano fetal necesita ser primado con andrógeno para que se pueda desarrollar de forma masculina normal. Si el cerebro femenino fetal está sometido a mayor acción androgénica, puede ser observado un cierto aumento del carácter y aspecto masculino durante el crecimiento. Los machos con hipogonadismo congénito o con andrógenos fetales inadecuados, como ocurre en el síndrome de Klinefelter, son femeninos desde el primer momento de la infancia.

Todos estos estadios, y otros que no cito en aras de la brevedad, plantean el problema de la homosexualidad. Actualmente, los factores biológicos de la homosexualidad se consideran prevalentes y por lo tanto *la teoría freudiana de la relación interpersonal en su génesis es más que dudosa*, sobre todo si se refiere al conflicto edipal o postedipal.

La teoría libidinosa constituye la mayor parte de la

teoría de los instintos en Freud. Parte de la división tradicional de la autoconservación de la especie y termina con la hipótesis mística de la muerte de los instintos. La teoría de la libido es interpretada como debida a la concentración o convergencia de la energía psíquica, cada vez en una parte del cuerpo, que produce la catexis de la libido en aquel lugar. A la fase libidinal oral sigue la fase anal, después la fase fálica, acabando por la madurez genital, teniendo en cuenta que en medio de todas ellas está el llamado «complejo de Edipo».

Los desórdenes psicológicos se deben, según Freud, a dos clases de trastornos que ocurren en las fases libidinosas. Uno consiste en la *fijación* de la libido resultante de un predominio excesivo de los estímulos durante una fase particular y otro a la *regresión* producida por la angustia. La descripción de las fases de la libido expandidas por ciertas zonas se halla confirmada en los niños normales desde un punto de vista biológico. Sin embargo, no se ha publicado nunca ningún dato que confirme las conclusiones que se han querido deducir de la teoría de la evolución. Ni se ha demostrado que ninguna clase de neurosis ni de psicosis, incluyendo las perversiones, se hayan producido por una disrupción de las experiencias sensoriales localizadas en la boca, en el sistema defecatorio, en el urinario o en el falo.

El psicoanálisis aplicó ya desde Freud sus puntos de vista a estos problemas del desarrollo. Pero independientemente de que otro volumen de esta colección trata de las ideas de Freud y el psicoanálisis sobre estos temas, quisiera citar a un autor más próximo y más moderno en sus interpretaciones. Me refiero a Erikson. La evolu-

ción de la libido se considera en los siguientes campos: la llamada esfera oral, la anal-sádica y la genital.

Freud no considera su pensamiento sobre la libido como una piedra fundamental del psicoanálisis, sino sólo como un problema parcial en el cual incluye al complejo de Edipo. En la primera fase del desarrollo de la libido entra en función todo lo que son mucosas —especialmente para la excitación táctil— y los orificios corporales, excepto la nariz.

La organización pregenital de la libido empieza en la fase oral, que poco tiempo después se concentra en la oral-canibalística. La libido parcial se concentra alrededor de la boca como zona erógena. Incluso la alimentación está ligada a este componente libidinoso del desarrollo. La fase oral es autoerótica. El componente canibalístico se desarrolla coincidiendo con la aparición de los primeros dientes, que pueden morder el pecho de la madre. La satisfacción oral es una forma primaria de seudomasturbación.

Spitz observó que en una guardería infantil de 180 niños sólo jugaban con sus genitales, en el primer año de vida, unos veintiuno. La fase anal-sádica encierra el periodo de la adquisición placentera pregenital. Freud no ha dado ningún dato sobre la edad del comienzo de esta fase. A decir verdad, estas fases del desarrollo de la libido se consideran una construcción teórica más que ligadas a la realidad. Algunos psicoanalistas atribuyen el comienzo de esta fase anal-sádica a partir del primer año de la vida.

La diferencia en el impulso sexual se centra, siempre según Freud, en que en unos sujetos se dirige más hacia

la actividad y en otros más hacia la pasividad. Como objeto y blanco de la sexualidad sitúa como zona erógena la del intestino y su desembocadura en el ano. Más tarde describió la fase uretral, a la que no se ha dedicado demasiada atención.

La fase genital alcanza a los dos y hasta los cinco años. En lugar del pecho de la madre, como en la fase oral, prevalece la imagen de la madre en su totalidad y se engendra la situación edipiana. Aparte de la inclinación hacia la madre está el odio hacia el padre. Con el complejo de Edipo aparece el de castración, es decir, la angustia del niño ante el temor de perder su instrumento sexual. El origen del complejo de castración está en la aparición del «super-yo» del niño, consecuencia de la debilidad y dependencia del «yo» de la voluntad de los padres. El niño pasa después por una fase de latencia, para despertar más tarde en la pubertad.

Volviendo a Erikson, vamos a resumir sus tesis. La evolución de la libido para este autor es la siguiente: en el primer estadio hay una *confianza original* en el primer año de su vida. «Yo soy lo que me dan.» Los tres componentes de este estadio son la confianza primaria y una forma de autonomía, primaria también.

El segundo estadio cubre al segundo y al tercer año de vida. «Yo soy el que soy.» Los componentes son una forma tardía de la confianza originaria, la autonomía y una forma madura de iniciativa.

El tercer estadio cubre a los cuatro y cinco años de vida y se expresa con las siguientes palabras, puestas ya en la boca del niño: «Yo soy lo que imagino ser.» Los tres componentes son una forma todavía más tardía

de aquella confianza, una forma más elaborada de autonomía y la *iniciativa* sin calificativo alguno.

El cuarto estadio comienza con la edad escolar. El niño se imagina que dice: «Yo soy lo que aprendo.» Sigue después un periodo de latencia. Se considera el cuarto estadio como alentador de un sentido de trabajo y en contra del sentimiento de inferioridad.

El quinto estadio alcanza la pubertad y en él el niño trata de lograr una identidad contra la pérdida de la mismidad.

Las designaciones de Erikson son lo suficientemente claras para que necesiten de mayores explicaciones.

La teoría de la libido como explicación de la neurogénesis no ha sido considerada seriamente por los científicos fuera del psicoanálisis. Ni siquiera se puede aceptar que la teoría de la libido sea una forma de energía constituida que fluye de una a otra parte del ser humano, con la finalidad de reducir el predominio instintivo. El hombre, en general, sí siente placenteramente la reacción de cualquier función que ocurre en el organismo, tales como el comer, el dormir, la excreción, las descargas afectivas, los mismos fenómenos pruriginosos de la piel. Integrar todas estas variantes en la dinámica de la libido es volver a la teoría de los humores, formulada en tiempos pasados de la historia de la medicina.

La misma producción del placer, desde el punto de vista neurofisiológico, se considera localizada según las experiencias más recientes. El animal puede experimentar el mismo grado de placer intenso, no una vez, sino cientos de veces en una hora, con tal de que reciba

el estímulo correspondiente. La idea actual sobre el placer es que no debe considerarse como debido al flujo de una sustancia o de una energía; sino a un mecanismo del sistema nervioso central, que puede cambiar la regulación que tiene confiada por estímulos infinitesimales. Es decir, se trata de una función global desencadenada por estímulos parciales.

La adaptación entre los sexos se ha convertido para muchos en un problema técnico y, por consiguiente, ha producido una desmitologización de Eros, lo cual trae consigo la degradación. Sitúa las relaciones entre el hombre y la mujer en el plano fisiológico que aíslan los médicos e investigadores como acción y reacción y fuente de conocimiento. Como consecuencia de la misma actitud filosófica de los tiempos de la Ilustración, esto se ha ido aplicando a los diversos sectores de la actividad humana. El progreso en la ciencia natural no resulta discutible sino sólo en tanto que un científico difiera de las afirmaciones de otro. Con la ilustración sexual el problema se complica, porque puede limitarse a ser sólo científica; como la que el hombre puede aceptar sobre el mecanismo del vuelo de los pájaros o de los aviones. Pero es raro que una ciencia de este tipo, que trata de explicar los misterios más hondos de la humanidad, se mantenga en límites puramente científicos y objetivos.

La manera de enfrentarse con este problema no es calificarlo de *amoral* o incluso de *inmoral*. Esto hacía el puritanismo de otras épocas. Lo importante que se plantea todo psiquiatra o psicólogo es lo siguiente: el conocimiento de un acto y el seguir su curso con minuciosidad, ¿no acaba por perturbarlo tal como la expe-

riencia lo demuestra en otros aspectos de la vida? Hoy en día se vuelven a valorar ciertas peculiaridades que influyen en el recato puritano de los países anglosajones. (Un amante del siglo pasado tenía un modo peculiar de irse desprendiendo de sus prendas ante la amada que era completamente distinto del actual.)

A partir de Freud se admitía que entre las actividades del hombre había dos fundamentales: una la cultura y la otra el sexo. El descubrimiento de la sexualidad infantil, la dinámica de los instintos y la explicación genética de las neurosis han influido, evidentemente, en la vida actual. Parece que el hombre, con su sobrecarga instintiva, no es más que un ser libidinoso. El hombre siempre ha conocido la vida del espíritu. Lo nuevo es la influencia del instinto, sexual o de otra clase. ¿No supone un cambio en la actitud humana? Ciertamente es que la historia demuestra que los cambios son menores de lo que nos figuramos.

Los métodos nuevos no han resultado tan exactos desde el punto de vista científico como parecía. Masters mismo se apoya en un punto de vista científico-natural. *No incluye el estudio de la cualidad de reacción*, sino la existencia de una reacción frente a un estímulo.

Los sujetos elegidos para estas experiencias no son representativos del tipo medio humano, y en la selección del material que poseen, la vertiente animal es prevalente frente a las demás. En cambio, la vertiente personal aparece disminuida. Masters no parece darse cuenta de que la personalidad y la sexualidad forman parte de un conjunto. Tampoco en todas las investigaciones estadísticas se tiene en cuenta la variabilidad hu-

mana. Ni el número en las estadísticas de Kinsey, ni siquiera en modo alguno las publicaciones de Masters, resultan libres de objeciones, si es que se les quiere considerar como poseedoras del rigor científico que se les atribuye.

En Masters cabría siempre preguntar si la digestión se hace mejor, incluso la propia masticación, si se conocen con todo detalle los elementos que intervienen en ambos procesos desde el punto de vista científico. O si se realizan de un modo natural, tal como debe ocurrir en la persona normal. Muchas veces, en el análisis de un acto fisiológico mínimo, como el limpiarse con la servilleta después de comer, le convierte a uno en obsesivo. Y como éste, podríamos citar otros ejemplos.

De esta manera, y probablemente sin querer, los autores citados han convertido la sexualidad en algo de lo cual se habla tanto, que ejercen una manipulación humana. Y no sólo deben manipularse los hombres con la atenuante de perseguir fines científicos... De la manera tan drástica con que Kinsey y sus colaboradores exponen sus resultados, no acaban por convencer a nadie. Dichos resultados quieren dar validez para regir las conductas humanas. Y llevan al autor —no sin humor— a deducir que tres cuartas partes de los varones norteamericanos son psicópatas y que el 95 %, incluyendo el onanismo, son perversos.

El misterio de la sexualidad

La influencia del psicoanálisis ha calado tan hondamente en el momento actual que el placer sexual se halla dotado para el hombre de fuente de salud y hasta de alcanzar con ella poderes curativos extraordinarios. *La obsesión sexual aparece por lo tanto por razones y motivaciones no sexuales.* La sexualidad se considera también como un refugio de un estado de privación, como algo que sea capaz de rellenar el vacío que experimenta el hombre contemporáneo. En el fondo de este estado de privación hay un estado de difusa ansiedad. El psicoanálisis afirmó que la ansiedad surge de la represión sexual. Y ahí se le escapa algo primordial, y es que *la ansiedad es lo originario y su «sexualización» es lo accidental.*

Una sociedad montada sobre la nivelación y la competencia aleja a los hombres unos de otros en lugar de acercarlos. El hogar se deshace por el trabajo simultáneo de toda la familia. La sociedad ha creado sistemas de seguridad social muy eficaces en algunos aspectos, pero algo le falta al hombre de esta civilización de signo planetario: *el calor del hogar.* Y el hogar, no se olvide, es un foco de seguridad emocional.

La sexualidad se ha convertido en un deleznable bien de consumo. Al desprenderse cada vez más de su función reproductora y al mismo tiempo de riesgo, se

nivela y se minimiza. Se trata de lograr un placer sin pecado y, por tanto, sin arrepentimiento. Un placer inocuo y desdramatizado.

El placer sexual no es ya como el del primer día de la Creación, sino que es tan sólo una *distracción*. Una diversión... Es la sexualidad que corresponde al tiempo de los funcionarios, de los consumidores, de los tranquilizantes o de las drogas. Es la sexualidad que corresponde al «porque sí» de los actos sin sentido. Es la sexualidad con tendencia a la indiferenciación, y de ahí su uso indiscriminado, buscando en el copartícipe un estímulo nuevo.

¿Qué hay dentro de la sexualidad misma? ¿Por qué ha existido el tabú sexual? ¿Por qué se tiñen los problemas sexuales de una cierta sacralidad aún en nuestros desacralizados tiempos?

En una reunión de intelectuales a la que asistí hace algún tiempo, un representante del Tercer Mundo africano advirtió a los representantes de países occidentales que si la Iglesia aceptaba públicamente la píldora, se la consideraría en su continente como un instrumento al servicio del gran capitalismo blanco. «La sexualidad para nosotros es algo sacro.» ¿De dónde le viene este carácter de sacro? En Genêt hay una constante referencia al tema, si bien sea desde el lado de la sombra.¹

Las preguntas que acabo de plantear tienen muy difícil respuesta. Lo que es evidente es que la sexualidad se halla ligada muy estrechamente al *misterio de la crea-*

1. Se trataba del ministro de Sanidad de la República Malgache, África.

ción. «Y seréis como dioses», dijo el tentador en el Paraíso. Porque crear una nueva vida es casi como crearla de la nada. Crear una nueva vida supone que el acto sexual posee una antropología singular: *la de ser un acto trascendente en sí mismo.* No se trata de la trascendencia de una persona a otra, sino la de la unión entre ambas —«Y seréis una sola carne», dice el Sacramento— con la posibilidad de crear otra vida humana. Por eso el desarrollo personal se halla tan envuelto en el problema sexual.

Nietzsche había dicho: «El cristianismo dio a beber un veneno a Eros. Éste no murió, pero degeneró en vicio.» Y esta idea, que se halla muy difundida en el mundo, no es cierta. Para mí es, justamente, lo contrario. Bastaría visitar o conocer a través de reproducciones las ruinas y pinturas de Pompeya para darse cuenta de ello. O recordar el culto fálico en la antigua Grecia, siglos antes del cristianismo. O visitar el museo precolombino de Lima. Y tantas otras manifestaciones de culto a la sexualidad desde los tiempos prehistóricos.

En el Antiguo Testamento ya aparecía la moral que se viene llamando judeo-cristiana. Por ejemplo, en el libro *Eclesiástico*, que fue escrito unos ciento treinta años antes de Cristo, podemos leer las siguientes frases o preceptos: «Gracia sobre gracia es la mujer púdica y un alma continente no tiene precio» (*Eci.* 26), «Hijo, conserva flor de tu juventud y no des tu vigor a mujeres extrañas» (*Eci.* 26), «Como el viandante sediento abre la boca y de toda agua que tiene a mano bebe, así [se refiere a la mujer que se prostituye] se sienta ante

cualquier estaca de la tienda y delante de la flecha abre su carcaj» (*Eci.* 26).

Con la llegada del cristianismo siguió la «canalización», por decirlo de alguna manera, de los instintos y de las relaciones sexuales. Pero no se olvide que los preceptos de la Biblia son rígidos y más rígidos que los del Antiguo Testamento son los del Nuevo Testamento. Las relaciones sexuales no fueron las mismas entre los hombres después de la venida de Cristo, es cierto. Pero tampoco lo fueron las sociales, ni otras muchas que sería demasiado largo exponer.

No se puede afirmar, especialmente en los momentos actuales, que el cristianismo matara a Eros. Lo cierto es que nunca ha sido enemigo de la vida humana ni de la vida natural. Ha sido demostrado tantas veces que no considero necesario insistir en el tema. La persecución de las herejías gnósticas, maniqueas, cátaras o albigenses, que supervaloraban tanto el espíritu que hasta llegaron a condenar la carne, es una de las pruebas que podrían aducirse. Ya sé que el cristianismo, desde sus primeros tiempos, alienta al hombre a una espiritualización progresiva, *pero sin menospreciar la carne y mucho menos el matrimonio*. También sé que algunas derivaciones del protestantismo han hecho hincapié en una moralidad sexual extrema; por ejemplo, los puritanos y, en general, los derivados de una moral calvinista. Pero esto constituye tan sólo una excepción en el cristianismo. No creo necesario insistir en que la mayoría de estas tendencias están ciertamente periclitadas.

El placer de la acción

En situación antípoda de lo que se ha llamado «la acción por la acción» debemos situar *el placer de actuar*. Porque hay en nosotros algo que no es la atracción pura y simple hacia la voluptuosidad. Ni tampoco la búsqueda complicada e inútil de la sexualidad. Hay en nosotros una sed singular que ni siquiera en el goce de las perfecciones, ni en el momento de la posesión más feliz, logra abolir o hacer callar. Se trata de una sed imposible de saciar. El hecho de la insatisfacción tras de las relaciones sexuales es algo tan normal que ha pasado a la observación popular desde los tiempos más antiguos. Todo ser está triste tras el coito, menos la mujer y el gallo, decían los latinos.

La dicha pasiva nos fatiga. Necesitamos también, como decía Paul Valéry, «*el placer de actuar*». Placer complejo, placer perfundido de tormento, placer mezclado con la pena. Placer en cuya generación no faltan los obstáculos. Ni las amarguras, ni la duda, ni el desespero. De este placer de actuar he hablado más ampliamente en el capítulo del deporte y su sentido en la vida humana.¹ Todos conocemos bastante bien este placer laborioso. El placer de hacer, que no es una segunda naturaleza opuesta a la primera o inmediata.

1. Vid. el libro sobre temas de juventud *Peligro en las aulas*, publicado por Ed. Futuro Presente, Tercer Milenio, Madrid, 1975.

La cultura del placer

No oculto la dificultad en escribir esta frase: *si alguien no entendió en un punto fundamental a Freud, fueron los freudianos*. Anótese bien que no hablo de los psicoanalistas. O de lo contrario, si alguien entendió su pensamiento, más —si pudiera ser— que el propio Freud, fue Wilhelm Reich. Incluyendo a los técnicos de las enfermedades anímicas, el mundo —o más exactamente los que vivían en el mundo de entonces y los que se siguen rigiendo por las normas que en una u otra forma existían— estaba lleno de seres desgraciados enfermos a quienes se obligaba a reprimir el instinto sexual. Era algo así como se castraba quirúrgicamente a un canceroso testicular. La transformación, inmensa y rápida, que experimentó el mundo tras de la última guerra fue una completa liberación. El viejo sueño idílico de liberarse de tanta coerción moral, alguna vez tenía que realizarse. Lo que no sabemos es si tal realización fue para bien o para mal. Todavía es pronto para juzgarlo.

Los hombres y las mujeres decidieron romper sus cadenas. No ya sólo las que imponía el poder, sino también aquellas que parecían más naturales, como las que procedían del régimen familiar. El progreso de la medicina facilita la realización de la relación sexual. Ya no hay peligro de «complicarse la vida». La dilución de la

atmósfera sexual que rodea todo lo sexual incitaba a ello. En pocas palabras, la anarquía entraba en la conciencia del individuo. No se trataba ya de motivos políticos, sino que derivaba del ansia por realizarse como seres completos. En el mundo moderno se habían organizado muchas instituciones que habían permitido construirlo. Todo era falso. Todo lo ocurrido hasta el momento actual. El viejo y utópico sueño de un verdadero paraíso era el que había de instalarse en todos los aspectos de la vida. El mundo debía tener también su paraíso: un *paraíso sexual*.

Los sociólogos comenzaron a preocuparse por el porvenir de la libido mundial mucho más que por cualquier otra posibilidad de una guerra, o de una gran epidemia, o del lanzamiento de las bombas atómicas. Los sociólogos soñaban con *la nueva civilización que no era otra que la del placer*. Fueron aquellos tiempos desdichados de Marcuse y de tantos otros que están en la mente de todos. Faltaba al mundo dar un paso más adelante en la línea de Freud para llegar a ese estado singular en el que el avance de la técnica suprimirá todo esfuerzo. Ya no debe quedar más que la cultura del placer y la del bienestar. No me refiero en este momento a los problemas políticos, sino tan sólo a los derivados de una consideración distinta de la sexualidad.

El camino, en pequeña escala, se ensaya y sigue ensayándose. Las Iglesias, me refiero a las existentes en el mundo occidental, se amedrentaron y ahora son ellas las que se reprimen en sus doctrinas. La nación más poderosa del mundo, al parecer, daba el ejemplo. Y por si fuera poco, ya se había conseguido la casi desaparición

de las enfermedades sexuales y ni siquiera había esa posibilidad remota para que la liberación tuviese freno alguno.

La pareja humana ¿qué podía significar sino el ayuntamiento transitorio? Ni siquiera había que hablar de ello. ¡Quién podía aconsejar nada, a nadie, si él no se había realizado previamente!

Desde que existió el llamado «mundo civilizado» habían ocurrido análogas quimeras de conducta. Incluso en sectores religiosos como los cátaros y otras sectas gnósticas semejantes. Porque la pureza de unos pocos suponía el jocundo festejo para la mayoría. Las mujeres, como toda clase sometida, se liberaron. Si durante la guerra trabajaron en los talleres y condujeron camiones y ambulancias, ¿cómo se les iba a negar cualquier otro puesto también? Ni siquiera podían ser ya diferentes de los hombres en el terreno sexual.

¡Qué gran hallazgo el de la expresión introducida en 1960 de «sociedad permisiva»! En Inglaterra se señalaba como hito la difusión de la edición inexpurgada por la censura del *Lady's Chatterley Lover*, de D. H. Lawrence. Un eslogan define perfectamente a la sociedad permisiva: «*I want to have what I want when I want it*» («quiero tener lo que quiero y cuando lo quiero»); mejor diríamos en castellano, «cuando me da la real gana»).

Si el lector conoce la historia de los dioses griegos, comprenderá que fueron concebidos por la imaginación de un pueblo de «tierra pobre» donde sólo las cabras podían subsistir. Tierra pobre, pero llena de luz. En cuanto al otro, al Dios de las confesiones cristianas, lo

que se preguntaban es si había muerto en el mundo de hoy.

No es necesario enumerar los grados de conquista obtenidos en la sociedad permisiva: vida sexual libre, matrimonios intercambiados en la oscuridad o a la luz del sol, etc. ¿Alguien, por lo menos sensato, pensará que esto es una conquista? No hace mucho tiempo que en el Parlamento de uno de los países nórdicos de Europa, que se tiene como muy civilizado, se discutió la conveniencia de aceptar el matrimonio entre dos hermanos para legalizar el nacimiento de un hijo de ambos. En otro país, también muy civilizado, se ha llegado a proponer el matrimonio entre los homosexuales. ¿Alguien, por lo menos sensato, pensará que esto son conquistas de la civilización occidental? Yo creo más bien que se trata de un tremendo retroceso: hacia la ley de la horda.

Creo que ante este despliegue que acabo de hacer sería conveniente preguntarnos una vez más ¿qué es el hombre? ¿Se ha convertido en un ser de ilimitadas posibilidades? No pregunto por sus progresos, sino por el hombre mismo, por el mono desnudo —o mejor aún, pelado— del que habla Desmond Morris. Cualquiera que conozca la famosa frase de la emperatriz Teodora ya sabe el moderado número de *orificiis placentorum* con que cuenta el ser humano. ¿Es posible su incremento quimérico? La respuesta a esta pregunta nos obligaría a hablar detenidamente también del mundo de la droga, que constituye de por sí tema muy extenso y propio de una publicación aparte, y no tanto estadísticamente como desde el punto de vista fisiopatológico.

Desde mi punto de vista quisiera sólo encontrar

contestación adecuada a la pregunta que se hizo Max Scheler. El ser humano, como ser biológico, ¿está acabado o progresará? Según algunos paleoantropólogos parece que no hay ningún motivo para aceptar que el *homo sapiens* haya encontrado el límite a su evolución. La cerebración progresiva o la neocencefalización progresiva progresará. Ya he examinado más detenidamente estas tesis en otro lugar. Ahora sólo quisiera hacer constar que para Scheler el hombre es un ser «biológicamente acabado» y que Gehlens, entre otros, dice que el hombre es un ser cuya naturaleza consiste en la cultura.

El hombre es un ser capaz de responder con un «NO» a una incitación del mundo externo. Es el único ser que es libre frente a sus instintos, entre ellos el sexual. Quizá es que el hombre necesita de esa posibilidad de libertad como algo sustancial. Por eso es, por otra parte, un ser tan capaz de inhibiciones, como ya sabía muy bien Freud. Es decir, la complicada estructura biológica del hombre, que culmina en su neocéfalos, es la que le pone, precisamente, sus límites si quiere supervivir, puesto que el poder de su estrato superior es capaz de llevarle al nihilismo máximo que es la muerte.

Y ¿qué pasa con su mundo erótico o erótico-sexual? Lo mismo que con los demás vectores de su actividad y que consiste en la *existencia de límites*. Los tiene la agresión. Los tiene la posesión de los bienes. Los tiene la vida sexual. No en vano las virtudes de los monjes medievales consistían en la pobreza, la obediencia y la castidad.

Los límites en la vida sexual del hombre se están comprobando, poco a poco, pero objetivamente. Un día

se publica el aumento en los jóvenes de la impotencia sexual. Numerosos jóvenes acuden a la consulta del psiquiatra o del internista en los Estados Unidos por esta cuestión. Otro día se publica en la prensa médica, y hasta en la diaria, algo sobre la mayor difusión de las plagas sexuales. Otro día que, como era de suponer, la selectividad de las propias parejas existe y que los celos llegan a límites insospechados, como en el perverso aristócrata de X, que indujo a su mujer a realizar una vida sexual amplia con otros sujetos, para disfrutar él con el espectáculo. Pues bien, en pleno ejercicio de su *voyeurismo*, el aristócrata de X mata a su mujer y al acompañante. Luego, se suicida...

La liberación sexual

Hans Giese, a propósito de una encuesta entre los estudiantes de la República Federal de Alemania, realizada poco más o menos siguiendo la pauta de los cuestionarios de Kinsey,¹ llegó a la conclusión de que no se puede hablar de una verdadera relación sexual «nueva», sino simplemente de una *mayor liberación*. Se trata de la ruptura de ciertos tabúes. Y esa liberación concuerda poco más o menos con la que se observa en otros órdenes de la vida. Me refiero al hiato que se ha establecido con la generación de los padres. A la aparición de nuevos ideales de juventud. A la propugnación del nihilismo como meta. A la profunda actitud crítica que conlleva al nihilismo, etc.

Es curioso que tras los sucesos de París de mayo del 1968 y tras de tanta revuelta como se ha venido sucediendo en la mayoría de las universidades del mundo y especialmente de las norteamericanas, no se haya producido un *cambio radical* en la situación. Marcuse ha hablado de la imperiosa necesidad del aplazamiento de la revolución, como si los tiempos no estuvieran todavía maduros. La experiencia ha demostrado que tenía razón.

En los Estados Unidos se habla de una «explosión sexual». «El pueblo norteamericano ha sido liberado de

1. Vid., en esta misma colección, *La sexualidad a encuesta* (en preparación).

la gran noche de la gazmoñería puritana», dicen unos. «Los modelos de vida que nos han guiado durante dos siglos hacia nuestra grandeza, han sido subvertidos sistemáticamente por tribunales permisivos y por vendedores y comerciantes obscenos.» «En nombre de la libertad nos hemos sumergido en la inmundicia», afirman otros. Wilhelm Reich, del cual hablamos largamente en otra parte, ya había preconizado hace muchos años la libertad sexual total a partir de los 15 años... Los nuevos descubrimientos farmacológicos han contribuido eficazmente a la liberación sexual de la pareja.

Pero la polémica en torno al tema sexual sigue en pie. Los futurólogos prevén no sólo la promiscuidad sexual, sino el hombre *in vitro*, es decir, la generación artificial del hombre. Otros, en cambio, basándose en la experiencia histórica, no ven más que un nuevo giro del hombre occidental. La liberación sexual no ocurre igualmente en todos los países. Por ejemplo, ya en tiempos de Stalin, en la Unión Soviética se dio un gran frenazo a la promiscuidad sexual que todavía subsiste. En Inglaterra, a las liberalidades de los tiempos de Isabel I sucedieron las severidades de Jacobo I y de Oliverio Cromwell. Del mismo modo, a los extravíos de la Restauración monárquica les sucedió el puritanismo victoriano.

Si bien se considera, esta revolución o seudorrevolución sexual no es más que una manifestación de un estado de espíritu más profundo que anhela destruir todas las inhibiciones, de cualquier clase que sean. O de todas las «castraciones», podríamos decir con un lenguaje freudiano. A esta visión contribuyen los sociólogos, los

psicólogos y los psicoanalistas, los antropólogos y muchos otros espíritus utópicos. En el fondo se trata de una nueva modalidad de ensoñación rousoniana, ampliada por las posibilidades que la técnica actual ofrece y sobre todo por lo que esperan del mundo futuro.

¿Cómo sería el mundo futuro si los seres humanos se produjeran en retortas, se educaran sin familia y en instituciones en las que todo el proceso educativo se redujera a un sistema de reflejos más o menos complicado? ¿Qué ocurriría si no se supiese quién es hijo de quién o padre de quién o hermano de quién? Ya en el momento presente está ocurriendo que en grupos de promiscuidad sexual hay muchas menores que ignoran de quién es el hijo que esperan, como en la anécdota citada más adelante de la muchacha de 15 años de Toledo. Y esto ha ocurrido en una de las provincias españolas más tradicionales.

Después del viaje a la Luna todo es posible, se afirma. ¿Todo? Sí. Todo lo que permita viajar a la Luna y vivir en el desierto lunar... ¿Será verdad que Nietzsche se quedó corto al afirmar que «Dios ha muerto»? ¿No será que lo que ha muerto en realidad es el hombre? ¿Será cierto que en el mundo actual sólo operan y tienen eficacia las fuerzas desintegradoras de lo que el hombre solamente es? ¿No será todo esto pura utopía o pura ignorancia de lo que *el hombre realmente es*?

Schwarzenauer, refiriéndose a Alemania y a sus investigaciones estadísticas sobre la sexualidad, dice que entre 1949 y 1963 la moral sexual se ha consolidado en Alemania. Afirma que no ha sufrido una mutación esencial que pueda calificarse de revolucionaria. No cree que

el aumento de los estímulos psicosexuales debido a los medios de difusión produzca una degradación moral, sino simplemente una especie de *mecanismo de ventilación* o de aireación de las pasiones. El sociólogo Adorno sostiene una opinión parecida. Otros, es cierto, son de opinión contraria. El único factor que todavía frena el desbordamiento sexual es el deseo de mantener cierto nivel de vida. En muchos individuos, con la difusión de los métodos anticonceptivos se ha desarrollado una verdadera manía sexual (*Sexualsucht*, la llaman los alemanes). Del mismo modo se ha difundido la manía del comer y, sobre todo, la del beber y la de las drogas.

De todos es conocido el aumento del alcoholismo en la sociedad actual. Las píldoras anticonceptivas son uno de los mejores negocios de nuestro tiempo. Enfermando temporalmente a la mujer, se le transforma el parto en un puro accidente, como los accidentes de trabajo. Las casas de tolerancia son calificadas como de «quioscos de la necesidad».

En todas las encuestas también se señala el incremento de las anomalías sexuales, lo que fomenta indirectamente la promiscuidad. Esto debe interpretarse como un *síntoma de alarma*, ya que la pareja sexual constituye, ahora y siempre, el medio ideal de la intercomunicación humana.

Existe un tema inesquivable: *el de las relaciones sexuales entre los jóvenes*. Ya desde su adolescencia, en su primer despertar, el tema sexual bombardea a la sociedad a través de numerosos estímulos. Unos son internos debidos a un profundo cambio en sus estructuras hormonales. Otros son externos a través de la

propaganda que se hace de todo lo sexual y la permisividad que se preconiza o se tolera.

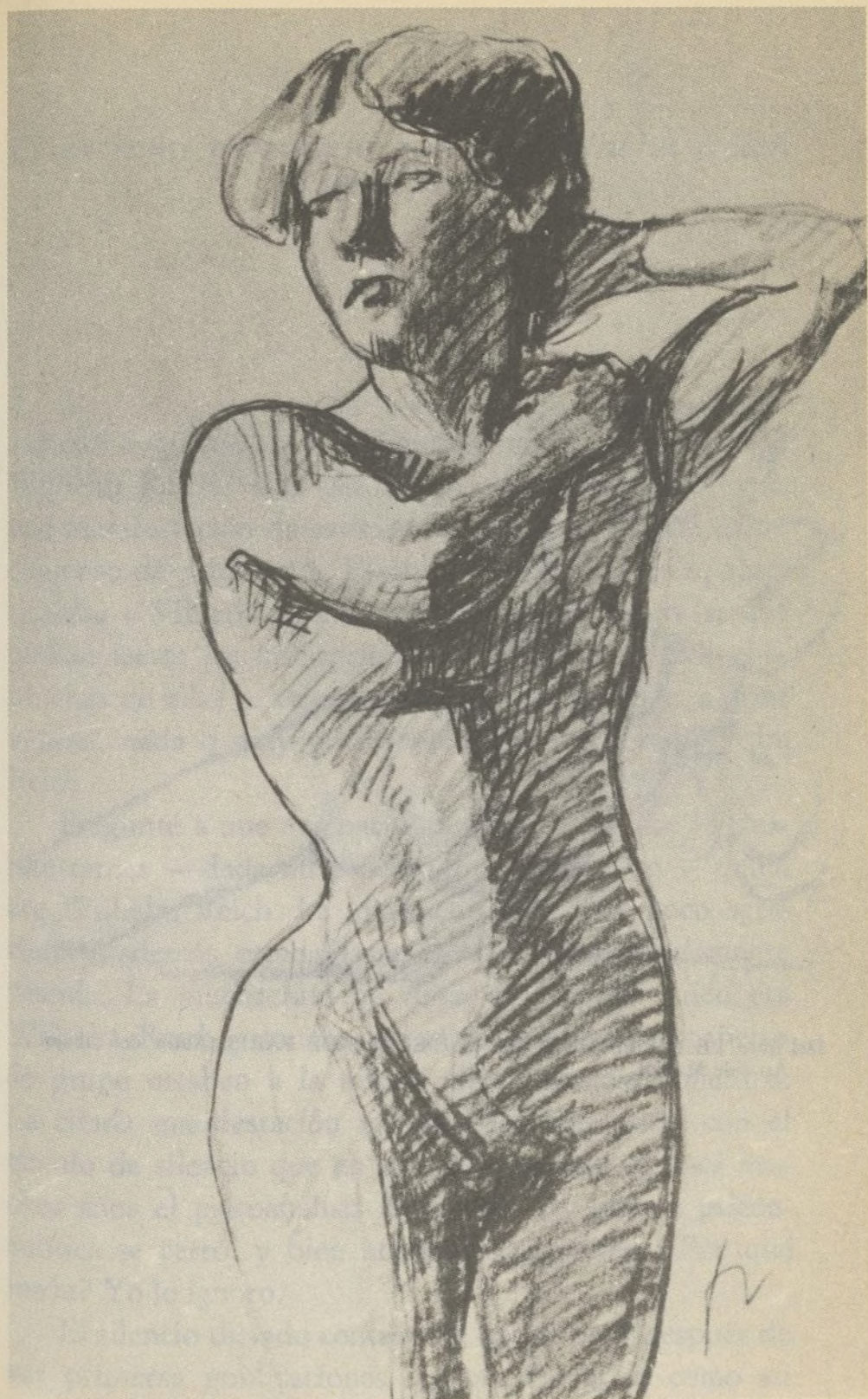
No me siento moralista, ni por supuesto lo soy, al afirmar que toda consideración de la sexualidad como bien de consumo es desintegradora para los jóvenes que la practican. Los adolescentes son capaces de relación sexual completa más o menos a partir de los 15 años. Naturalmente me refiero a que lo son desde el punto de vista físico o, mejor aún, biológico. Esta afirmación de su posibilidad sexual no quiere decir que sean emocionalmente maduros para alcanzar lo que el amor —o la relación sexual, si se quiere— tienen de trascendente.

En la sexualidad humana no pueden desligarse el cuerpo y el espíritu, como no ocurre tampoco en ninguno de los sentidos. En cuanto a las relaciones prematrimoniales, que es otro aspecto de la cuestión, son, cuanto menos, agostadoras de una posibilidad de desarrollo personal. Su frecuencia no es signo de normalidad, sino de ligereza y de inmadurez emocional. Y por el camino de la inmadurez no es fácil alcanzar el equilibrio.

El ciclo está llegando a su término. La historia no es sólo progreso. (¿Qué clase de progreso es este «progreso»? , podríamos preguntar.) La historia es también ciclo en el que el ser humano agota sus propias experiencias. El sexo no es, primariamente, la impulsión erótica hacia la unión, y su desintegración empieza con la preocupación narcisista de la propia satisfacción. El sexo comienza en el misterio, y de ahí su fuerza creadora que le trasciende e inunda al mundo de poesía y arte. El sexo se disuelve en la soledad. Y paradójicamente no hay mejor remedio a la soledad que la participación amorosa.

Porque la reducción del sexo a un hecho fisiológico lo transforma en una experiencia de laboratorio.

Son numerosos los ensayos, obras de teatro y de cine sobre el tema de las relaciones prematrimoniales. El supremo argumento que se esgrime es el de la generosa entrega juvenil frente a una sociedad que cierra salidas —económicas— a las jóvenes generaciones. Aun comprendiendo las dificultades, en muchos casos siempre habrá una valoración positiva de la renuncia y la esperanza. Tengo que decir que, aun conociendo las estadísticas y las situaciones hacia la mayor tolerancia en las relaciones sexuales entre los jóvenes, la onda está decreciendo. A mayor entrega, surge una exigencia de fidelidad en la pareja que no aparecía hace unos años. Y la fidelidad, no se olvide, es rechazo de cambio. Nada por lo tanto más opuesto a las relaciones promiscuas y con intercambio de parejas en la oscuridad.



Del libro LE NU FÉMININ DANS L'ÉCOLE DE PARIS. Autor del dibujo:
Félix Vallotton.



Del libro LE NU FÉMININ DANS L'ÉCOLE DE PARIS. Autor del dibujo:
Aristide Maillol.

El extraño personaje que fue Wilhelm Reich (1897-1957)

¿Quién o quiénes han desfigurado tanto el recuerdo de Wilhelm Reich? Una vez vi, en cierta ciudad europea, una manifestación de estudiantes que irrumpieron en un congreso de psiquiatría. El grupo de estudiantes se autotitulaba «Wilhelm Reich». Llevaba pancartas en las que podían leerse las inscripciones más triviales y ridículas. Muchas de ellas se referían a temas sexuales que, a decir verdad, nada o muy poco tenían que ver con Wilhelm Reich.

Pregunté a una muchacha que figuraba entre los manifestantes —dada mi condición de extranjero— quién era Wilhelm Reich. La muchachita era muy poco agradecida y, además, estaba bastante sucia y descuidadamente vestida. La muchachita no tenía ni idea de quién era Wilhelm Reich y mucho me temo que sus compañeros de grupo estaban a la misma altura de conocimientos. La citada manifestación y algarabía contrastaba con el círculo de silencio que en su torno impuso ya hace muchos años el psicoanálisis freudiano. La aduana psicoanalítica se cerró, y bien atrancada la puerta. ¿Por qué razón? Yo lo ignoro.

El silencio dictado contra este autor, poco después de sus primeras publicaciones, es tan llamativo como su éxito posterior. La verdad es que la gloria le llegó años

después de morir. Durante su vida no conoció sino sinsabores. Por tales vías suelen circular las veleidades intelectuales de los psicoanalistas. Para el que dude de la existencia de aduanas intelectuales, éste es un buen ejemplo.

Wilhelm Reich nació en Dobrzyń, en la parte de la Galizia que por entonces pertenecía al Imperio austro-húngaro, el 24 de marzo de 1897. Su padre era judío y se decía que en la familia hubo un famoso rabino. Poco después de nacer Wilhelm, la familia se trasladó a Ucrania, que era también por entonces parte del Imperio. Era, pues, austriaco por su nacimiento, y en el año 1938 se hizo ciudadano norteamericano. El padre era un hombre enérgico y toda la familia se sometía a él. Wilhelm idolatraba a su madre. Fue a la escuela alemana en Czernowitz y al acabar la guerra de 1914-18 se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena. Pero antes de terminar el primer curso trasladó su inscripción a la Facultad de Medicina.

Wilhelm Reich hablaba muy poco de la familia. Cuando tenía 14 años, su madre se suicidó. En el año 1916 ingresó en el ejército austriaco, donde cumplió con el tiempo indicado por aquella época de guerra. Al acabar ésta se interesó muy pronto por el psicoanálisis. Es curioso que ya antes de terminar sus estudios recibiera enfermos privados. Durante su estancia en la Universidad de Viena había establecido contactos con Paul Federn. En el año 1919 un estudiante le invitó a oír una conferencia sobre temas psicoanalíticos y Wilhelm se impresionó tanto que, de inmediato, se inscribió en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Poco más tarde

escribió un trabajo sobre Peer Gynt, otro sobre conflictos libidinosos y otro sobre funciones delirantes. Todos estos trabajos eran de corte psicoanalítico y ya muy orientados hacia la sexualidad. Terminó sus estudios en el año 1922. Estudió psiquiatría con Wagner v. Juregg y con Paul Schilder. Se había casado con Annie Pink en 1912.

El primer trabajo que Wilhelm Reich presentó en la Sociedad Psicoanalítica de Viena versaba sobre *Complejos sintomáticos en la reacción de conversión*. Un biógrafo dice que Freud le advirtió que no presentase trabajos durante algún tiempo. Probablemente le había desagradado su presentación, demasiado influida por la psiquiatría académica del tiempo.

Aparte de las preocupaciones de Wilhelm Reich por los temas psicoanalíticos, tenía otras sobre la estructura social. Por esta época se inscribió en el partido socialista y después en el comunista. A partir de este momento, sus relaciones con los psicoanalistas del círculo freudiano fueron tormentosas. Describirlas minuciosamente me parece tarea inadecuada para estas páginas, dedicadas especialmente a la sexualidad. Alguna alusión que otra tendré que hacer más adelante sobre tales contiendas y, sobre todo, me parece muy interesante insistir sobre la ruptura que hubo entre Freud y Wilhelm Reich. Ruptura que se basa, precisamente, en su diferente concepto e ideas sobre la sexualidad.

Muy pronto apareció en Reich la idea de unir el psicoanálisis con el marxismo. Ésta fue una de las razones del vacío que le hicieron los psicoanalistas. En el año 1929, Wilhelm Reich hizo un viaje a Moscú y allí pu-

blicó su libro sobre *Materialismo dialéctico y psicoanálisis*. En el año 1930 se trasladó a Berlín, donde fundó una «Sociedad para la supresión de las leyes contra el aborto y la homosexualidad». En el año 1933 publicó en Dinamarca el libro *Massenpsychologie des Fascismus* («Psicología de las masas fascistas»). En el año 1934 fue expulsado de la Sociedad Psicoanalítica Internacional. Empezaron a correr rumores de que estaba enfermo. Sobre su enfermedad, que se manifestó mucho más tarde, se formularon varios diagnósticos. En un principio se hablaba de «hipomanía» y más tarde se habló de «paranoia».

En aquella época ya se había consolidado, en buena medida, la práctica de los análisis didácticos. Wilhelm Reich comenzó su análisis con Isadora Sadger, pero al poco tiempo lo abandonó.

Pronto comenzó a interesarse sobre los temas sexuales, y en el año 1923 publicó un artículo referente a la genitalidad. En sus seminarios, conferencias y trabajos siguió investigando en sus temas predilectos. Su trabajo cuajó en un libro titulado *Análisis del carácter*. A Wilhelm Reich no le gustaba el ejercer un papel tan pasivo como el del psicoanalista clásico. Por otro lado, trató de hallar un punto de conjunción entre sus ideas políticas y las científicas, tal y como él veía ambas ideologías.

El camino elegido no le resultó nada fácil, si bien logró agrupar algunos discípulos a su alrededor. Reich quería usar el psicoanálisis para cambiar la sociedad, es decir, con un propósito revolucionario. Freud había mantenido siempre una actitud neutra ante las ideas políticas. En modo alguno quería que nadie arrastrase

su obra hacia ningún frente político. Su regla fundamental consistía en el estudio de la vida instintiva, desde el punto de vista psicoanalítico. Ya hacía tiempo que Freud había adquirido el convencimiento de que *la cultura se desarrolla a expensas de la represión de los instintos*. De ahí su famosa obra *El malestar en la cultura*, publicada en el año 1930. Esta obra fue precedida por *Totem y tabú*, que es del año 1912, y también por *El porvenir de una ilusión*, que es del año 1927. Por esta y por otras razones, las dificultades entre Wilhelm Reich y el psicoanálisis de Freud eran inevitables. Además, Reich sufrió por entonces una grave afección tuberculosa que le hizo retirarse a Davos Platz. Pero de allí volvió con su libro, terminado, *La función del orgasmo*, que es una de sus más características obras. Era hacia el año 1927, y por tanto anterior al libro sobre *Análisis del carácter*.

Ya hemos visto en otra parte que evidentemente el psicoanálisis fue para Freud una especie de religión. Hay que tener presente que en la teoría de Freud la sexualidad, mejor aún la libido, tiene un carácter distinto de la genitalidad. En el freudismo la fase genital aparece en el curso de la evolución de la libido. Para Wilhelm Reich, en cambio, no hay más que genitalidad y orgasmo en los hombres. Sus contactos con las masas obreras de Viena y de Berlín le indujeron a aceptar esta perspectiva como un nuevo evangelio.

En una conversación con Eissler, encargado de la conservación de los «Archivos Sigmund Freud», que tuvieron ambos en Rangeley (Maine, 1952), Reich afirmaba repetidamente sus ideas de siempre. «Me acuerdo

—dijo— del Congreso de Berlín en el año 1922. Yo era entonces muy joven y sólo tenía dos o tres años de práctica psicoanalítica. Nos habíamos reunido unas ciento cincuenta personas. Freud, dirigiéndose a esa “multitud”, dijo: “¿Los ven ustedes?” Yo le pregunté: “¿Cuántos podemos analizar?” Levantó sólo cinco dedos. En eso demostró que conocía la realidad. Freud estaba muy solo. No podía reunirse más que con alguno de sus discípulos, porque cada uno lo quería para sí y Freud tenía que querer a todo el mundo. Yo no creo que amase a la gente.»

Decía más arriba que Reich, en su juventud, quiso arrojar al psicoanálisis en brazos de la política. De ahí la expresión que lanzó de «freudo-marxismo» que nunca llegó a cuajar. Era consciente de que el marxismo podía encontrar su fundamento sólo en una interpretación económica de la historia, que le fue resultando cada vez más insuficiente. Al final de su vida y ya en pleno desorden mental, Reich parecía perseguir la idea de Dios. Pero, como veremos más adelante, en el punto en que se hallaban los desarreglos de su mente, no podía concebir la libido más que como una *fuerza energética universal*.

Wilhelm Reich estuvo siempre obsesionado por el problema de la represión. La *pureza* se situaba en el lado instintivo y el super-yo obligaba a que la represión la adulterase para que no llegase a la acción. Así el hombre parecía dueño de sus actos conscientes. La tragedia se desencadenaba, forzosamente, por la represión de los instintos. *Por eso es necesario abolir las represiones*. Como veremos más adelante, la concepción del hombre

con arreglo a estas pautas es, por lo menos, tan fabuladora como la de Freud.

En una ocasión Wilhelm Reich dijo: «Una vez traté a un camarero porque era impotente sexual. Trabajé con él durante una hora diaria más de dos años. Llegué en el análisis hasta la “escena primaria”,¹ pero en el camarero no aparecía ninguna erección. Siempre me pareció que a Freud le gustaba el trabajo intelectual, pero el de curar no.» De la misma opinión era Hellen Deutsch. Un día Reich habló de su trabajo en el tratamiento del camarero impotente con Freud y éste le contestó: «Siga interpretando.» Por lo visto, para Freud el interpretar era más importante que el curar. Para mí, y tantos otros psiquiatras, lo importante es la curación del enfermo.

Y Wilhelm Reich decidió seguir otro camino. La primera muralla a conquistar consistía en la prevención de la gran masa de neuróticos. De las neurosis tenía una idea muy circunscrita a la genitalidad. Las cifras que da —por lo menos en este sector— impresionan a ciertas personas. No impresionan ciertamente al gran número de sanos. «El 90 % de las mujeres son enfermas.» A los hombres se lo vende más barato. Lo deja sólo en un 70 a 80 %. Resulta claro lo que Reich entendía por salud. Me refiero a la expansión adecuada de la genitalidad.

Por esta razón, Wilhelm Reich comenzó su gran campaña de higiene mental de la genitalidad. «No puede uno emprender una campaña como ésta —decía— con

1. Se llama «escena primaria» a la experiencia primera que el niño tiene sobre la sexualidad. Suele ser casi siempre la visión o la audición de sus padres realizando el coito.

ideas como la del complejo de Edipo. Lo que debe preocupar es "la frustración genital".» En la primera conferencia que dio para abrir la campaña afirmó: «Voy a presentarles muy directamente ciertos problemas.» De momento pareció que los oyentes estaban algo retraídos, pero inmediatamente se estableció el contacto. Wilhelm Reich dijo, con voz solemne y profética: «Ésta es la fuerza del futuro: *la revolución sexual*.»

Y de esta manera organizó muchas reuniones. «En Berlín llegué a tener cincuenta mil personas en mi organización, inscritas durante el primer año.» «La discrepancia entre lo que el hombre desea o sueña y lo que puede hacer es sólo una cuestión de higiene mental de su carácter.» «Éste es el vacío que la religión quiere llenar con la idea del Paraíso.» Para Reich no había más paraíso que el sexual.

La «energía orgónica»

La libido de la que Freud hablaba un poco hipotéticamente (aunque al principio sugirió la posibilidad de que fuese una sustancia química) es para Reich una energía concreta, tanto que puede acumularse. Y la llamó «energía orgónica».

El psicoanálisis es una psicología ideal, no real, como cuando se habla de la energía física. Wilhelm Reich podía haber desarrollado su teoría tomando como base las ideas del «élan vital» de Bergson o de Hans Driesch, que le fascinaban. Pero Reich partió, precisamente, de Freud porque había comenzado su formación estudiando la teoría del psicoanálisis.

Su actividad marxista de los años 1928 a 1930 tenía la finalidad de conciliar estas teorías con las del psicoanálisis. Publicó sobre esta alianza varios trabajos y artículos. Fundó en Viena la «Sociedad Socialista dedicada a estudiar y a curar los desarreglos sexuales». Instaló varios centros para trabajadores con la misma finalidad, etc.

Los años 1917 al 1927 habían sido, al parecer, de liberación sexual para la Unión Soviética. Pero cuando Wilhelm Reich estuvo en Moscú en 1929 no encontró comprensión alguna para sus teorías. En la Unión Soviética se habían cansado muy pronto del caos sexual y familiar que producían las disposiciones legales anterio-

res. El trotskismo se apagaba al mismo tiempo que el poder pasaba totalmente a manos de Lenin, mientras vivió, y luego a Stalin. En la actualidad, la Unión Soviética es probablemente uno de los países occidentales donde la moral sexual es más estricta. Y en la parte oriental de la Unión nunca la liberación sexual fue efectiva, ni siquiera en los años primeros de la revolución bolchevique. Los soviéticos actuales critican muy duramente la permisividad occidental capitalista y se asombran del número de divorcios y adulterios que ocurren en la sociedad permisiva. Recuerdo una conversación con un grupo de médicos de Moscú poco después que el papa hubiera publicado su encíclica *Humanae vitae*. Una de las preguntas sobre si ellos usaban anticonceptivos del tipo de los anovulatorios, fue contestada de la siguiente manera: «Todavía no han llegado aquí.» Y a otra pregunta sobre los métodos que usaban sobre la restricción de la natalidad, dijeron: «Bueno... los más tradicionales, los de siempre.»

Como las actividades políticas de Wilhelm Reich cada día le hacían más difícil la vida en Viena, se trasladó a Berlín aproximadamente un año después de llegar de la Unión Soviética, bien desilusionado por cierto. En Berlín, Sandor Rado le aceptó para un análisis didáctico.² Annie Reich, que fue su primera mujer, aduce que la negativa por parte de Freud para tomarlo como cliente psicoanalítico, le humilló extraordinariamente. Es decir, que Freud no quiso analizarlo personalmente y se lo envió a Isadora Sadfer. Algo parecido le había ocurrido

2. El «análisis didáctico» es un entrenamiento para poder practicar más tarde el psicoanálisis.

a uno de los más inteligentes discípulos, a Viktor Tausk. Reich abandonó al poco tiempo el análisis con Sandor Rado porque éste marchó a los Estados Unidos. En Berlín, Reich podía tener contactos con Eric Fromm y con S. Bernfeld, ambos psicoanalistas con tendencias marxistas. También Otto Fenichel se había trasladado a Berlín. El grupo aumentó, por lo tanto, en número, si bien perdió su conexión interna. No todos tenían las ideas de Reich sobre la genitalidad, y en esto seguían más bien las ideas freudianas.

Wilhelm Reich daba muchas conferencias y lanzó un programa que era una mezcla de marxismo social y de sexología. Por entonces ya había abandonado casi totalmente las tesis psicoanalíticas. Fundó la editorial Sexpol Verlag, donde están editadas sobre todo sus obras propias. En su exposición de la sexualidad de los pueblos salvajes se aproximaba mucho a Bronislav Malinovski, y en cambio no compartía para nada los puntos de vista de Rohéim. En aquel tiempo, hasta los comunistas ortodoxos encontraban comprometedoras las ideas de Reich, por lo que en el año 1933 fue expulsado del Partido.

Los tiempos de Hitler se aproximaban. Ya vimos al comienzo de este capítulo que Reich era judío. Por esta razón tuvo que trasladarse a los países escandinavos y también trasladar allí su Editorial Sexpol. Desarrolló sus actividades principalmente en Suecia y en Noruega, donde prendieron fuertemente sus ideas sobre la genitalidad. Eran los tiempos de la expulsión de Wilhelm Reich de la Sociedad Psicoanalítica y comenzaron los psicoanalistas a extender por todo el mundo la idea de que estaba completamente loco. Su penúltima mujer, Ilse

Ollendorf, culpa de ello sobre todo a Otto Fenichel. Lo cierto es que Reich trabajó mucho en los países escandinavos y fundó allí un Instituto de Investigaciones Bio-sexo-económicas que todavía persiste, si no estoy mal informado. A esta y otras investigaciones haré referencia en páginas que siguen. Ahora me interesa más seguir el curso de su vida y de sus ideas.

«La función del orgasmo»

Decíamos más arriba que Wilhelm Reich fue expulsado de la Sociedad Psicoanalítica Internacional en el año 1933. También que en la escuela que él fundó la sexualidad va mucho más allá de los límites freudianos. Difícilmente podemos asimilar las palabras de «sexualidad» y de «genitalidad». Según Wilhelm Reich, la pobreza de la sexualidad sería el mal principal del mundo contemporáneo. Y al hablar de «pobreza» se refería siempre a la incapacidad de la mayoría de las gentes para obtener lo que él llamaba «*el orgasmo perfecto*».

La estructura de esta escuela es una especie de secta y tiene su base fundamental en las *propiedades cualitativas del orgasmo*. Poco o nada tiene que ver con la potencia sexual o con el número de coitos realizados al mes o al año. Reich diferencia exhaustivamente entre la cantidad y la cualidad, refiriéndose especialmente al orgasmo. Su libro *La función del orgasmo* es la biblia de los discípulos de Reich. Todos los males de la sociedad, según ellos, derivarían de la «impotencia orgástica», que no es sólo una incapacidad sexual o «impotencia coeundi». O sea, que no es una incapacidad real. *Se trata de una inhabilidad para obtener suficiente placer*. En el libro *La función del orgasmo* expone Reich una serie de consideraciones en torno a los que se consideran «los elegidos» y que presentan —según él— un buen aspecto

físico, muy buen color y una gran actividad física e intelectual, y son gentes que, naturalmente, tienen una gran vitalidad.

La vitalidad se refleja en una extraordinaria capacidad de trabajo creador, tanto artístico como intelectual e incluso físico, como ocurre en el deporte. El poder de creación puede manifestarse de maneras diversas: en la escultura, la literatura, la pintura e incluso en las más absurdas preocupaciones. Los «elegidos» no tienen que someterse a ninguna ley, porque su dominio los volvería neuróticos.

La idea madre de Wilhelm Reich es la «fuerza vital». Había leído muy detenidamente a Bergson y a Driesch, pero, como hemos visto, de quien de verdad se impregnó fue de Freud, aunque éste le tuvo a gran distancia y acabaron por separarse. La primera desilusión de Reich respecto al que él había elegido como maestro fue la negativa de Freud a hacerle el análisis, y además había una enorme diferencia entre ambas personalidades. Freud era un dudador y Reich un pensador explosivo. Recuérdese un momento cuando Freud dudaba en precisar los caracteres y variantes de la libido y Reich, en cambio —que se sentía bajo el conjuro del poeta Blake—, le seguía en su afirmación de que *la energía es el placer continuo*. Wilhelm Reich era vital, política y hasta intelectualmente lo que se llama un «activista».

A muchos freudianos les repelía la idea de que la civilización tuviese que obtenerse a costa de la represión instintiva. Por fin pareció verse más clara esta cuestión separando el «yo», en el que se alojan las funciones espirituales e intelectuales más elevadas, del «ello»,

cuyas fuentes energéticas *independientes* pueden servir también para producir las propias satisfacciones. Esta escisión, que podríamos llamar de segundo grado, se halla muy bien expuesta en los libros de Heinz Hartmann.

«El carácter genital»

Wilhelm Reich veía los problemas de un modo muy peculiar. El hombre sano es aquel que pertenece al carácter genital y posee las regulaciones internas suficientes para hacer innecesaria cualquier moral compulsiva. Reich distinguió entre los sujetos *psico-neuróticos*, cuya sintomatología resultaba de los islotes psíquico-libidinosos reprimidos. Los caracteres neuróticos no aparecen más que utilizando los equivalentes, tales como el egoísmo, la envidia, la crueldad, las obsesiones y anancasmos, para adormecer la genitalidad. A estos últimos Freud los incluyó en el «carácter anal». En clínica psiquiátrica se los califica habitualmente de «obsesivos».

Reich no practicaba el análisis de los sueños y las interpretaciones de los síntomas al modo freudiano. La terapéutica derivaba de la relación entre el enfermo y el psicoterapeuta, tal como lo hacen en la actualidad Rollo May, Burton, Alexander Lowen y tantos otros en los Estados Unidos.

Las «neurosis actuales» eran las verdaderas. La traducción de *aktuellen* no es actuales, sino reales. Sin embargo, el uso ha impuesto, erróneamente, el término «actual». En toda psiconeurosis había un núcleo de neurosis «reales», dice, en la «función del orgasmo». Pero en todos estos síntomas aparece una entelequia que es la potencia «orgónica», la responsable. Tal po-

tencia deriva de la capacidad de entrega de la energía biológica, es decir, de la capacidad de descarga real de la presión sexual, *pero no sólo a través de los órganos sexuales, sino todo el cuerpo*. La libido, la bioenergía, es una sustancia como un magma aprehensible. La angustia es una descarga libidinosa del sistema cardiovascular. La sexualidad y la angustia son dos procesos vegetativos, que van en dirección opuesta. En cambio, seguía a Freud en la admisión del «instinto de la muerte» y decía que el psicoanálisis era una *ciencia sin esperanza*, ya que señalaba límites al progreso humano.

La antropología

Nunca se pudo decir que Reich fuera un marxista ortodoxo ni un psicoanalista ortodoxo. En un momento de su vida se puso a estudiar teología y rechaza cualquier enfermo que intentase verle. La sociedad, decía, no es el resultado de una estructura psíquica determinada, sino todo lo contrario. La estructura del carácter es el resultado de una determinada fórmula social.

Arthur Koestler, que pertenecía a la misma célula comunista que Reich en Berlín, dice en su libro *El espectro de la máquina* que todos los fenómenos se ordenan en una jerarquía de «holones». Por ejemplo, los electrones, los átomos, las moléculas, los órganos y la organización. Todos ellos pueden considerarse como unidades individuales o como una totalidad. La teoría orgástica de Reich es una muestra del pensamiento «holístico».

Las neurosis surgieron al amparo del matriarcado en la sociedad primitiva. En la vida sexual no había entonces tabú alguno. Los niños carecían por dicha razón de complejo de Edipo. (Ante estas afirmaciones se comprende muy bien que Freud no quisiera saber nada de este «nuevo heterodoxo» que era Reich. Nuevo y exuberante hereje.) La sociedad primitiva era colectiva y comunista. En el clan no existía más que la pareja. Con la libertad surgía la felicidad. En el dinero, surgido con la sociedad

capitalista, dice Reich, se halla el origen de todas las perversiones sexuales.

Ni Reich ni Freud tenían demasiados conocimientos antropológicos. Además, no pudieron disponer de los conocimientos actuales. No se trata en la antropología de aplicar la fantasía a los datos que se adquirieran de los pueblos primitivos, sino de estudiarlos directamente. De analizar sus formas como lo hizo el propio Malinowski, que era el íntimo amigo y protector de Wilhelm Reich. La legión de antropólogos actuales es considerable y han ampliado enormemente el campo antropológico en el que Reich se movió.

Antes se decía que los hombres dominaban en las sociedades patrilineares. Después se ha visto que el problema era mucho más complejo. Bachofen, Morgan y Engels creían en una fase anterior correspondiente a las sociedades matrilineares. Y así Marx pudo hablar de un *comunismo primitivo* en el que no había Estado constituido. Ni había sociedad privada. Ni había represión sexual. En las islas Tobriand no se hallaba reprimida la actividad sexual de los jóvenes antes del matrimonio. Lo cual parece contradecir las tesis primitivas sobre el «complejo de Edipo».

Wilhelm Reich cita el hecho al que acabamos de aludir como un claro ejemplo de la revolución sexual. La sociedad que Reich conoció resulta pasada de moda en la actualidad. Pero en Melanesia, aunque los tobriandos sigan el sistema matrilinear, la sociedad no es un matriarcado. La verdad es que los hombres imponen su autoridad desde el primer momento. Las mujeres ase-

guran la continuidad de la raza, pero los hombres mandan.

Las amazonas pertenecen a un bello mundo mitológico. Las mujeres saben ofrecer algo más hermoso todavía y que no es mítico: su amor al hombre y a la familia.

Sentimientos oceánicos

Realmente, Wilhelm Reich no fue hombre afortunado. Aparte de las desgracias familiares (suicidio de la madre, fallecimiento del padre y del hermano muy pronto en su vida), tuvo frustraciones sin número. No consiguió ser analizado por Freud. Sus propios colegas le denunciaron como espía. En América fue concibiendo, cada vez más, proyectos tan grandiosos que resultaron inalcanzables e irrealizables. Y lo que es peor, resultaba sospechoso de padecer una grave enfermedad mental. Wilhelm Reich era celoso, posesivo, bebedor, tuberculoso, etc. Era incapaz de convivir con una persona a quien respetase. Quizá el único que se salvó de ello fue Sigmund Freud, aunque dejara de hacer caso a sus afirmaciones y se negase a seguir la teoría psicoanalítica. Wilhelm Reich riñó con demasiada frecuencia con sus más cercanos colaboradores. No toleraba la más mínima observación. Fue muy desabrido con Ilse, su tercera mujer, que tanto se había plegado a su modo de ser. *Quiso implantar la revolución sexual en Occidente, cuando precisamente los llamados países capitalistas ya la estaban haciendo por su cuenta y hasta con demasiada rapidez.*

Pero algo queda de Wilhelm Reich. A mi modo de ver, lo más importante es su *interés por su misterio*. Porque tomando los textos de Reich en sentido normal

nos quedamos inquietos por no haber alcanzado quizá su sentido más profundo. Tal vez eso que Reich llamaba «orgasmo» es para muchos, y quizá para él, una especie de «*sentimiento oceánico*», logrado o no. Probablemente nunca sintió tal sentimiento Freud, si se sigue la línea de sus escritos más reveladores. Quizá Reich pensó que, lo mismo que dirigía sus aparatos, dirigía a Dios, en lugar de ser dirigido por él. Incluso sus aparatos dirigían a Wilhelm Reich cuando él creía dirigirlos. O quizá la enfermedad trastornó demasiado a Reich al final de su vida, enfermedad que se manifestaba a través de sus aparatos y de sus relaciones familiares y sociales. Aquellos que han querido resucitar la memoria de Reich —los psicoanalistas no freudianos— no se dan cuenta de que tal vez lo mismo les está ocurriendo a ellos. Sin enfermedad, naturalmente.

En las últimas experiencias, Reich imagina un campo de batalla universal entre la energía orgónica —creadora de vida— y las radiaciones nucleares destructivas. Se trata de una versión moderna y seudocientífica del maniqueísmo. Rycroft cree en su origen judeo-cristiano, puesto que postula, alternativamente, una forma destructiva de energía orgánica que se ha separado de la forma primordial y creadora. La energía negativa la interpreta Reich como equivalente a los mecanismos freudianos de la represión, ya que está producida por la energía agresiva pero sana, que se dirige al «yo». Es decir, que el «super-yo» utiliza las energías del «ello» para combatirlo. Es algo análogo a la imagen bíblica de la expulsión del hombre del Paraíso.

El Paraíso significa volver al tiempo anterior al histórico

Nunca, desde los tiempos del Paraíso, han tenido los instintos la oportunidad de expresarse libre y directamente. El Paraíso significa el tiempo anterior al histórico. La historia no ha sido más que una conspiración contra cualquier manifestación vital. La historia y la civilización. Para acabar con esa tiranía, lo primero que hay que hacer es acabar con la tiranía de la conciencia. Fruto de la vida social es la transformación de las necesidades sociológicas en *estructuras del carácter*, que a su vez crecen y se desarrollan como nuevas estructuras sociales. Siempre según Reich, hay que abolir las represiones y terminar con las ideologías mediante una terapéutica psicológica. Lo importante no son las instituciones, sino la vida interior de las personas. El psicoanálisis no destruye la vida interior de las personas. Si lo hiciera, las llamadas regulaciones morales serían innecesarias. El complejo de Edipo no es la causa de las inhibiciones de la sexualidad infantil. Esta situación, en el fondo, es la consecuencia de las estructuras sociales autoritarias, *que son las que hay que destruir*.

La lucha contra las represiones instintivas crea en el individuo una especie de *armadura defensiva*, como veremos más adelante. Se evita, de este modo, que la angustia penetre en el seno mismo de la personalidad

y destruya lo mejor que tiene: *sus impulsos eróticos*.

La represión no viene sólo de fuera, de la estructura social, *sino del yo-mismo*. La desviación de la historia a partir del comunismo primitivo, no se debe a la división del trabajo como dice Marx, sino a la represión sexual. Ésta es más eficaz para provocar la alienación del individuo, alejándolo de sus deseos eróticos, más que hacerle trabajar. Así es como la historia destruye la sexualidad natural. *La historia empieza con esa represión*. La abolición de las represiones termina con la historia política, que no es otra cosa que la historia de las divisiones de la humanidad. De ahí la enfermedad del hombre cuando comienza a pensar sobre sí mismo. Pero, según Reich, el hombre *nace ya neurótico* porque percibe en su propio ser la radical enemistad existente entre su mente y su cuerpo. *Y el sexo no puede salvarse porque cae en la trampa del amor*.

Reich llega a la siguiente conclusión: *pienso, luego soy un neurótico*, utilizando el esquema cartesiano de la división del hombre. Reich busca un radicalismo antiintelectual y por eso lo predica entre los hombres, ya que la armadura de su carácter no se halla terminada. Todas las demás salidas son malas: el patriarcado, la religión, la organización del trabajo y los mismos requerimientos de la civilización. Pero Wilhelm Reich se olvida de que *el más peligroso elemento antirrevolucionario es la familia misma. Porque acaba siendo moral y autoritaria*.

La rebelión de los padres contra los hijos repite el complejo de Edipo, *continuando como estaban antes*. Reich predicaba contra lo que los psicoanalistas llaman «imago paterna», pero luego se dio cuenta de que

la «imago materna» no es con demasiada frecuencia menos autoritaria.

Reich buscó apoyo para sus puntos de vista entre los antropólogos, pero se encontró con que ellos afirman que la sociedad prehistórica es más autoritaria que la de sus sucesores. De esta situación no se puede liberar el hombre más que con *algo nuevo*. Y a buscarlo dedicó Wilhelm Reich su vida. Como hemos visto, «la función del orgasmo» constituyó siempre una de sus fundamentales preocupaciones.

Un afrodisiaco para la revolución sexual

Decía que la fuente principal de las preocupaciones científicas de Wilhelm Reich está constituida por «la función del orgasmo». Pues bien, para mejorarla introdujo la *orgasmoterapia* y la *vegetoterapia*. Y cuando emigró a los Estados Unidos, siguió tenazmente los trabajos que había empezado en Suecia unos años antes.

Estableció en Maine su «Observatorio de la energía orgónica». Los experimentos eran biónicos y se basaban en observaciones microscópicas de la desintegración vesicular de la materia, en circunstancias específicas y mediante la pulsación de las cargas bioeléctricas de las vesículas. El desarrollo de amebas y de otros protozoos fue tomado a cámara lenta. En sus investigaciones abordó también el problema del cáncer. Sobre todas estas cuestiones se conserva una abundante correspondencia entre Reich y el inglés A. S. Neil, que abarca los años comprendidos entre 1938 y 1956.

Ilse Ollendorf, una de sus mujeres, señala que el único de los colaboradores de Reich que nunca llegó a romper con él fue Neil, a pesar de la exposición de su teoría sobre el orgasmo, a pesar de su tesis sobre la economía sexual, etc. La primera vez que Neil visitó a Wilhelm Reich fue cuando vivía en Oslo. Parece ser que, tras de sus primeras visitas, Neil veía un «aura que rodeaba a Reich como un mártir de Cristo». La frase

de Reich sobre esto era: «Si yo soy como Cristo, ¿por qué no he de ser asesinado?» Estos y otros pensamientos análogos ya empezaron a producirle una gran ebullición interior. En Noruega se desató una gran campaña contra él. Elsa Lindenberg, su colaboradora por entonces, decidió no acompañarle a los Estados Unidos; al parecer, la razón que dio fue por las terribles explosiones de celos que Reich tenía de vez en cuando.

Llegó a Nueva York en el año 1939 y se estableció en una casita situada en Forest Hill, Long Island. Sus hijos ya vivían en América desde el año 1938, con su madre Annie, de la cual Reich ya se había separado. El día de Navidad del año 1939 se casó con Ilse Ollendorf, que le había ayudado y continuó ayudándole mucho como secretaria. Del mismo modo cooperaba mucho, como ayudante de laboratorio, Gertrud Gäasland.

El personaje Wilhelm Reich interesó mucho a los norteamericanos. Pronto fue invitado a dar conferencias en la New York School for Social Research, sociedad en la que fue introducido por su amigo Bronislav Malinowski, que desde siempre le había mostrado un gran afecto. Reich seguía con sus experiencias y durante el año 1940 hizo nuevos descubrimientos, siempre a la búsqueda de la «energía orgónica» y de la forma de poder aislarla. Quería hacerla visible y además útil para el tratamiento de los neuróticos. Con medidas electroscópicas y observaciones con microscopios binoculares creyó estar cerca de lograrlo. En Rangeley, Maine, montó un nuevo laboratorio que se llamó Orgonotic Lodge, y en el año 1946 se trasladó a Dodge Point. Wilhelm Reich hacía en su laboratorio sus experiencias, mientras que

en Nueva York desarrollaba su labor de psicoterapeuta. Maine fue por lo tanto el escenario de sus descubrimientos en la búsqueda de un afrodisiaco de la era técnica. Ya en el año 1940 construyó el primer «acumulador de energía orgónica».

Los primeros aparatos fueron pequeños y estaban destinados a la experimentación animal. Pero más tarde construyó «acumuladores» para los hombres. Con los pequeños trató a ratones cancerosos y con los grandes a los hombres con dificultades sexuales, y especialmente a los neuróticos, aunque no hubiesen manifestado dificultad alguna en el terreno sexual.

Wilhelm Reich publicó sus hallazgos en el *International Journal of Sex Economy* y en libros como *The Discovery of the Orgasm* y *The Cancer Biopathy*, ambos publicados en el año 1949 por el Orgon Institute Press.

Reich estaba cada día más entusiasmado con sus experiencias biológicas. En diciembre del año 1940 escribió a Albert Einstein. Por entonces ya comenzaba a hablar de una conspiración general contra él, inspirada por el partido comunista y dirigida contra toda su obra y su persona. Einstein le recibió una vez en Princeton, en el año 1941, y Reich volvió a Maine muy satisfecho de su entrevista. Einstein se mostró muy cordial. Tuvo entre sus manos el organoscopio y comentó muy favorablemente en principio el hallazgo que Reich decía haber hecho sobre las diferencias de la temperatura en los organismos sometidos a tales aparatos. Pero días después Einstein le dio por escrito una explicación física de esa hipertemia. Reich se mostró resentido, pero siguió sus ensayos y trabajos sobre diversos temas. Unos recor-

daban su antigua predilección política y afirmaban que existía la posibilidad de predecir una guerra. Otros trabajos iban dirigidos especialmente a la lucha contra el cáncer humano.

Desde que se realizó el ataque japonés a Pearl Harbour, los agentes del F.B.I. habían redoblado la vigilancia sobre los extranjeros que vivían en los Estados Unidos. El 12 de diciembre de 1941 dos agentes detuvieron a Wilhelm Reich y le llevaron a Ellis Island. Reich estaba excitado y enfermo. Un médico le tuvo que atender y le transfirió al hospital. Un abogado, con quien se había puesto en contacto su mujer, trató de desentrañar lo que pasaba. Poco después fue puesto en libertad y volvió a sus trabajos sobre el cáncer. El número de los «acumuladores» aumentaba, lo cual quiere decir que también aumentaban los clientes y las publicaciones. La última publicación fue una traducción al inglés de su libro, revisado, *Mass Psychology of Fascism*, en el año 1946.

Siguen los extremismos...

A pesar de las dificultades que tuvo Reich en su adaptación a la vida norteamericana, nunca quiso revalidar su título de médico. Sus discípulos aumentaban. En el año 1944 nació su hijo del matrimonio con Ilse. Con este motivo escribió a Neil diciendo que iba a realizar nuevos descubrimientos sobre la naturaleza de los recién nacidos, y añadía que las observaciones que se habían hecho hasta ese momento eran totalmente erróneas (!). Siguió pensando en sus temas favoritos, pero cada vez de una manera más extraña. Se ensoberbeció de tal manera que el trato con él se iba haciendo cada vez más difícil.

Cierto día dijo a sus alumnos: «No queremos anarquía, sino orden. Debemos apoyarnos en el núcleo racional del anarquismo y del comunismo. Tengo una gran admiración por Kropotkin. Pero no olvidemos que los tiempos cambian y lo que ayer fue verdad mañana será mentira.» Estas afirmaciones cada día asombraban más a sus colaboradores, en su mayor parte biólogos sin veleidades políticas de ningún orden. Menos mal que junto a tales dislates Reich continuaba midiendo campos energéticos de la materia viva. Esto y el examen de la sangre para detectar el cáncer y otras biopatías fueron dos ideas que siempre mantuvo firmes. En el año 1945 apareció su nueva revista *International Journal of Or-*

ganon, y en ella un artículo sobre «*la plaga irracional*». Se refería a las *reacciones irracionales* que aparecían a veces en las relaciones interpersonales.

Rieff hace una excelente exposición de las ideas de Reich, pero se deja arrastrar a veces por el ardiente modo de exponerlas. No ve más que una parte del problema. Dice que Reich es puro porque es extremista. Incapaz de ser criticado porque en él existía una ausencia de hechos punibles. Wilhelm Reich dijo una vez que *nadie podía criticarle, salvo él mismo*. Por eso no podemos criticar su arrogancia. Lo mismo da que las afirmaciones las considere él mismo como conservadoras, como radicales o como estrictamente científicas. Siendo Reich antiteorético, tiene que ser anticrítico.

El análisis de sus escritos, de su conducta durante el proceso que tuvo, demuestran que ese intento de comprensión que se hizo no tenía raíces de ninguna clase. ¿Se trataría, en todo caso, de una testarudez llevada al límite? Desgraciadamente para Reich, esa conducta testaruda no era sino el embrión, ya avanzado en su desarrollo, de una conducta delirante. La «plaga» de la enfermedad se convierte en enemigo de todos: fascistas, libertarios, anarquistas, moralistas, judeo-cristianos. Junto con todas las ideologías que han simbolizado la antigua represión. *Sólo queda la vida capitalizando todo lo demás*. «Dios es la vida y la vida es Dios», dice en otra parte Reich. Ahora bien, si se reflexiona un momento, se verá que en esa y en otras mistificaciones se tropieza el lector con la relativización de Dios y de la vida. Sólo están apoyadas en un punto que es el del propio «yo» de Wilhelm Reich.

La libertad es el secreto de la autoridad, porque la sexualidad impide el camino. Y el camino es bien sencillo para quien quiera buscarlo. Mejor dicho, lo sería si no aparecieran los problemas de la sexualidad, como brujas disfrazadas, que impregnan la mente del visitante. ¿Dónde se encuentra el elixir plurivalente y mantenedor de una larga vida para poder practicar, hasta el último momento, la «mistificación de las sensaciones de la vida vegetativa»?

Phillip Rieff termina su conocido libro *The Triumph of the Therapeutic* con un capítulo cuya lectura reiterada me ha producido la extrañeza de la insuficiencia de lo utópico. El papel de toda cultura moral consiste, según él, en: a) organizar las demandas morales que hacen los hombres; b) constituir un sistema de símbolos que los conviertan en más inteligentes y dignos de confianza los unos para los otros, y c) organizar las remisiones que alivian al hombre, de vez en cuando, de los esfuerzos que les impone ese control simbólico, que han de «internalizar» en forma de una cultura. Cultura que ofrezca una variante en el carácter individual. El proceso en virtud del cual una cultura cambia, consiste en un sistema de desplazamiento o compensaciones. Algo así como un balance entre lo controlable y lo permisible, que se realiza en los estratos profundos de la personalidad.

¿Cómo puede salir el hombre actual del callejón sin salida en que se encuentra? Mediante la ciencia, por ejemplo. Pero su lenguaje es analítico y no revela nada. Y ahora la ciencia tiene planteados problemas tales, que la amenazan en tanto en cuanto amenazan al hombre mismo.

Un lenguaje de hipótesis es neutral y entonces no se sabe qué responder. Los símbolos son contradictorios y no se ha hallado ninguna hipótesis que no se contradiga en sus propios términos. Además, todo sistema cultural tiene que operar en un orden social. ¿Es que se busca un hombre pleno de un placer alimentado por la técnica? ¿O simplemente un sistema de esperanzas como madre de una revolución?

Esto sólo lo podría hacer una *élite* intelectual y cultural que, al mismo tiempo que sirviera de ejemplo, difundiera tales principios. Ninguna cultura sobrevive sin el apoyo de una minoría cuyos cuadros sepan proyectar el futuro inmediato. Reich, en una nota al pie, aparte de recordar que hay una civilización que tiene que rehacerse, cita unas palabras de Camus. Creo que si las hubiera sopesado bien, le hubieran ahorrado muchas páginas de escritura en sus obras.

Camus habla como un escritor que percibe la situación de la cultura actual. Sin ser hombre de fe, se dirigió lúcidamente a muchos hombres cristianos. Y escribe de un modo más «conservador» que muchos cristianos ilustrados de nuestro tiempo, a pesar de que su genio le llevaba a captar cualquier otra posición.

«Con respecto a la vida sexual, se le ha dado al hombre quizá la vía de la apertura por el buen camino. Es un opio. Cada día se va a dormir. Todos los días lo vuelve a traer. Al mismo tiempo le impone un término que tal vez sea el verdadero. *La sexualidad no conduce a nada. No es inmoral, sino improductiva. Uno puede vivir con ella y por ella durante algún tiempo, cuando no tiene nada mejor que hacer. Pero la casti-*

dad está conectada con el progreso personal. La sexualidad parece victoriosa cuando se halla libre de imperativos morales. Pero inmediatamente después se convierte en una derrota. La única victoria se logra cuando uno se vuelve de espaldas a la sexualidad: eso es la castidad...» (Camus).

El carácter según Wilhelm Reich

«Carácter genital»

Si traemos aquí estas consideraciones de Reich es porque este autor lo considera en relación con el orgasmo. Entremezcla de nuevo sus ideas revolucionarias con la sexualidad y con la fuerza orgásmica, y analiza toda la sociedad desde estos puntos de vista.

Difícil se presenta para Reich el problema del carácter. ¿Cómo se logra esa armadura invencible, tanto más vulnerable cuanto más quiere dejarla abierta a los goces de la vida? Aun si propusiera un tipo humano inexistente, ajeno a todo lo placentero de la vida, el argumento, aunque irreal, poseería cierta lógica. «El carácter se logra en la vida», decía Goethe. Si el neurótico sufre por tanta represión, habrá que buscar su salida por otros caminos. *Porque en verdad los hay.*

La moral revolucionaria es, según Reich, la que posee el individuo que permanece impávido ante el peligro y se dedica a satisfacer sus energías libidinosas. Es curioso ver cómo quien formula un credo de esta clase parece que jamás haya conocido a nadie y ni siquiera se haya asomado a su intimidad. El lector tiene la impresión de que no habla de sí mismo porque se ignora. Habla de una utopía redactada y relatada a modo de un cuento infantil.

Y la realidad no es así. Ni tampoco como propone Wilhelm Reich, tratando al carácter como si fueran los síntomas de una enfermedad incurable, de los cuales se puede liberar el paciente mediante el orgasmo. «Los científicos y moralistas —agrega— quieren analizar las represiones. Los que aceptan una moral revolucionaria quieren abolirlas.»

Wilhelm Reich busca, al parecer, una línea media suprimiendo lo más posible la negación y ampliando la libertad. Y en ese escaso espacio dejado a la represión está enmascarado el subconsciente. La influencia de Freud aquí es evidente, como cuando dice que los impulsos anales se transforman en impulsos de la limpieza. Por esa tradición freudiana aceptaron sus ideas muchos psicoanalistas, al hablar de la formación del carácter.

El éxito, sin embargo, lo tuvo Reich para algunos al hablar del *carácter genital*. Desgraciadamente el éxito aparente se acompaña de la oculta desgracia. El carácter genital es algo como un carácter biológico e ideal. Un carácter que no podía permanecer en la realidad sin salirse de ella. Es decir, *un carácter neurótico o una excrescencia monstruosa*. Me recuerda a un enfermo cuya neurosis consistía en que cuando tenía una relación sexual se le producía la sensación de haber perdido una parte considerable de un platino imaginario e invisible en su semen. Se le razonaba lo absurdo de su planteamiento y él decía que de lo que estaba seguro era de la energía que con ello perdía. Su neurosis consistía en esa vivencia de «lo irreparable» que le quedaba después. Por ello pedía ayuda al psiquiatra.

Wilhelm Reich dice que el «carácter genital» es ambivalente. Libre del complejo de Edipo y de cualquier otro conflicto y construcción y capaz de una agresión dirigida por la cultura, cuando en verdad se trata de una agresión sexual. Es decir, capaz de tomar una mujer y forjar un ideal del «ego» en armonía con el «yo» y con el «ello», habiendo olvidado todo lo que, en el curso de los primeros años de la vida, hubiera podido aprender en el seno de la familia. El sujeto de carácter genital puede sumirle en el éxtasis o rechazarlo y ser una especie de hombre perfecto. Poco a poco van cambiando los planos de Reich por los de su propia experiencia, intentando siempre descubrir algo más.

Todos los hombres proceden de una raíz común y alcanzan lo mismo. Éste era el lema de la comunidad de Reich en Rangeley, Maine. «Nadie es bueno todavía. Ni yo mismo soy capaz de liberarme del todo de la plaga.» Cuando se siente su ataque sólo la calma frente a ella nos puede defender. La comunidad terapéutica era, al mismo tiempo, centro de investigación y poco a poco tomó un tinte religioso. Se trataba de una especie de religión natural que comenzaba en el sentir y manejar la energía orgónica. «El fascismo es el fin de toda política, y el capitalismo agoniza. La política se ha convertido en un anticristo. Vendrán grandes catástrofes, pero nos veremos libres de la política.»

La vida social exige la normalidad, y esto no se puede expresar más que a través del amor y del sexo. Sus polos de atracción del hombre cambiaron de lugar y de sentido. De tal modo que la sociedad dejó de ser conservadora o comunista. A partir de este momento

la sociedad era sana o enferma. Poco a poco fueron desapareciendo el freudismo y el marxismo de su presencia y fueron sustituidos por un *sentimiento oceánico*: la orgona cósmica es Dios. La religión animista y primitiva era más verdadera que la ciencia moderna. La ciencia orgónica demuestra la existencia de Dios, ya que Dios es el poder del universo.

Releyendo estas páginas de Wilhelm Reich no podemos olvidar lo que de su vida externa sabemos. A cualquier psiquiatra le costaría trabajo demostrar que no estamos ante una evolución de un tema delirante, aunque la conducta de Reich, en general, no era tan llamativa. No es tampoco comprensible, dada la peculiaridad de su personalidad, que tuviera tantos discípulos. La mezcla de experimentación orgónica e interpretación esotérica del hombre en el universo, ¿podría presentarse, en nuestros tiempos, como muestra de un pensamiento normal? El que cualquiera —yo mismo— no crea en esa normalidad, no le priva de admitir esa transformación de una mente enferma en su propio intento creador.

Al mismo tiempo que Wilhelm Reich empezó a hablar del redescubrimiento de Dios, comenzó también a hablar de sí mismo en tercera persona. No es que Reich realizase ninguna conversión religiosa. Esta afirmación carece de sentido. Tampoco se puede hablar de una inclinación al panteísmo. Es simplemente una búsqueda en la interioridad de una mente, ya claramente enferma. Dios creó al hombre, pero éste se intelectualizó y se convirtió en una fuente de angustia para sí mismo. La angustia le resulta insoportable y lleva, inde-

fectiblemente, al abrazo final. Cada vez se vio Wilhelm Reich más aislado. Como psicoterapeuta acaba sufriendo con el enfermo, puesto que carecía de la protección psicológica necesaria, ya que lo que buscaba era la *armazón del carácter*. Se identificaba con Jesucristo, es decir, con la idea de su persecución y de su martirio, como le ocurrió a Aquél. El hombre nuclear, aun procediendo de otro planeta, era su esperanza. Y así podría yo citar otros muchos pensamientos en torno al mismo tema y afirmar que seguía por el camino de la desintegración.

Diferencias entre sexualidad y genitalidad

Los psicoanalistas freudianos olvidaron a Wilhelm Reich. En alguna parte éste se queja de su persecución. La terapia afrodisiaca por la orgona y otras afirmaciones que hizo después resultan, a decir verdad, tremendamente disparatadas. Yo conocí personalmente a Wilhelm Reich, además he contemplado con fines de introspección del personaje su imagen fotográfica, y amigos comunes me han hablado de su personalidad. Tuve además ocasión de hablar con su viuda. He leído, especial y detenidamente, las cartas que le dirigió a Freud. Y pienso que, independientemente de su enfermedad, Wilhelm Reich no fue, en manera alguna, un hombre cualquiera. Un *little man*, como él gustaba de decir.

La teoría del orgasmo de Reich arranca de la distinción que hizo Freud en el año 1894 entre las «neurosis reales» y las «psiconeurosis». Muchas veces he

llamado la atención sobre la expresión de «neurosis actual». *Aktual*, en alemán y también en inglés, significa lo que existe en acto y no en potencia. Es decir, lo real. Las neurosis reales son el resultado *psicológico y directo de un trastorno sexual somático*, y las segundas *las complicaciones y consecuencias psicológicas* de hechos acaecidos en la vida anterior. Por eso las primeras no necesitan un tratamiento psicológico, sino que se arreglan automáticamente. O se deben a hábitos sexuales erróneos, a la excesiva masturbación, a la abstinencia, etc. Las segundas, las psiconeurosis, sólo pueden ser esclarecidas por el análisis, o sea, por la interpretación del complejo de Edipo o de sus fantasías sexuales infantiles o de secuelas de traumatismos psíquicos. Así fue la primera fase del pensamiento de Freud.

Como Wilhelm Reich trataba de lograr una teoría más amplia, era natural que rechazase, si no en los primeros tiempos sí después, el hecho de la masturbación. La razón era por pensar que era un sacrificio inútil en lugar de una satisfacción parcial, ya que la falta del objeto amoroso la convierte en dolorosa.

Reich perteneció a la generación intermedia de los discípulos de Freud en la época de los años treinta (Fromm, Horney, Sullivan, Kris, Heinz Hartmann y Erikson). En esta generación intermedia podríamos también citar a Ferenczi y a Otto Rank. Por otra parte están Jung, Adler y Stekel, que más bien fueron los primeros disidentes de las teorías freudianas.

Freud había dicho muchas veces que no hay neurosis sin conflicto sexual. A Reich le pareció más acertado hablar de «genitalidad» que de sexualidad. De esta

manera podría definir las *neurosis reales* —actuales, si se quiere— como perturbaciones de la genitalidad. Parece ser que Reich tenía una tendencia a manejar cuantitativamente las alteraciones y a aproximarse al mundo físico, como demostró mucho después en su evolución ulterior. Los términos que eligió, «energía orgónica cósmica» o «potencia orgástica», lo demuestran fehacientemente. Por eso, dígase lo que se quiera, las dos formas de neurosis —neurosis reales y psiconeurosis— quedan muy diluidas y Reich parece estar pensando siempre en ellas como si se tratase de una estructura superpuesta a la real, *que es la genitalidad*.

La diferencia parece clara en teoría, pero no lo es tanto en la práctica. El problema es muy complejo y no es éste el lugar de aportar mi ya larga experiencia en estos temas. Sólo deseo citar la opinión de Wilhelm Reich, en contra de muchos psicoanalistas, de que *las neurosis «reales o actuales» forman el núcleo de las psiconeurosis*, o al menos de muchas de ellas. La incapacidad sexual del psiconeurótico se debe a que *carece de bastante energía sexual para obtener un orgasmo completo*, por no poder movilizar la energía sexual embalsada. El neurótico se encuentra, por lo tanto, encerrado en un círculo vicioso.

Por otro lado, muchos psiconeuróticos tienen una vida sexual normal, aunque en otros pueda faltar la potencia orgástica. Ningún neurótico puede ser completamente potente, porque el hombre, al entregarse a la mujer, es como si quisiera manifestar su parte de feminidad. En *La función del orgasmo* aparece la siguiente frase: «Los hombres que tienen dificultades en la en-

trega tienen siempre algo de femenino.» El simbolismo «activo masculino-pasivo femenino» es casi permanente en los escritos psicoanalistas.

La potencia orgástica quiere decir para Wilhelm Reich la unidad psicosomática del cuerpo-alma. Por eso este autor no habla nunca de amor.

Diferencias entre Freud y Wilhelm Reich

Pudo verse rápidamente en aquellos comienzos la gran diferencia que existía entre dos seres tan distintos como Freud y Reich. El primero tuvo siempre la prudencia que procuran tener como norma de vida muchos neuróticos. Orgullosos por dentro, supo construirse esa armadura protectora de la que tanto hablaba Reich. Las cuestiones políticas no podían ser tratadas psicoanalíticamente, pero el psicoanálisis era intangible para la política y para muchos frentes más, incluso para el frente común de las ciencias naturales. Con respecto a la política véase su correspondencia con Einstein, de la que ya hemos hablado.

Reich quiso arrojar en su juventud al psicoanálisis en brazos de la política. De ahí la expresión que lanzó de «freudomarxista» y que dijimos más arriba que no hizo fortuna. Era consciente de que el marxismo no encontraba su fundamento más que en una interpretación económica de la historia, que le fue resultando cada vez más ajena. Al final, y ya en pleno desmantelamiento mental, parecía perseguirle la idea de Dios, aunque

en el punto en que se hallaban los desarrollos de su mente no podía concebirlo más que como una fuerza energética universal.

Como ha dicho D. H. Lawrence, Reich estaba obsesionado por el problema de la represión. La pureza estaba del lado instintivo y el super-ego obligaba a que las represiones las adulteraran para que no llegasen a la acción. Así el hombre parecía dueño de sus actos, consciente. Según Reich, la tragedia se desencadenaba forzosamente por esa represión de los instintos. *Por eso era necesario abolir las represiones.*

No ignoro que cada hombre es un enigma, pero concebir al ser humano tan parcialmente como lo hace Reich en estas afirmaciones o tan fabuladoramente como lo hace Freud en otras no ha dejado de sorprenderme. Sorpresa que duró hasta que a la distancia del papel impreso pude comprender que tenía las tuyas como todo ser humano. Porque de lo contrario, la bomba atómica jamás hubiera tenido la oportunidad de inventarse. Las ideas se repiten mucho más de lo que parece. Y lo mismo ha ocurrido con esta idea de la *represión*. ¿Podemos siquiera imaginar lo que significa esta palabra en el fondo de cada uno, aunque estén leyendo su existencia en algún libro, en cualquier acto de la vida que se contemple? En muchas ocasiones y situaciones a mí me darían ganas de exclamar: ¡quién reprime a quién! Pero esta exclamación mostraría que yo era un descortés, o un maleducado, o un monolítico en la política.

Y así logran permanecer silenciosos unos y otros frente a las represiones y no frente a la tontería o a la estupidez. Sólo un punto merecería una más amplia con-

sideración: la justicia. Pero afortunadamente, como dicen los estudiantes que se examinan, no puedo salirme del tema que me he propuesto en este libro.

Una de las ideas más sugestivas que tuvo Wilhelm Reich fue la de amalgamar la represión de los instintos con la idea del proletariado. La unión de ambas, pensaba, traería el triunfo. ¿De quién? Quizá sí o quizá no, diría ahora uno cualquiera cuando recuerde aquellos tiempos y vea la realidad de la historia. Reich creía lograr con esta amalgama «un animal honesto, hábil, cooperativo y capaz de amar». Bien. Sería una fórmula ideal. Pero sólo tuvo en su formulación de ese ensueño tentador una sustitución imperdonable: escribir «animal» donde debió escribir «hombre». ¿Es un pecado del estúpido materialismo? ¡Quién sabe! Pero resulta a veces aleccionador decir algo inverosímil, aunque esté hipotéticamente fundado.

Ruptura definitiva entre Wilhelm Reich y Freud

Freud y Reich forzosamente tenían que acabar por separarse. Freud no podía aceptar la ecuación de satisfacción sexual-salud física. La monogamia de Freud y hasta su puritanismo los considera Reich como un compromiso histórico fuera de la realidad actual. Es conocido el puritanismo de Freud y la limpieza de conducta en el trato con sus enfermos. Reich confesó que tenía, de vez en cuando, relaciones sexuales con sus enfermas. Su primera esposa había sido una paciente suya, y en el año 1932 se divorció de ella y se fue a vivir con Elsa Lindenberg y más tarde, como hemos visto, con Ilse Ollendorf.

El malestar de la cultura fue un libro que separó a Reich definitivamente del psicoanálisis clásico. Reich acusó a Freud de generalizaciones indebidas. Las extraía de observaciones hechas en la *sociedad actual*. El «instinto de la muerte» descrito por Freud le pareció a Reich un equivalente de la doctrina del pecado original. El masoquismo lo interpretaba como la derivación de un instinto primario. «La inhibición de la sexualidad es la que convierte a la agresión en un poder dominante, porque la energía sexual reprimida se convierte en destructora. El instinto de la muerte es un producto del sistema capitalista.»

Reich debía abandonar el psicoanálisis y así lo hizo en el Congreso de Lucerna. Cuando escribió la primera edición del *Análisis del carácter* decía que en una ciudad como Berlín había millones de personas cuya estructura psíquica se hallaba neuróticamente en ruinas. La tarea, por lo tanto, debía consistir en la profilaxis. Es decir, en una revolución de los instintos —especialmente el sexual— y de las ideologías. Toda su política de dispensarios fracasó en Viena y en Berlín. Fueron los tiempos del freudomarxismo que nunca llegó a cuajar, y ni siquiera como adjetivo. Reich echaba en cara al psicoanálisis que se había convertido en un buen negocio, lo cual era cierto sólo en parte, porque este argumento también puede fallar. Y hecho asombroso, las ideas han revivido vigorosamente en el año 1960. Y en las barricadas de París de mayo de 1968. Y en tantos otros sitios en la actualidad...

La «coraza personal»

Un estudio más detenido merece la idea de Reich cuando habla de la «coraza personal», a no ser que quiera hacerse equivalente totalmente al concepto de *represión*. Y no de una forma de represión ejercida y defendida de una vez para siempre, sino como actitud renovada y permanente tomada en el curso de la vida. En cambio deberían atribuirse también a la «coraza personal» todos aquellos sectores de la conducta humana que se realizan empujados por la idea del deber como incentivo positivo.

Marcuse afirma que en la cultura burguesa existe una área de ensayos experimentales para los deseos que tiene el hombre en la vida. El hombre quiere lograr una vida más feliz, más humana, más alegre, etc. Aunque se mantengan los tabúes de la sociedad capitalista.

Reich insiste siempre en que la disminución de la actividad sexual es un requisito indispensable para que florezca la cultura. Se ve como en esta cuestión se halla siempre flotando en torno al pensamiento de Freud, hasta el momento en que este autor comenzó a hablar del «instinto de la muerte». Este instinto es como una manifestación de la tendencia ineluctable de la vida humana hacia la enfermedad y hacia todo lo que supone una «entropía» de su propia existencia. *Es el mandato del propio destino humano.*

De todos modos, nos hallamos en un terreno en el que una ideología se hace dueña de la situación. Y sobre todo se hace dueña de la interpretación clínica de los referidos autores, aunque sean o no psicoterapeutas a lo Wilhelm Reich. Batterson defiende que las parejas unidas no por amor, sino por el ejercicio del poder, *producen niños neuróticos y psicóticos en un número significativo*. Pero, en contra de lo que debería ser, en las familias de padres autoritarios no salen hijos psicópatas y rebeldes. No es ésta nuestra experiencia recogida a través de varias naciones de todo el mundo. Se habla de «madres esquizofrenógenas» y se utilizan expresiones disparatadas para designarlas. Las gentes se olvidan con demasiada frecuencia que la realidad está muy lejos de la ficción. Si se agrega a lo que Reich dijo de la «coraza caracterial» regulada por tensiones musculares crónicas, la debilidad de todo este esperpento resulta evidente. ¡Hasta cuándo va a durar tanto disparate!

Situado el problema en este terreno, se comprende que no fue difícil para Reich unir el psicoanálisis con el marxismo, y hasta hubo momento en que creyó haberlo logrado. La sociedad burguesa no es el resultado de una cierta estructura psíquica, sino que la estructura del carácter es el resultado de un tipo de sociedad. Resulta que en la sociedad burguesa no operan más que los instrumentos autoritarios y, especialmente, la familia, la escuela, la Universidad, cuando hay lugar para ello. Y sobre todos ellos, la religión y el poder económico.

Hemos visto cómo Reich perteneció en Berlín a la misma célula comunista que Arthur Koestler. Un pen-

samiento de carácter holístico todavía transparece en las páginas de *El espectro en la máquina* del año 1967. Tanto en un caso como en otro, parece que se logren fundir las citadas estructuras, de tal suerte que la estructura neurótica, como tal, es un aspecto de la estructura caracterológica, que a su vez arranca de la estructura familiar y, por tanto, de la social, según el pensamiento de Reich.

Robinson, en su libro *The freudian left* —publicado en el año 1969—, se expresa de modo análogo, afirmando que las investigaciones históricas y sociológicas ayudarían a comprender cómo las realidades económicas se expresan en realidades políticas, éticas y religiosas.

El que haya relaciones entre una forma de realidades sociales y otras distintas es un hecho conocido desde hace tiempo, y basta para convencerse de ello la exposición que hace Max Weber entre el desarrollo del capitalismo moderno y el puritanismo protestante. Cualquiera que se detenga a reflexionar sobre esta interdependencia, aun reconociendo la importancia de la misma, no debe olvidar la aparición de otros hechos y situaciones que, en sí, históricamente son independientes.

Los autores discuten sobre si realmente Reich estuvo ligado fuertemente al comunismo durante algunos años o si el ligamen fue más débil de lo que se dice y sólo por razones de conveniencia política se vio obligado a adoptar esta postura. Cuando se conoce bien su biografía no puede pensarse en un hecho intencionado. Los últimos años de su vida explican mejor el origen de cualquier comentario. A un lector imparcial le resulta

difícil aceptar la génesis de tales concepciones. La expresión de las necesidades sexuales que se percibió, en los años 1914-1918, durante las guerras en Austria y Alemania ha cesado porque se han roto casi todos los anuncios...

En cualquier caso, lo que llama la atención es que se habla de una ley general, como si el varón hubiese madurado en su vida social por la aparición histórica de la burguesía o del capitalismo. Incluso el hecho mismo del descubrimiento tardío del papel del padre en la constitución de la familia, como he señalado ampliamente en otras publicaciones, se halla mal interpretado.

Este hecho también sorprendió a Freud, si bien el problema se lo planteó de distinta forma. Fue tras la pregunta que le hizo Lou Andréas-Salomé, dudando de si en lugar de derivar la idea de Dios de la idea del padre, *no ocurriría al revés*. Reich pensaba, sin tener conocimientos ni razones especiales para ello, que la sociedad primitiva exigía una organización colectiva del trabajo que se hallaba constituida en clan unitario bajo la sombra de una madre común derivada del hecho de la consanguinidad. Las relaciones entre los miembros del clan serían, según Reich, puramente sexuales. Pero no da ninguna explicación de por qué, dada esta situación, podía realizarse el cambio. Tal forma de matriarcado se convierte en patriarcado y aparece la exigencia de la moralidad como contrapartida de la constitución de la sociedad sexual, creada por el amor feliz entre las parejas. La revolución así establecida en los albores de la historia produciría las neurosis, las perversiones sexuales, etc. Los psicoanalistas no se hallaban

privados de fantasía, como puede comprobarse leyendo el libro *Totem y tabú* de Freud, cuando habla del origen del complejo de Edipo.

El hombre, cualquiera que sea, *siente la necesidad de interpretar el mundo y lo que a él le acontece*. Los médicos sabemos que los enfermos quieren conocer cuál es la causa de su enfermedad. Su deseo sería que se les mostrase, como en un microscopio o mediante un computador, el diverso agente soterrado que les hace «estar enfermos». No es un mero capricho lo que les lleva a preguntar. Como tampoco era un capricho el que tuvo Darwin al pensar en la evolución. Y antes que él Spencer, cuando se dio cuenta de que el hombre «era el rey de la creación», según la expresión utilizada habitualmente. Pero ese «rey» tenía que entrar en liza con seres inferiores (peces, reptiles, mamíferos, etc.). La misma idea tenían —y todavía siguen teniendo— muchos secuaces del darwinismo cuando se hablaba de la evolución de las formas animales hasta lograr el hombre.

Haeckel no tenía razón al asegurar que la ontogénesis no es más que una recapitulación de la filogénesis, como demostró el genial biólogo Karl E. v. Bauer.

La antropología y la biología moderna muestran que los hechos son más complicados. No tienen la simplicidad con que los imaginaron nuestros antecesores. Para Reich la sociedad primitiva natural era matriarcal. Cuando los antropólogos descubrieron que la sociedad patriarcal ofrecía formas más diversas de relaciones sociales, se sorprendieron. La consanguinidad, entendida como se establece entre la madre y los hijos, reduce más el ámbito de las posibilidades sociales que el patriarcado.

Es cierto que eminentes antropólogos aceptaron que la evolución de la sociedad humana empieza por el matriarcado, precisamente por tratarse de una sociedad matrilinear. El enfermo aprovecha la idea para pensar que, en cierta fase del desarrollo humano, aparece un ser adánico-marxista que vive al aire de un marxismo adánico o de un comunismo primitivo. En este ambiente le resulta innecesario el Estado, la propiedad privada y la represión sexual.

Respecto a los indígenas de las islas Tobriand, de los que ya hemos hablado, la paternidad biológica es conocida, por lo que no existen restricciones sociales a la actividad sexual, ni siquiera en los niños y en los adolescentes antes del matrimonio. Este hallazgo de Bronislav Malinovski no podía satisfacer a Freud. La primogenitura del complejo de Edipo y el sentimiento de culpa tras el paréntesis real no tendrían explicación alguna según tales ideas. Sin embargo, el estudio detenido de la realidad demuestra que, además del sistema de los habitantes de las islas Tobriand, existía el patriarcal. *La sociedad no es puramente matriarcal*, ni Bronislav Malinovski lo afirmó nunca, sino que este autor buscaba la explicación de esas anomalías sorprendentes como estructura de una cultura determinada. En aquellas islas la autoridad seguía ejerciéndola el hombre. La idea de las Amazonas es un mito. La imaginación humana no tiene límites. Muchas gentes encuentran un placer especial en entregarse a sus figuraciones.

No parece fácil demostrar que las mujeres hayan tenido poder hasta ese punto. Para Reich, el fracaso de su idea se demostró claramente no sólo por los hechos

acaecidos durante la revolución comunista, sino más bien por su evolución posterior. Si se relacionan todas estas afirmaciones con el mundo de la patología, las discrepancias son aún mayores. El desarrollo de la sexualidad en Wilhelm Reich, como el de la libido en Freud, ha llevado a una explicación psicológica que adquiere la misma peculiaridad que la de las ideas obsesivas. No he visto nunca a un enfermo curado de esta manera. Por desgracia, claro está. Actualmente se siguen otros caminos que son mucho más eficaces desde el punto de vista terapéutico.

La sociedad burguesa no es fundamentalmente obsesiva, como afirman estos autores. Ni es cierto que la relación oral del hijo con la madre pueda ser causa de neurosis. Ni que las afirmaciones de Melanie Klein —sobre «pecho bueno» o «pecho malo», según sea acercado o retirado de la boca del infante— merezcan una modestísima consideración. La influencia que tuvieron en otros tiempos fue absolutamente errónea. La larga experiencia de su propia hija Melita nos lo confirma. Melita Klein, a los 50 años de edad, se alejó del psicoanálisis que había aprendido con su madre. Alegó entonces su inutilidad y su tristeza por haber sufrido durante tanto tiempo un engaño con semejantes enseñanzas.

Las prohibiciones de la infancia se deben, según Reich, *a la represión* de los impulsos vitales por una educación tiránica, si bien hay que anotar que su posición respecto a la masturbación difiere mucho de la de los psicoanalistas. Reich trataba de lograr una teoría más amplia, y por eso rechazaba la masturbación. La consi-

deraba un sacrificio inútil, en lugar de una satisfacción parcial. La falta de objeto amoroso la convierte en dolorosa.

No se pueden seguir totalmente las opiniones de Reich que propugnan la libertad sexual completa para los jóvenes a partir de los 15 años. *No está comprobado que la pubertad signifique la madurez lograda en la unión sexual.* En ciertos países de Europa y de América lo que ocurre es que han rebajado la edad permisiva, pero no les han librado de ninguno de sus males. Más bien ocurre lo contrario. No son éstas las generaciones del futuro en las que podrán confiar los que vengan en tiempos venideros. Reich se entretiene, sentimentalmente, describiendo las situaciones difíciles de los jóvenes maduros a la búsqueda de la satisfacción sexual. Pero si le situásemos en la actualidad en otros lugares, quizá sus ideas irían por otro camino. Reducir todo el problema de la felicidad humana a lo sexual es desconocer la complejidad del ser humano, sin que por otra parte podamos ignorar la importancia de la sexualidad. Además que, en definitiva, ¿en qué consiste la madurez?

Según Reich, todos aquellos que no se preocupan o que *no logran alcanzar de una manera activa la satisfacción sexual son neuróticos.* Y en consecuencia todo hombre que por la edad sobrepasase la posibilidad del orgasmo es un neurótico. Y Reich añadía que, por otra parte, también la excesiva preocupación por el tema sexual era lo que les había causado a algunos la neurosis.

Decálogo de Wilhelm Reich

A veces, en un lenguaje confuso, Wilhelm Reich formula una especie de decálogo que permite a los hombres permanecer de por vida en el paraíso sexual. La primera formulación la hizo en el año 1942, al hablar de las funciones del orgasmo. La formulación resulta algo confusa, pero podría resumirse, para mayor claridad, en los siguientes puntos. Para la comprensión del lector creo que bastará con citar los siete puntos más importantes.

1) La salud mental de cada uno depende de la capacidad de experimentar el orgasmo, en el sentido que Reich atribuye a esta palabra.

2) La enfermedad mental es el resultado de las inhibiciones en esta capacidad. La incapacidad resultante depende de la frustración del carácter en su capacidad para amar.

3) La impotencia orgástica de la cual sufren la mayoría de los seres humanos se debe a un bloqueo de su energía biológica, donde se halla la raíz de todos los comportamientos irracionales.

4) La inhibición de la capacidad orgástica se instituye y mantiene por la estructura psicológica defensiva que altera el carácter, constituyendo una coraza interior que va contra la naturaleza desde el lado interno. Exteriormente se traduce en sufrimiento social. Esta coraza del carácter se halla en la base de la soledad, de la

impotencia, del deseo de autoridad, del miedo, de la responsabilidad, de la infelicidad sexual, de la rebelión impotente. Y de tantas otras alteraciones más.

5) El origen de estas alteraciones no es sólo biológico, sino también social y económico. No aparecen en la historia humana antes del desarrollo social patriarcal. Especialmente en la familia autoritaria. Este tipo de familia está constituido no por el amor de los que la engendran, sino por el uso agresivo y represivo por parte del padre.

6) La familia autoritaria es el instrumento principal de la represión de la sexualidad en el niño y en el adolescente. Así se constituye una escisión en la estructura humana actual entre naturaleza y cultura, instinto y moralidad, sexualidad y ayuda sexual.

7) El hombre desea ardientemente la unidad, que es lo que daría vía libre a la satisfacción de sus requerimientos biológicos sexuales (orgásticos). La escisión ha hecho que el puesto del placer natural haya sido tomado por el trabajo y por la actividad.

Lo que resulta extraño es que las generaciones actuales, como veremos más adelante, y especialmente las más jóvenes encuentren en esta especie de decálogo —constituido aquí por siete puntos en aras de la brevedad— un atractivo del tipo que sea. Si yo lo he resumido ha sido para evitar la prolijidad un poco pesada de Reich. Nadie ha demostrado hasta ahora que todas las personas que se sienten «realizadas» lo son porque poseen una potencia orgástica (!). Y muchísimo menos si se apela a la experiencia de los psiquiatras, que vemos a muchos enfermos que no tienen la menor incapacidad en este

sentido y son enfermos neuróticos graves o padecen enfermedades psíquicas de las más graves. Y lo mismo podríamos decir a la inversa. De manera que la afirmación de Reich de que la salud mental depende de la capacidad orgástica no es más que el sueño de una noche tormentosa.

No seré yo quien niegue la existencia de alguna persona o muchas obsesas por este problema. Pero sí afirmo que la psicopatología, la psiquiatría en general y la salud mental en especial no se debaten en tan limitado círculo. Incluso el pensamiento de que la represión en la infancia, en la edad adolescente y en la edad adulta —por los tabúes religiosos o por las dificultades económicas— *tampoco es real*. El afirmarlo es tener una idea bien pobre de la personalidad humana, que sabe muy bien, cualesquiera que sean sus circunstancias, buscar cuando lo desee o lo necesite su paraíso sexual, con frenos o sin ellos.

Si por otra parte se quiere hacer depender la enfermedad mental de la capacidad de amar, ya estamos en el terreno de las palabras sin sentido, como ocurre en la expresión cuyo valor declina de la «antipsiquiatría». Seguramente a Reich le faltó experiencia, aparte de la propia, para extraer conclusiones generales. La propia fue desgraciadamente para él muy agitada e inadecuada, por lo tanto, para sacar conclusiones acertadas. Por otra parte y también en el mismo terreno, para juzgar un problema de este tipo habría que oír siempre a las dos partes. En este caso, como decíamos más arriba, sería contraponer estas tesis a lo que pensaban las propias esposas que con Reich vivieron, a pesar de todo lo

que se ha escrito. La primera esposa de Reich refiere cómo se puede hacer imposible la vida común de la pareja. Y actualmente, los divorcios y las separaciones llenan el mundo occidental que presume de civilizado. Y un principio fundamental de la educación es la comprensión y el sentido de la convivencia.



Maryse
a. Dunoyer
de
Segonzac

Del libro LE NU FÉMININ DANS L'ÉCOLE DE PARIS. Autor del dibujo:
André Dunoyer de Segonzac.



Del libro LE NU FÉMININ DANS L'ÉCOLE DE PARIS. Autor del dibujo:
Suzanne Valadon.

Consecuencia de estas ideas en los jóvenes

La sexualidad y los jóvenes

Aunque este tema va a ser extensamente tratado por uno de los colaboradores de esta colección, creo que debo tocar el punto en su referencia a Wilhelm Reich.

Es evidente que ahora el problema es mucho más acuciante y más extenso que en los tiempos de Reich. Las razones no son sólo sociológicas. En la sexualidad impera también la fisiología. En el siglo pasado las muchachas comenzaban a menstruar en nuestras latitudes a los 15 años. Actualmente la menstruación aparece a los 12 años y aun antes, como lo han demostrado recientes estadísticas. Si medimos la madurez personal por esta precoz maduración biológica de ciertas funciones ligadas al sexo, emprenderemos seguramente un camino erróneo. Así nos lo demuestra a diario la clínica de los adolescentes. Parece que deberíamos considerarlos maduros por la vida sexual que realizan, pero son absolutamente inmaduros y muchos de ellos están marcados para no madurar más a lo largo de la vida.

En la tercera fase del desarrollo, según Wilhelm Reich —equivalente a una segunda adolescencia de 18 a 22 años—, la solución ideal para las demandas sexuales se encontraría en el matrimonio. Ideal que dice que los conflictos se plantean siempre en vía creciente, entre

las demandas sexuales y las económicas. Dejemos ahora de lado la afirmación que hizo Reich —no demasiado original por cierto— de la tendencia a la poligamia en el varón y a la monogamia en la mujer. De todos es sabido que esta afirmación no siempre resulta cierta. Yo aconsejaría que contestasen a este tema los psiquiatras californianos, por citar un ejemplo. Tampoco es necesario comentar ahora la contradicción inherente a la institución del matrimonio. Ni tampoco los comentarios estadísticos que hubo al comparar los hallazgos de Reich con los de Kinsey.

Algo podríamos decir en favor de Wilhelm Reich. Y sin embargo forzoso es afirmar que la *revolución sexual* que él proclamó y defendió está actualmente ensayada y fracasada. Como tampoco ya no hay nadie que crea ni en la *vegetoterapia* ni en la *organoterapia* como afrodisiacos de la era técnica.

Los diversos movimientos estudiantiles del último decenio se han atribuido en gran parte a las condiciones de socialización cuando se pertenece a la subcultura económica a la que se quiere transferir una moral burguesa. Esta afirmación podría servir de pie a las afirmaciones, aunque a veces estuviesen poco comprobadas, de Wilhelm Reich. Lo que este autor calificaba como «economía sexual», constituía para él la base teórica mediante la cual se podría tener un conocimiento más exacto del movimiento de transición sexual político —sobre todo en la sociedad obrera— en la lucha movilizadora en los tiempos del anticapitalismo y del antifascismo.

Reich, como hemos visto, creyó reunir con el psicoanálisis y el marxismo la solución ideal, aunque hasta

ahora no se han encontrado más que pseudosoluciones. Se entregó a la propaganda del movimiento antiautoritario, como una versión de una nueva interpretación social y filosófica de Freud. Los estudiantes de los años 1960 a 1970 se encontraron atrapados por la desintegración de la tradicional ideología burguesa.

En los tiempos de Reich existía una crisis latente entre las dos capas sociales. La capa superior buscaba ya soluciones fuera del capitalismo, a través de la difusión de los ideales escolares y la sustitución del principio autoritario en la formación escolar, porque estuviesen lentificados por el nimbo y mito de la libertad mal entendida. Esto explica las desviaciones que experimenta actualmente el trabajo intelectual. Las lanzas se rompen contra el contenido mismo de la educación en cualquier terreno en que se plantee el tema de la formación juvenil. Los planes de investigación actual, por mucho valor que se les conceda, no han logrado una disciplina social, sino que han aumentado el racionalismo de una forma muy particular.

A las Facultades universitarias van estudiantes que se hallan a merced de estos movimientos contestatarios en todo el Occidente. En ellos la mezcla entre política y sexualidad sigue la pauta marcada por Wilhelm Reich. No importa el país, Alemania o Francia, Estados Unidos o Méjico, Europa o América. Se ha esparcido recientemente una enorme agresividad contra las tradiciones filosóficas. La verdad es que muchos de los filósofos actuales son, como en tantas otras ramas del saber de la época moderna, puramente archivos de filosofía. Archivos del saber de los demás y no autores de filosofía y

otras ciencias como lo fueron los clásicos. Recuerdo una anécdota que ocurrió no hace muchos años en España. Un médico famoso por su erudición encontró en una Universidad de verano a un colega extranjero. La conversación transcurrió hacia el monólogo de nuestro compatriota, exhibiendo sus saberes. A lo que el colega extranjero apenas contestó con estas palabras: «Usted, mi querido amigo, sabe mucha medicina. Yo tan sólo hago medicina.»

Y en este sentido tienen mucha razón los jóvenes críticos. Porque eso es el movimiento que se llama «crítico». Es un movimiento antiuniversitario que se quiere independizar de la forma especial de modificación de la conciencia que producen los estudios. Hasta critica la emancipación sexual de las comunas, aunque haya caído en ella. En general lo que critica es la antiautoridad como forma de vida.

Reich fue un precursor. Las dificultades neuróticas y políticas las veía trabadas entre sí. La independencia administrativa de los obreros, la libertad de expresión y de contacto exigían una potencia orgástica especial. La vida privada no era compatible con las normas de la política. La crítica al programa de Stalin consistía en exigir la unión en la vida cotidiana de la masa a través de un hecho tan subjetivo como es la sexualidad.

Reich afirma, por el contrario, que Hitler se dio cuenta del poder social de la fantasía, pero lo que tenía en la mente eran unos ideales utópicos. Tenía utopías y arquetipos revolucionarios emanados de una dinámica sexual.

En la teoría del carácter que formuló, Reich distingue

entre los caracteres genitales y los neuróticos. Los potentes para el orgasmo y los impotentes para el mismo. Los fascistas y los revolucionarios. Reich habló en los comienzos de la psicología de las masas del fascismo, olvidándola después y tratando de sustituirla por la teoría de Stalin o la del marxismo universal a lo Trotski.

La política revolucionaria sexual de Reich trataba de buscar la vida amorosa correspondiente a cada época y su acomodación en la forma de normas sexuales. A él le resultaba imposible la continuación de la sociedad capitalista con la legitimación de las necesidades sexuales de los jóvenes. La genitalidad buscaba el potencial revolucionario catexógeno. La desublimación represiva de Marcuse no necesita esta aceptación de la sexualidad genital.

Los escritos de Reich pueden ahora encontrarse, después de una larga desaparición. Últimamente, la Fundación Reich se preocupó de su publicación y propaganda. La revolución sexual era una especie de transferencia de la terminología marxista a esta cuestión (ocurría alrededor de los años veinte).

Las diferencias entre Reich, Freud y Marx se establecen así: En el psicoanálisis se trata de regular la energía instintiva. La cópula, la sobrecarga sexual, es lo que plantea el problema. La división temporal del orgasmo entre tensión mecánica, carga bioeléctrica y relajación mecánica constituía para Reich la función fundamental del proceso natural y, además, de todos los procesos vitales.

La difusión de las teorías de Reich en los medios universitarios ha sido considerable en muchos países y

también aquí, en España. Hemos visto surgir grupos Reich, como el OPOP (Organización Para el Orgasmo Perfecto), que contaban en Madrid y en otras ciudades españolas con numerosos centros de reunión. Algunos fueron descubiertos y clausurados, pero no podemos caer en la ingenuidad de creer que la organización se acabó.

Conocí el caso de una niña de 14 años que vivía en una pequeña capital de provincia española. La provincia es castellana y muy conservadora. No tiene Universidad ni se trata de un medio industrial, sino agricultor medio. Este caso que voy a relatar no constituye desgraciadamente una excepción; simplemente ha acudido a mi mente en el momento de redactar estas líneas. La niña tenía 14 años y era estudiante de educación general básica. Los padres observaron que comenzaba a ponerse triste, desganada y que tenía mal aspecto físico. La llevaron al médico pensando que estaba deprimida —había casos de depresión en la familia—, pero el médico rápidamente diagnosticó un embarazo, comprobado analíticamente después. Llamó al padre y le expuso la situación de su hija. El medio en que esa familia vive es rural y económicamente aceptable. Los padres tenían la ilusión y el propósito de que su hija estudiara en la Universidad de Madrid y por este motivo la enviaron a la ciudad más próxima a su pueblo para que hiciera el bachillerato. El asombro del padre es fácil de imaginar ante la revelación del médico. Llamó a su hija y le habló suavemente. Le preguntó por el nombre del padre de su futuro hijo. La chica no daba una respuesta coherente. El padre iba de asombro en asombro. Perdió la paciencia y la increpó: «¡Quiero saber inmediatamente quién es

el padre de tu hijo!» La chica contestó tímidamente que no sabía y que no tenía la menor idea. «¿No sabes que vas a tener un hijo?» «Sí —contestó la chica—. Me lo ha dicho el médico. Pero yo no sé bien por qué. Sólo jugábamos chicos y chicas en la oscuridad.» Y con la expresión de «jugar» delataba claramente su inmadurez. «¿Pero con quién jugabas?», insistió el padre. «No sé, padre. Era un juego en grupo y no había luz.» Y sin embargo ni esa muchacha ni ninguno de los de su grupo había oído jamás hablar de Wilhelm Reich. Ni de Marcuse. Ni de Freud. Y no tenían idea de lo que era la «sociedad permisiva». No debemos cargar demasiada culpa en la cuestión sexual a estos y a otros autores.

El instinto, según Reich, se caracteriza por algo que lo distingue fundamentalmente de la concepción de Freud. Los instintos son datos que se comprueban naturalmente, son procesos de tendencia biológica y por consiguiente visibles. Se trata de energías que son medibles. Renuncia a la reflexión teórica, al realismo ingenuo, al construir su tarea en la vida. Y la transforma así: en lugar de un idealismo metafísico, de un materialismo mecánico vulgar y de un paralelismo psicofísico, Reich mantiene una identidad funcional, procesos somáticos que desempeñan funciones corporales y psíquicas que son idénticas.

Freud decía: los instintos no pueden ser comprendidos. Lo que vivenciamos son sólo las derivaciones de los instintos, tales como las representaciones sexuales y las emociones de la misma categoría. Por el contrario,

Reich interpretó a Freud de la siguiente manera: Es completamente lógico que el instinto no pueda ser conocido directamente, puesto que es aquello que nos rige y nos domina. Somos objetos. Lo que ocurre con la corriente eléctrica nos puede servir de ejemplo. No sabemos lo que es y, sin embargo, vemos encenderse la luz. A lo que Freud llama libido es y sólo puede ser una manera de decir, cuando se quiere uno referir a la energía del instinto sexual. Freud parecía que poseía un pensamiento energético natural, pero no era un pensamiento limpio. Por ello, Reich tuvo la necesidad de corregirlo.

En un instinto no podemos comprender más que su representación psíquica de una excitación intrasomática, que está corriendo continuamente. El instinto es uno de los conceptos de la limitación de lo psíquico de lo corporal. Resulta, pues, que el concepto de instinto es el resultado de una serie de aportaciones que tratan de explicar la unión somato-psíquica. El excitante orgánico es la parte del instinto que al mismo tiempo lo representa en lo psíquico consciente o inconsciente (represión).

Un análisis exacto de la fórmula de Freud referente al concepto del instinto enseña que no es una idea única, sino bifronte. Su inmediatez no existe para nosotros cuando tratamos de eliminar todos estos tramos intermedios. Después el instinto se convierte en lo que representa, por lo que los afectos y las representaciones le llegan a suplir, si bien esto carece de energía orgánica.

Ricoeur explicaba esta ambivalencia: El psicoanálisis nunca nos pone frente a fuerzas desnudas, sino siempre

ante fuerzas que andan buscando un sentido. La doctrina de los instintos es nuestra mitología. Los instintos son seres míticos, grandes en su indeterminabilidad. No podemos en nuestro trabajo dejar de tenerlos en cuenta y ellos no se muestran seguros en su tarea.

En la teoría de Reich no hay ningún espacio para la expresión primaria. Ni para el masoquismo primario. Ni para el instinto de la muerte. Si el hombre no es armónico en su profundidad, no hay esperanza. Freud partió de la libido y del instinto de conservación y creó el antagonismo entre Eros y Tánatos.

Para Reich el hombre de la era patriarcal, autoritario, de la historia humana es un ser estructurado en tres caras. La cara externa consiste en reacciones pseudo-sociales. Cubre la estructura de las secundarias escondidas por la presión social. Los instintos primarios son hipertrofiados en el inconsciente freudiano. La novedad revolucionaria de Reich frente al psicoanálisis fue, aparte del descubrimiento del inconsciente, *la extensión del concepto de sexualidad*, reactivando la genitalidad y rehabilitando los instintos parciales. El niño es un perverso polimorfo, lo cual quiere decir que la sexualidad es sinónimo de la adquisición de placer a través de las zonas corporales, o sea, de las zonas erógenas.

El desarrollo psicosocial muestra en los instintos parciales que cada cual tiene la tendencia a buscar anárquicamente su propio placer, constituyéndose unas zonas que son fundamentales, como la boca, el ano y los genitales. Los adultos socialistas hablan de la desexualización del cuerpo. Reich delató la idea de la sexualidad, volviendo a ideas anteriores. Freud habla de instintos

parciales y Reich afirma que se comportan como una red comunicante, como si fueran canales rellenos de líquido y que su función bajo el primado de la genitalidad no resulta cómoda. Por esta razón Reich propone la limpieza de la libido de objeto de todas las tendencias pregenitales.

Ferenczi y Rank formularon la teoría de la genitalidad como una sumación de instintos parciales. El placer se despertó por el encuentro entre los mismos (*amphimixis* del erotismo). La finalidad de todo análisis psicológico consiste, según Reich, en la educación del enfermo, dirigiéndole hacia la realidad erótica y despertando el sentido correspondiente. Se trata de una función biológica.

Si hablamos de la salud psíquica, tenemos que aceptar un estado que sea capaz de dar rendimientos y ordenarse por ese sentimiento de bienestar subjetivo. El ideal de la salud ha sido sin duda sobrepuesto a la fase marxista de Reich.

«Discurso dirigido al homúnculo»

Existen en el mundo demasiados *little man*, en el sentido que Reich da a esta expresión. La lluvia de reimpresiones de sus libros no tiene motivaciones literarias. Ni por supuesto las tiene científicas. Incluso llaman hipócritamente la atención sobre el hecho de que las ediciones actuales son las pasadas por la censura y que los administradores de su herencia consideran como legítimas. Las titulan así: *Obras y escritos revisados o corregidos por Wilhelm Reich durante su estancia en América (1939-1957)*. Con el mismo derecho se podría pensar que esa protesta exige, para poder ser fórmula, dar a conocer intactas las obras que escribió anteriormente. Todo por una razón muy simple: la política. A mí no me afectó la censura porque poseo las primeras ediciones de las obras de Reich de mis tiempos de estudiante en las Universidades centroeuropeas.

Decía que la razón era política. Wilhelm Reich fue un comunista paradójico. Expulsado del «partido» porque quería introducir el sexo en la economía, sus obras fueron prohibidas por los socialistas y comunistas de la URSS ya en el año 1932. Ignoro si en este momento se ha levantado la prohibición. Lo que sé es que en la Unión Soviética nadie habla de Reich. Las jóvenes generaciones nunca han oído hablar de este nombre.

En los Estados Unidos ha surgido como una pulula-

ción de pequeñas «capillitas» del nuevo evangelio. Estas y otras muchas incidencias me las expusieron con amplitud unos amigos míos norteamericanos pertenecientes al grupo Reich. El diálogo decayó rápidamente porque era entre sordos. A decir verdad, en el campo de la psiquiatría internacional nadie recuerda hoy a Wilhelm Reich. Los sociólogos y los políticos sí. Por eso lo hemos comentado ampliamente. La influencia de Reich en la sociedad contemporánea es enorme.

Un día escribió un libro con el título de *Discurso al hombrecito* (*Talk to the little man*, que yo prefiero traducir por «homúnculo» por el tinte peyorativo de la frase de Reich) en el que relataba las molestias y adversidades que había sufrido durante su vida. No pensaba publicarlo y sus amigos así se lo habían aconsejado. El libro fue como un desahogo personal con los temas que más le habían hecho sufrir. Por aquella época ya se habían empezado a publicar artículos en revistas médicas contra él. Reich contestó a ellos en el año 1947. En este mismo año comenzó una campaña de prensa contra Reich. Wolpe, su discípulo más fiel, estaba seguro de que los comunistas no tenían nada que ver con las críticas de los puntos de vista y doctrina de Reich. En el verano de 1947 el FBI realizó una investigación sobre aquel negocio de los «acumuladores» de energía orgónica que estaban destinados a aumentar la potencia sexual. Es como si hubiera habido un *sexual racket* conectado con Organon.

Sin embargo, el número de alumnos aumentaba, y por eso en el año 1948 comenzó a trazar los planos para construir un nuevo observatorio de la energía orgónica

y a organizar un congreso para el siguiente verano. Tomaron parte en este congreso sólo treinta y cinco personas, entre médicos, pedagogos y ayudantes de laboratorio. En este mismo año la APA (Asociación Americana de Psiquiatría) tomó postura contra la difusión de la terapéutica orgónica. Se fundó en contra de dicha asociación una «American Association for Medical Orgonomie», que estaba compuesta por veintitrés médicos. Los ataques que contra Wilhelm Reich se formularon entonces fueron terribles. Todavía hoy resuenan sus tambores.

Ya en ese momento corría el rumor de que Reich sufría una esquizofrenia. Se afirmaba que en 1937 se había mostrado muy inteligente a través de unas pruebas psicológicas que le hicieron, pero ya observaron que su personalidad comenzaba a deteriorarse. Incluso en el *Psychoanalytical Journal* se afirmaba que la terapéutica orgónica no era sino el producto de la mente de un esquizofrénico que además había tenido delirios de estructura claramente paranoide. A pesar de todo, Reich siguió trabajando sobre las ecuaciones orgonométricas y sobre la terapéutica orgónica de la esquizofrenia durante los años 1948 y 1949.

Un día tuvo varias crisis de taquicardia. Se habían presentado dificultades en la construcción del nuevo edificio, lo que le preocupó mucho. Sus supuestos alumnos desaparecieron, llevándose, por si fuera poco, el aparato que tenía para medir la energía orgónica. La idea de la conspiración comunista contra él no había desaparecido totalmente de la mente de Wilhelm Reich. Y en este momento revivió con fuerza inusitada el delirio. La fas-

cinación por la historia de Cristo volvió. Y tantas otras ideas anormales. Trazó los planes para la Fundación Wilhelm Reich y se encontraron una serie de propósitos descabellados en los preparativos para lo que él llamó «Experimento Oranur». Se trataba de ayudar a la humanidad a erradicar los efectos de la bomba atómica. Contraponía de nuevo el instinto sexual al de agresión. Y se trataba de inmunizar a los seres humanos contra las radiaciones atómicas.

Sus tesis podrían resumirse así: la energía orgónica era capaz de neutralizar a la energía atómica. En una carta a Neil de junio del año 1951 le decía: «Si el arte es una enfermedad, Oranur ha hecho un artista de mí. Me gustaría muchísimo pintar ahora. Me enseña mucho sobre nuestros miserables defectos para ver correctamente la naturaleza.» Y en otra carta le explicaba por qué la gente le llamaba «Dictador». Por entonces publicó otros dos libros, *Esther, God and Devil* y *Cosmic Supersymposium*.

La desintegración

Sus cambios de conducta fueron cada vez más evidentes. La supuesta infidelidad de su última mujer le obligó a separarse de ella. Su hijo Pedro empezó a trabajar en el laboratorio. Pues bien, a las cinco de la mañana lo despertaba con dos tiros de rifle a modo de despertador. En octubre de 1951 había sufrido varias crisis cardíacas. Siguió escribiendo y haciendo nuevos proyectos sobre el ennegrecimiento de las rocas y la muerte de la energía orgónica en la atmósfera. Por entonces construyó también una máquina provocadora de turbulencias atmosféricas (*cloudburster*).

El juicio contra Wilhelm Reich se celebró los días 3, 4, 5 y 7 de mayo del año 1956. Reich confesó que había desobedecido la orden judicial de presentarse, y por esta desobediencia injustificada fue condenado. No necesitaba ningún argumento más el juez para condenarle. Aparte de algunos incidentes que sería muy largo contar, el juez le preguntó a Ilse Ollendorf si sería partidaria de un estudio psiquiátrico de su marido. Ella se opuso terminantemente pensando que él se pondría furioso. Además que, cualquiera que fuese el resultado sobre si tenía ideas delirantes o no acerca de una supuesta conspiración contra él, no importaba demasiado. El jurado contestó afirmativamente y el juez sentenció el 25 de mayo que la Fundación Wilhelm Reich debía pagar diez mil dólares.

Para Reich decretó dos años de prisión, y para su colaborador Silvert, sólo un año y un día. El mismo día 25 de mayo dirigió Reich un escrito al juez del cual entresaco los siguientes párrafos: «Nosotros pôdemos ser destruidos físicamente mañana; pero podemos vivir en la memoria humana de este planeta tanto tiempo como éste flote en el océano de la energía cósmica infinita, como el padre de la edad cósmica y tecnológica...»

Por aquellas fechas del juicio de Wilhelm Reich estaba yo en los Estados Unidos. Asistía al congreso anual que celebra la APA (Asociación Americana de Psiquiatría) y al cual asisten más de quince mil psiquiatras de todo el país y de las más diversas tendencias. La opinión era unánime: Wilhelm Reich era un desdichado enfermo al que nunca se le había prestado atención médica. Nadie lo juzgaba con rigor, sino con una infinita piedad. A nadie extrañó la sentencia. Y sin embargo la sentencia constituyó una enorme sorpresa para sus seguidores, que siempre creyeron que saldría libre. De ninguna manera habían pensado muchos de sus discípulos que su maestro no era más que un científico loco.

Reich ingresó en la penitenciaría de Danbury y después de pasar allí unos cuantos días se le trasladó a un servicio médico para un examen psiquiátrico. Deberían haber empezado por ahí, evitándole sufrimientos, vejaciones y encarcelamientos. El servicio psiquiátrico diagnosticó una reacción paranoide, basándose en la supuesta conspiración existente contra él. Conspiración en la que tomaban parte la familia Rockefeller y el gobierno de Moscú, sin olvidar que él tenía contacto con las fuerzas aéreas norteamericanas. Éstas habían dado orden a sus

aviones de volar continuamente sobre la prisión para defenderle de la orden judicial. Gran parte de la personalidad del paciente quedaba intacta. Se le trasladó de nuevo a Lewisburg, pero nunca fue tratado médicamente. Reich y su familia siempre se opusieron a la intervención de los psiquiatras, y éstos decidieron declararlo legalmente sano. Dijeron a la ex mujer que nunca conseguiría la reapertura del expediente y, además, que no había por qué hacer sufrir a un hombre del talento reconocido de Reich declarándole loco. Ilse Ollendorf se mostró de acuerdo, aunque pensaba que algunas de las ideas aparecidas en el año 1950 ya eran francamente paranoides. Por fin, y cuando ya se le iba a dejar en libertad bajo fianza o bajo palabra de honor, murió el día 10 de noviembre de 1957 de un ataque cardiaco que le duró más o menos una semana. El ataque le dio por tanto el día 3 de septiembre. En la primera carta que su ex mujer, Ilse, le escribió a la prisión decía: «Siento mucho que hayas seguido tu camino como has podido, pero creo que ahora sería tiempo de reconsiderarlo.»

Y para terminar recordemos que la idea más importante que tuvo Reich fue la de amalgamar *la represión de los instintos con la del proletariado*. Y afirmaba que la unión de ambas traería el triunfo. Y la teoría de la genitalidad, en franca oposición con la de la sexualidad en Freud y otros psicoanalistas.

¿Fue un pecado del estúpido materialismo? Quizá sí o quizá no. Quién sabe. Pero resulta a veces aleccionador decir algo inverosímil, aunque esté hipotéticamente fundado.

Difusión del tema de la sexualidad

El tema de la sexualidad, difundido por los psicoanalistas freudianos, influyó no solamente en los medios científicos, sino en los literarios, en los periódicos y hasta en la población media. Hoy en día no es difícil encontrar cierto tipo de tratamientos que, sin exageración, pueden calificarse de «sexuales». Conocidas son las técnicas sexuales del masaje entre la pareja, a la búsqueda de zonas erógenas y apoyadas por aceites olorosos. Pues bien, esto se refleja también en ciertas técnicas llamadas científicas en los Estados Unidos. Me refiero a la Z-Therapy o método del tratamiento por cosquillas, del que hablaremos más adelante para que el lector juzgue hasta dónde está llegando la desintegración en este terreno.

Los grupos y subgrupos de psicoterapeutas han proliferado en los Estados Unidos. Técnicas orientales, africanas o de las islas oceánicas se consideran ya como una revelación y apertura hacia el placer sexual. Para los psicoterapeutas, freudianos o de otra clase, serios y que conocen —o deben conocer— la actitud personal y la distancia, no ha sido un descubrimiento el que tales técnicas fracasasen. El tema ha saltado al gran público y se han hecho películas ridiculizando estos sistemas.

Los fenomenólogos dicen saber que hay barreras que ponen distancia y filtros que hacen posible la comprensión de ciertos científicos. Yo no puedo creerlo, y

mis frecuentes contactos con la psiquiatría norteamericana me hacen afirmar que se trata de grupos ruidosos que a la larga ensordecen y no producen eco. Cuando pasamos por la calle también nuestros sentidos obran selectivamente. Pero el tremendismo americano ha descubierto que hay hombres guapos y feos y ha construido habitaciones sexuales cuya descripción ahorro al lector español, al que supongo con menos dólares, pero con mayor imaginación... Se han descubierto, dicen, fenómenos tan interesantes como el de aquella pareja de 60 años que se reconocieron porque se querían y estimaban mutuamente. Y así pueden hablar de una «*psicología transracional*» que demuestra que la percepción es intencional y que lo que hay que medir, si es posible, es la diferencia entre lo que se ha visto y lo que se cree haber visto.

Un autor que ha tratado muy bien estos temas es Collin Wilson. Para él es evidente que el psicoterapeuta ha de poseer en grado heroico cualidades morales, decencia y control de sí mismo. En Inglaterra existen algunas instituciones que preconizan lo mismo. Una muy conocida y que pudiéramos calificar de «modelo», si la palabra no tuviera más semántica, es la de Synamont en Nueva York, sobre la que Maslow escribió un conocido artículo en la revista *Humanistic Psychology*. «Se trata —dijo— de una comunidad de drogadictos autógenos, muy consistentes y nada frágil.» Esta opinión de Maslow al salir de visitar la institución necesitaría ser completada con la opinión que dicho autor tiene de la consistencia.

Los grupos terapéuticos de drogadictos se reúnen en sesiones de grupo y se comportan brutalmente unos con

otros. «Con esta técnica, lo que renace y se restablece es el contacto.» Naturalmente que se refiere al contacto sexual. «La verdad es que el ciudadano americano medio no tiene un amigo de verdad en el mundo.» El que de esta forma se establezcan verdaderos nudos de amistad es para mí más que dudoso. Si tiene que realizar un tratamiento, el enfermo ha de rodearse de otra gente o al menos con una u otra persona. Naturalmente, cuando se conoce a varias personas, puede escoger. Lo que no puede hacer es enfrentarse con el solipsismo, ni menos encerrarse en él. De manera que siempre termina con la satisfacción anhelada. El psiquiatra se encuentra con dos problemas: la necesidad de amar y ser amado que tiene el enfermo y la necesidad que tiene de que en el grupo sean valiosos o estimados unos por otros. Glaser y otros autores siguen en esto a Maslow, sólo que a estas actuaciones las ascienden y les dan categoría de «valores», y tampoco estamos seguros de lo que ellos consideran como valor. La dificultad, además, estriba en encontrar la compañía. Se dan varias reglas para lograrlo, pero, por otra parte, todos los autores insisten en que la evasión de la responsabilidad puede llegar a producir una total inhabilidad. Y así difícilmente llegarán a una solución.

Ni Glaser ni Maslow son partidarios de largas explicaciones. Basta con que el cliente responda terapéutica y realísticamente, como podría contestar a Binswanger la psicología existencial. El terapeuta tiene que sentirse envuelto emocionalmente con uno y otro de sus clientes, consejo que antes se desechaba. Se trata de un método similar a la «fuerza moral» del sistema Arnold.

Herbert Marcuse y algunos aspectos de sus ideas de la sexualidad

Marcuse se dejó llevar al principio de sus escritos por el pesimismo freudiano cuando afirmó que sin represión no habría cultura. (No hay que dejar cortado el pensamiento: lo que quiere decir esta frase es que sin represión *no hay vida humana posible*.) Pero, al mismo tiempo, Marcuse buscaba una solución optimista. Alguna tendencia oculta en el psicoanálisis que demostrase que la cultura era posible, sin el peso tremendo de la represión, arrancando a Freud de su pesimismo inicial y ahistórico.

Marcuse acusó a los freudianos como Eric Fromm de cobardía intelectual y de superficialidad teórica por haber abandonado con tanta ligereza bases fundamentales del psicoanálisis, tales como el papel preponderante de la sexualidad, la función del inconsciente, la primacía de la infancia con su sexualidad polimorfa, el instinto de la muerte e incluso la muerte del padre en la horda primitiva.

Marcuse reaccionó con habilidad más que con violencia. Freud tenía razón considerando las tendencias represivas y destructoras. Pero no las sostenía de un modo absoluto. El hombre no está siempre en su contra, sino también a su favor. El hombre puede buscar el camino adecuado, lo cual no puede lograrse más que teniendo

en cuenta la dimensión psicológica de las teorías freudianas, hecho que otros autores no han querido nunca reconocer.

De este modo, si la sexualidad no tiene un papel tan central y absoluto como dijo Freud en un principio, entonces la búsqueda del placer no eximía de una cierta productividad vital. Es cierto que Freud veía una inhumanidad básica común en todas las formas históricas de sociedad, pero también es cierto que, según Marcuse, las sociedades son diversas y por lo tanto lo son también los procesos de alienación, aunque no empiecen en la edad infantil. Y con respecto al instinto de la muerte, algo habría que enlazaba a oprimidos y a opresores, así como a neofreudianos y a marcusianos, de tal modo que se hablaba tan poco de él que algunos lo llegaron a olvidar como un elemento fundamental de la doctrina.

Por si fuera poco, Marcuse acusaba a los extremistas que, en realidad, hablaban como si hubiera que racionalizar la producción al modo capitalista. «Fromm —dice— revive los viejos valores de la ética idealista, como si nadie (protestante-capitalista, habría que añadir) hubiese demostrado nunca su carácter represivo.» Por este camino se había trazado la lista para una interpretación freudiana más auténtica, puesto que consistía en la verdadera continuidad de su pensamiento, de cuyas premisas se deducían las consecuencias siguientes:

Los conceptos primarios de Eros y Civilización son el principio de la plusrepresión y del rendimiento (*performance*). El aumento de la represión sexual se refiere a ciertos aumentos cualitativos que resultaron al principio del crecimiento económico y político.

Según el principio del rendimiento conduciría a una disminución de la represión sexual. Es verdad que Weber había insistido en la energía que había de propulsar el rendimiento, la de trabajar por el trabajo mismo, la creación de técnicas nuevas, la mejoría de las industrias. Pero Weber lo exponía y alentaba desde una perspectiva capitalista. Así es como los hombres se transforman en cosas, se cosifican y se alienan, como decía Marx. También Wilhelm Reich sostenía lo mismo, como hemos dicho en páginas anteriores.

En cambio, según Marcuse, el principio del rendimiento no implica por sí mismo una represión de la sexualidad, *sino de un tipo especial de sexualidad*, que es *la de los impulsos secundarios o parciales*. En el psicoanálisis el placer sexual difuso del niño se va especificando y lleva a la desexualización de las zonas erógenas pregenitales, lo cual trae como consecuencia y como secuela la reducción radical del placer en el hombre. La libido se concentra en los genitales para dejar libre el resto del cuerpo como instrumento de trabajo. Y siempre siguiendo a Marcuse, habría en esta fase un apagamiento de la sexualidad o una desexualización para poder llegar mejor a una organización social específica de la sexualidad humana: *ésta es la resexualización que importa*, dice Marcuse. Y en eso se diferencia de Reich, que iba tras una potenciación de la sexualidad genital humana. Marcuse argumenta en contra diciéndole que así lo dejaba como entregado totalmente a la explotación capitalista. Tampoco defiende las perversiones y anomalías sexuales —la homosexualidad, por ejemplo—. «Las perversiones expresan la rebelión contra el sometimiento de la sexua-

lidad al orden de la procreación y contra las instituciones que garantizan el orden.» Nada, pues, de paternalismos comprensivos y liberales.

Según Marcuse la civilización había comenzado no con la rebelión de los hermanos contra el padre, sino con la fundación del dominio del padre. Freud estaba, pues, a salvo. Y si hubo una rebelión fraterna contra el padre, la culpa fue de los hermanos: del proletariado que resultó incapaz para la rebelión. Nunca ha podido explicar Marcuse —siguiendo estas alegorías históricas— si el padre, por el dominio económico, logró excluir a los hijos del supremo placer —como sostenía Wilhelm Reich— o si la represión sexual fue seguida de una subordinación económica.

Con la civilización moderna, el padre autoritario y represivo fue sustituido por la burocracia de un leviatánico Estado y, por lo tanto, el complejo de Edipo se desvaneció. El pobre padre de la familia moderna se ha convertido en un esclavo de Leviatán.

Desde que en Freud surgió el tema del instinto de la muerte —no hay que olvidar su propio subconsciente de eterno enfermo—, creó muchas dificultades a la interpretación sexual de la doctrina psicoanalítica. Pero la verdad es que no podía —ni pudo— cerrar los ojos ante la realidad. A Marcuse la aceptación del principio tanático también le planteó dificultades dialécticas. Pero no hay que olvidarse de la flexibilidad de la dialéctica, aunque por definición sólo tenga la firmeza y hasta rigidez en sus construcciones. Marcuse, pues, aceptó, como Freud, la tendencia regresiva, tanto del instinto erótico como del instinto tanático o de la muerte. Y esa

regresión suponía en el instinto erótico una discriminación gradual de energía. (Tampoco sabe uno cómo un pensador sano, a partir de este planteamiento, podría aceptar cualquier otra evolución.)

A Marcuse le asustó la convergencia entre Eros y Tánatos. La convergencia del placer y de la muerte. No le perturbó a Freud, que consideraba la convergencia por una parte de ambos instintos, pero por otro lado no dejaba de contemplar sus divergencias. «A partir de la naturaleza común de la vida instintiva se desarrollan dos instintos antagónicos. Si se quiere reducir la destructividad, es preciso no atender a la libido.» Si la libido se mantiene fuerte y no sublimada es posible sujetar en el mismo la destructibilidad. A esta economía libidinal la denomina Marcuse la «dialéctica de la civilización». Podría haberla bautizado de la misma manera como una «dialéctica de la vida». Un hombre del campo, que pasa cuando escribo estas líneas por delante de mi ventana, diría simplemente: «Cosas de la vida. ¿Y qué quiere usted que hagamos?»

En la tensión entre Eros y Tánatos la destructividad no depende de la liberación del Eros, sino de su represión. Freud tenía en su casi práctico aislamiento del tráfago del mundo sus intuiciones geniales. La liberación del Eros, la permisividad que tanto se ha practicado y se sigue practicando, echándole la culpa a él y olvidándose que cada uno tiene la propia. Todo ello demuestra cuánta razón tenía Freud. La idea contraria de Marcuse, cuando dice que sólo la sexualidad no reprimida puede contrarrestar la destructividad, que nos conduce a eso que él llama «civilización libidinal».

Marcuse atribuye a Freud un creciente sentimiento de culpa que acompaña al proceso de la civilización. El hombre culpable no es capaz de destruir. La culpabilidad es la suave forma que adopta la destructividad cuando se le niega la expresión en el mundo de las relaciones personales.

No hay que olvidar en todas estas consideraciones sobre las ideas de Marcuse y de Eric Fromm que ambos no son médicos, sino ensayistas y sociólogos con mayor o menor rigidez intelectual. En cambio, médico fue Freud y también Wilhelm Reich. Por eso los escritos de estos últimos están teñidos de una experiencia que a los dos primeros les falta. Por descontado que esta apreciación no les quita el mérito que sus escritos puedan tener.

En 1960 Marcuse duda de la neutralidad de la ciencia, la tecnología y la eficacia económica. No sólo duda, sino que acusa a la ciencia por su actitud crítica y por el apoyo real que prestaba a la ideología de la dominación. Ninguna revolución puede tener éxito sin una transformación en la concepción de la ciencia. La tecnología es *intrínsecamente* represiva. La revolución tecnológica creó una serie de necesidades falsas y represivas. Ya no puede pensarse sobre una revolución política y sexual de carácter tecnológico. La idea que Marcuse comenta en *One-Dimensional Man* debilita los principios sostenidos en *Eros y civilización*. Por si fuera poco, este autor teme que se le dé el título de defensor de la promiscuidad sexual. En todo caso, él de lo que habla es de la desublimización represiva, como hemos visto antes, lo cual supone la sexualidad dentro del orden establecido.

Éstas no son sólo sus últimas afirmaciones, sino que le parece preferible la hostilidad cristiana a la sexualidad, pues «por lo menos impidió la fuerza opositora revolucionaria de la sexualidad». La sublimación conservaba la conciencia del renunciante. El neurótico muy reprimido era el peor crítico social. El sentimiento de alienación se mantenía. La represividad de la educación tradicional es preferible a la licencia de la educación progresista y permisiva, puesto que la primera mantenía vivo ese sentimiento de alienación que es el único que puede derrotar al orden represivo.

Yo no diría que Marcuse haya sido totalmente infiel a Freud —salvo el detalle de no ser médico, como antes he señalado, que limita su comprensión de estos problemas— y que por eso haya querido retratarse. Basta con afirmar que los juegos de afirmaciones mal fundamentadas han alejado al uno del otro. Algunos hablan de su retorno a Freud y a Marx. Demasiado tarde, a mi modo de ver. Yo más bien creo en arroyuelos agotados que, sin nutrir, artificialmente se han transformado en ríos. Y sólo produjeron falsas avalanchas e inflaciones de pensamiento que asustan más que la falsa moneda. Especulación con éxito en lectores poco avezados para andar con parsimonia por tales vericuetos. O... ¡quién sabe bien por qué!

Vueltas a rueda de la desintegración

Los autores que hasta este capítulo he venido citando, interesados en temas sexuales, se mantienen dentro de la norma científica. A partir de ahora comienza la desintegración. ¿Hasta dónde y hasta cuándo llegará la onda desintegradora?

Norman O. Brown nació en el Oro, Méjico, donde su padre trabajaba como ingeniero de minas. Se educó en las Universidades de Oxford, Chicago y Wisconsin. Se doctoró en filosofía y letras en el año 1942. Desde el año 1946 es profesor de lenguas clásicas en la Facultad de Letras de la Universidad de Wesleyen. Hace algunos años escribió su libro *Life against Death*, donde ya se puede encontrar alguna veta extraña que críticos benévolos han calificado de «mística». Como autor de este libro, tendría yo mismo necesidad de justificarme por el tinte poético de las citas que doy a continuación. Tal vez también yo sea un expositor benévolo. Pero estoy seguro que sin poesía no podría tratar de hacer comprender, siquiera sea levemente, a Norman O. Brown.

«¿Puedes ser como un niño recién nacido? Esta criatura llora el día entero y sin embargo su voz no enronquece: es porque no ha perdido su armonía natural... El bebé mira las cosas durante el día entero, sin pestañear: es porque sus ojos están enfocando sobre un objeto especial. Va sin saber adónde va y se detiene sin

saber que lo hace. Se sumerge en su derredor y se mueve junto con él. Éstos son los principios de la higiene mental.» Las palabras que acabo de citar no son de Norman O. Brown, sino que son de Chiang-Tzu. Si Norman O. Brown las cita es por considerarlas equivalentes al narcisismo primario de Freud.

Ya sabemos que según este autor el desarrollo del «ego» consiste en un alejamiento del narcisismo primario y culmina con el vigoroso intento de recuperarlo. Se trata de lograr el narcisismo ilimitado, uniéndose en un mundo pleno del «yo y placer».

Siento no haber encontrado una cita del Laikay morisco equivalente, pero seguramente el colaborador de esta colección que tratará de *El amor en el Islam*, nos regalará con esta cita. En cambio he encontrado unas frases de Jacob que creo cumplen mi propósito: «Nadie comprende ya el lenguaje sensual, mientras en cambio los pájaros en el aire y las bestias en la selva la comprenden conforme a su especie. El hombre debe reflexionar, pues, sobre lo que le han robado y lo que ha de recuperar en su segundo nacimiento, pues en el lenguaje sensual todos los espíritus hablan entre sí, no necesitan otro lenguaje que éste: el idioma de la naturaleza.»

El fin es siempre así. Más o menos. Y puesto que el juego no existe de verdad y el mundo es un juego, no hay modo de ir en contra de él. Llegado a este punto, la regresión civilizada acumula el poder del Eros, que continúa ocultándose, revelándose en cada racionalización en imágenes más o menos espirituales.

Norman O. Brown publicó en el año 1966 su libro

titulado *Love's Body*. Allí señalaba que el psicoanálisis no fue más que un tramo en el camino del misticismo religioso. El cuerpo de la psicología freudiana fue absorbido, según él, en el Cuerpo Místico de la teología freudiana. El lenguaje erótico es metafórico. Todo es simbólico, incluso el acto sexual. Nunca la política será liberación de nada porque su acción está siempre corrompida. En cambio, en *Eros y civilización* Marcuse quiere levantar un acta de acusación contra la cultura norteamericana. Y cree que todavía quedan, como posibilidades de valor inmediato: la revaluación del proceso tecnológico, la automatización, la liberación erótica y la evolución negativa de la permisividad sexual de los norteamericanos.

Hay un escrito de Norman O. Brown que no resisto la tentación de reproducir: «En 1603 el rey Jacobo decía que el hombre no separe lo que Dios ha unido. Yo soy el marido y toda la vida mi esposa legítima... La personalidad fálica y el pueblo receptivo practica el coito... Un rey es una erección del cuerpo político. En el libro de Daniel, los diez cuervos son los diez reyes. En Camboya un símbolo fálico (el lignamo) es adorado en el templo central de la capital y representa a Devajira, su Dios-Rey. Su Alteza Real es la personificación del falo.»

«¿Qué es el Rey?», pregunta Norman O. Brown. «Un explotador social, una proyección de la imagen del padre, cuyo poder procede del falo que personifica las dos cosas a la vez. Pero la pregunta difícil es ésta. ¿Quién era el Rey por su origen y por su significación? ¿Es el privilegio social quien engendra el simbolismo

sexual o es al revés?» Con Norman O. Brown ya hemos penetrado en la subcultura, partiendo de la idea de que la cultura vista es una forma de comportamiento patológico.

Que todas estas descabelladas ideas —si ideas fueren— sean expuestas como modo de libros *underground* no exime de su crítica y valoración. Desgraciadamente, algunos de los críticos actuales, incluyendo también a los europeos, toman en serio tales libros. Sus ideas se extienden especialmente entre los más jóvenes como una lepra maligna; mejor aún diría como un mensaje de locos.

El tiempo parece correr velozmente. Puede ocurrir que la incapacidad del hombre para obras relativamente duraderas, sin hablar de las imperecederas, es menor. Mucho menor. Porque ¿qué significan una, dos o tres generaciones malogradas en el curso de la historia? Menos que nada.

Las mismas reflexiones me las he hecho al leer la obra de Allan Ginsberg. Lo que se encuentra en las publicaciones *underground* vale bien poco. No me voy a referir a la inquietud política, sino a la evolución del pensamiento. Ginsberg fue un poeta contestatario más ligado a Blake que a Marx. Tal preferencia es lógica en alguien que busca caminos nuevos. Su finalidad no es tanto ocuparse de la justicia social como la de encontrar *palabras clave* para hablar del tiempo y de la eternidad. Sólo por ese motivo merece la cita. En sus poemas, de menor calidad cada vez y cada publicación,

quiere lograr una expresión visionaria que le arrastre a realizar sus propósitos. Ginsberg busca un misticismo intramundano. Un éxtasis de su cuerpo con la tierra que le cobija. Un orgasmo panteísta de naturaleza protectora universal. Uno, al leer tales publicaciones, no sabe a qué atenerse. Por una parte nadie, ni yo mismo, duda de las intenciones del escritor. Por otra, los fieles que le siguen parecen todo menos unos intelectuales serios. No es probablemente sino un fenómeno de inmadurez cultural.

Los hombres de la generación *beat* aumentan y ya tienen otros nombres. Velozmente se sustituyen los ídolos y se queman las denominaciones de grupo. Creo que lo que aumenta sin duda es su poder creador y sus descensos escatológicos. No quisiera moralizar, ni menos encuadrar a tales gentes con una etiqueta diagnóstica. Está fuera de la situación actual tal actuación. Lo que sí quisiera decir, con la mayor piedad posible, es que también Ginsberg pasó —a falta de un buen psiquiatra— por el infierno de los viejos asilos de su país. Muchas son las publicaciones antipsiquiátricas que cada día aparecen en el mercado intelectual. O las películas. O las obras de teatro. Bien está como denuncia de una sociedad desbrujulada, que tiene unas instituciones, calificadas hace ya muchos años de *snake pits* o «nido de víboras». Más recientemente el nido ha cambiado de inquilino. La película del año 1976 aloja en su nido a los cucos, sinónimo en los Estados Unidos de los pobres enfermos mentales. Ni los enfermos ni los psiquiatras de ultramar son como nos lo presenta la película, so capa de una denuncia social. La sociedad

opresora o permisiva no tiene parangón con la enfermedad mental. Por lo tanto, tampoco con los tratamientos psiquiátricos. Por suerte para la sociedad, sea del signo opresor o del signo permisivo.

También algunos psiquiatras se contagiaron del «boom» sexual: «Love therapy»

En todo desarrollo científico se termina por donde se empieza. Uno de los objetivos de mi exposición sobre la «revolución sexual» sería demostrar este postulado. Los psicoanalistas norteamericanos, que por cierto cada vez utilizan menos el método clásico freudiano llamado también ortodoxo, han llegado al extremo de practicar la terapéutica amorosa. Y la llaman, con toda naturalidad, «Love therapy».

Para hacer este tipo de tratamiento necesitan y exigen del o de la paciente varias cualidades previas que llaman el síntoma YAVIS (Young, Attractive, Verbally influent, Intelligent and Successful). Un periodista, lleno de humor, dijo que en su idioma, el francés, podría hablarse de JADIS (Jeunes femmes, Attirantes, Désertes, Intelligentes et avec beaucoup de Succès).

He tenido la desgracia de haber recibido algunas enfermas de California después de haber recibido esta clase de tratamiento. No me atrevo ni siquiera a narrar su historia clínica. Lo que sí puedo afirmar es que ciertos psicoanalistas de ultramar hacen mucho menos caso de las citadas cualidades y en cambio nunca se olvidan de hacer pagar previamente muchos dólares a sus pacientes. Creo que si Freud levantara la cabeza, se desplomaría de asombro. Freud no pertenecía a este género.

Quizá era demasiado ingenuo. Como tampoco pertenecen al género la inmensa mayoría de los psiquiatras norteamericanos.

Se conocen hoy en día muchas otras características de la personalidad de Freud. Se intuyen otras que emergieron a lo largo de su vida, así como el tipo de relaciones con su mujer. En manera alguna su propio existir llevaba la impronta del «Love therapy». Tal vez algo de ello subyace en el fondo de su pensamiento, pero el germen y su voluntad dirigían la flecha en sentido contrario.

Grupos de la «Sensitivity training»

Los programas del llamado «entrenamiento sensitivo» tienen por objeto ayudar a un grupo de individuos a conocerse a sí mismos. Se puede aprender así la manera de comportarse *con* otros individuos. Generalmente el grupo se compone de catorce a dieciséis individuos de ambos sexos y de dos entrenadores o monitores. En la UCLA empiezan el fin de semana, en cualquier lugar de un edificio donde puedan aislarse y tener al mismo tiempo suficientes distracciones. Se reúnen cada nueve semanas durante dos o tres días. En general, tienen cincuenta horas de «ejercicios psicológicos» (por llamarlos de alguna manera) y treinta o más horas de encuentros informales (comidas, café, etc.).

La mayor parte de los grupos están integrados por profesionales maduros. Muchos de ellos reciben dinero de las empresas donde trabajan. La ayuda económica es suficiente para cubrir todos los gastos de la reunión. Aunque hay muchas variedades en el programa, resumiré, a guisa de ejemplo, las líneas generales de uno de ellos.

No hay ninguna sesión inaugural, como ocurre tradicionalmente al comienzo de una reunión. Los «entrenadores» empiezan a llamar la atención de los participantes sobre las cosas que pueden hacerse para su entre-

namiento y distracción. Observan cómo se amenguan progresivamente los sentimientos de aislamiento. Poco a poco van participando más los «entrenadores» y proponiendo tareas y entretenimientos a los unos y a los otros. A veces, el entrenador suspende la sesión para hablar durante algunos minutos. Los demás van tomando parte en la organización y expresándose cada vez más libremente. Para alguno de los asistentes el primer momento es desagradable, pero luego se adhieren a él y aceptan de buena gana el método.

Se suele hacer esta pregunta cuando se visita uno de estos centros: «¿En qué se diferencian los grupos “sensitivos” de la psicoterapia de grupo?» Vamos a verlo a continuación. En los grupos sensitivos no se pregunta nada al sujeto sobre su historia anterior, ni sobre su vida sexual, ni sobre sus posibles traumas, etc. Se concentran así los sujetos, por sí solos, en las erróneas cristalizaciones de su conciencia y preconciencia y buscan que su correctivo les venga de dentro. Es decir, que el sistema es más reeducativo que constructivo. *Time Magazine* se ocupó de este sistema calificando a estos grupos de frívolos. Alguna película —cómica— se ha hecho sobre la «Sensitivity therapy» donde se hacía una crítica feroz de este tipo de tratamiento. Lo que tales grupos significan es indudablemente una antítesis del conformismo norteamericano que es típico del país y de sus habitantes. Lo que intenta es que los sujetos que forman parte de los grupos estimen y valoren «dialogalmente» a las diversas personas con quienes o con quien se esté. A mí, personalmente, me parecieron unos *psychological parties* bastante libres desde el punto

de vista sexual e inútiles desde el punto de vista terapéutico.

Del primer programa se pasa al segundo. Con la UCLA «Human Relations Research Group» y con los psicólogos asociados al servicio se hizo un plan para distinguir aquellos que podían autorrealizarse, en contraste con la mayoría de los enfermos (?) o de los que estaban menos capacitados para hacerlo. Se concentraba el esfuerzo en el primer grupo. El primer grupo, más avanzado, consistía en diez hombres y diez mujeres.

Podemos hacer respecto a este segundo programa la misma crítica que en el primero. No es sino una continuación en la que la gente está ya previamente manipulada.

¿Para qué sirve el «entrenamiento sensitivo»? Teóricamente para lograr vencer la gran diferencia que existe entre el conocimiento y la habilidad. Sin embargo, la habilidad de un director de una fábrica puede depender más de su personal experiencia que de sus conocimientos. El «entrenamiento sensitivo» puede producir ansiedad, estimular la introspección y que los componentes del grupo estén siempre pendientes de su evolución. No hablemos de las ataduras afectivas que allí se producen. Los efectos obtenidos no pueden darse por válidos a causa de los excesos que se filtran a través de sus publicaciones. Alegan en su contra que no son más que datos fragmentarios sobre los sujetos sometidos a tratamiento. El igualitarismo es incompatible con una división desigual de los poderes dentro de la organización. Los grupos ST esperan romper las barreras de la organización entre las gentes. Los trabajadores

«sensitivos» responden a las decisiones con mal humor porque quieren seguir su retiro y no estar expuestos a estos altibajos en el trabajo. La individualidad y la independencia son las características de un buen ejecutivo, y éstas las ha adquirido antes de que conociera los grupos ST. La terapéutica sensitiva tiene poco que hacer para mejorar a un buen ejecutivo.

Hay una llamada de atención que debemos señalar sobre un hecho que ocurre frecuentemente en los «grupos sensitivos» (*encounter groups* o grupos de encuentro). Los grupos más pequeños se distinguen de los mayores porque se ocupan más de la dinámica del grupo, porque las relaciones afectivas son más intensas, etc. Pero, en realidad, sus actividades se subdividen en dos subgrupos: 1) los que buscan la *acción directa*, la libertad, el enamoramiento, y 2) los que buscan la *expresión directa* de tales sentimientos. Pretenden reflejar una actitud que corresponde a lo que en los Estados Unidos llaman la «contracultura». Naturalmente que esta forma está llena de peligros, según confiesan todos los autores que se han ocupado del tema. Por eso, a mi modo de ver, hay que imponer en el grupo —¡al menos!— tres principios fundamentales: a) el consentimiento, b) la libertad de elección, y c) el establecimiento de una forma de protección o de salvaguardia. En suma, *lo que precisan es un director profesional «sensato» del grupo.*

La razón de este sensato director es porque cada vez es mayor el número de protestas y de quejas entre las instituciones del «entrenamiento sensitivo» en los *campus* norteamericanos. Las promesas y esperanzas de los grupos ST de estudiantes de ambos sexos producen

desconsuelo. La permisividad de los directores de las Facultades y la irracionalidad de la multitud que acude a ellas convierten la atmósfera en irrespirable. Y ello no es sólo físicamente hablando, sino ética y socialmente considerado.

Permítame el lector una nueva clasificación. Los grupos pueden dividirse en tres: 1) los antirracionales, 2) los irracionales y 3) los arracionales. Desgraciadamente, estos últimos parecen los más numerosos. Los abusos en los métodos (!) y el desbordamiento de las prácticas en muchos de los que pertenecen a estos grupos son rechazados por la mayoría. Los que quieren entrar van al grupo ST con actitudes básicamente arracionales, conduciéndose en la sesión como seres sin razón, es decir, como animales.

Todo esto nada tiene que ver con las teorías psicológicas en las que tales grupos pretenden apoyarse. Tal conducta, además, no lleva a lo que ellos llaman «apertura psicológica del hombre». Más bien parecen ser centros de «adolescencia» (perdone el lector la palabra, pero prefiero llamarlos así que dar su nombre en español). Allí reina una atmósfera completamente irracional, con las deficiencias y limitaciones de una adolescencia más tardía. Nada puede ocurrir que sea peor, durante la sesión del grupo ST, que la aparición de la gravedad de algún conflicto les impida la inmersión en las zonas irracionales de la vida para habituarse a expresiones de posturas antirracionales o irracionales en la interconexión social. Ocurre con frecuencia —y es un factor disgénico del *campus*— que parece transformarse en un fenómeno generacional.

Algún lector me puede objetar la inclusión de estos grupos en el tema del libro, «la revolución sexual». Lo hago por considerar que son hijos directos de tal revolución. Que influyen enormemente en los *campus* universitarios y, por lo tanto, en una juventud selecta desde el punto de vista intelectual en la sociedad norteamericana. Por haber leído numerosos trabajos referentes al tema y que en todos ellos se habla de un enorme abuso de estos métodos que no hacen sino fomentar las derivaciones —mejor diría desviaciones— de la juventud estudiosa americana. Y, finalmente, porque he visitado alguno de estos grupos. Unas veces a título de invitado por las diversas instituciones americanas y otras a título personal, sin que se conociera mi procedencia. La visita produjo en mí primero estupor, luego indignación y finalmente tristeza por ver hasta dónde está llegando la desintegración de la sociedad.

Las asistentes sexuales

Con todas estas nuevas direcciones, un nuevo tipo de profesión ha surgido y rápidamente se está haciendo insustituible: *las asistentes sexuales*. En Alemania, por ejemplo, ya existen varias clínicas sexuales (que recuerde en este momento, hay una en Hamburgo y otra en Munich). En los Estados Unidos hay ya cerca de cinco mil clínicas. ¿Se trata de una profesión verdaderamente seria?

El lector juzgará a través de lo que voy a exponer a continuación.

Silvia Kars tiene 40 años y está divorciada. Tiene seis clientes a los que recibe dos veces por semana en su apartamento de Los Ángeles. Atiende especialmente a los varones. Habla con ellos sobre problemas sexuales. Los acaricia debidamente y, finalmente, cuando es posible realiza con ellos el acto sexual. Y Silvia agrega al explicarme minuciosamente su quehacer, que ella no es en manera alguna una prostituta...

Master dice que de cada dos parejas en los Estados Unidos, una padece de impotencia o de trastornos orgásticos. En las clínicas que siguen las tesis de este autor se dispone, aparte de las «asistentes sexuales», de un importante material, tal como películas adecua-

das, sesiones de entrenamiento sexual colectivo, etc. El precio por cada sesión no es ciertamente barato. Un fin de semana cuesta, sólo por la estancia, unos doscientos dólares.

La periodista Linda Porter afirma que tales «asistentes sexuales» o ayudantes terapéuticas no disponen más que de unos pañuelos preparados especialmente para el masaje y de un teléfono. Afirman muchas de ellas que siguen las consignas del programa que ya ha sido cuidadosamente preparado previamente por la clínica Master & Johnson (recientemente la clínica ha perdido su segundo nombre, pues se ha divorciado y Virginia Johnson ha elegido otro trabajo). El programa señala una fase de ejercicios para hacer más consciente la exploración corporal, siempre a la búsqueda de las zonas más sensibles. Otros comentaristas del método insisten en el mejor conocimiento de las propias sensaciones, como ocurre en el «Berkeley Sex Therapy Group». También en este grupo los precios oscilan alrededor de los doscientos dólares por cada fin de semana.

Master ha tenido que tomar una actitud crítica —por lo menos más crítica que hace unos dos años— frente a estos «charlatanes y negociantes», como él mismo los califica. Un elevado porcentaje de clientes ha tenido que ingresar en su clínica para curarse del trauma experimentado en otros lugares. La cifra llega hasta el 86 % de sus ingresos.

El lector ya ha imaginado la clase de clientes que acuden a estos centros de aprendizaje sexual. Por ello, la presencia del psiquiatra resulta más que necesaria al

final de los tratamientos. Master es un psiquiatra y lo ha reconocido públicamente. Yo mismo he recibido algunos clientes de dichos centros con trastornos francamente delirantes.

La terapéutica Z («Z-Therapy»)

La Z corresponde a la inicial de Zaslów, un psicólogo que trabaja en el Colegio de San José del Estado de California. El doctor Robert Zaslów es un psicólogo aplomado, con aire bonachón y paternal, que con su método de la *terapéutica por cosquillas*, podríamos traducir irónicamente en castellano, está conquistando gran número de seguidores en los Estados Unidos. Yo tuve ocasión de presenciar uno de estos tratamientos y realmente uno no sale de su asombro ante espectáculos semejantes.

Gordon Wilson, un conocido psicólogo que ejerce en Denver, Colorado, dice que el método Z tardará todavía algún tiempo en convertirse en una psicoterapia «convencional» o corriente, pero que él no duda que el momento llegará. Tampoco yo lo dudo como siga el mundo descendiendo por el camino de la insensatez. El propio Robert Zaslów tiene el valor de decir que su descubrimiento es tan importante como la teoría de la evolución de Darwin.

El método no parece, a simple vista, tan complicado. Supongamos una mujer joven de Denver, con el nombre supuesto de Ana. Está en una habitación, tumbada sobre las rodillas de ocho muchachos, cuatro de ellos sentados frente a los otros cuatro. La cabeza de Ana se apoya sobre las rodillas de un hombre todavía

joven y que lleva una barbita bien cortada y puntiaguda y hasta algo demoniaca. Todo él tiene un cierto aire mefistofélico. Este joven interroga a Ana muy a fondo sobre las experiencias desagradables que ha tenido en el pasado. Realmente no es un pasado muy feliz. A los 18 años fue violada en el asiento trasero de un automóvil. Luego de dos o tres años se casó y poco después fue abandonada por su primer marido. Tuvo un enorme disgusto y una forma de reacción depresiva. Hizo por entonces una tentativa grave de suicidio con hipnóticos y whisky. Aunque Ana está exhausta y trata de terminar el interrogatorio, éste continúa más y más. La obligan y la fuerzan con unas cosquillas provocadas por los ocho jóvenes «colaboradores» que le resultan muy dolorosas y la sitúan en un paroxismo tal que parece que fuera a llegar el momento de su ejecución. Naturalmente que tal ejecución no llega, pero aquello es peor que la antesala de la muerte. Las lágrimas caen a borbotones por el rostro de Ana. La cabeza se mueve convulsamente de izquierda a derecha exclusivamente y unos gritos de agonía salen de la garganta de Ana. La sesión terapéutica (?) ha durado seis horas. Ana, agotada y exhausta, se va a la calle, lamentándose de haber aceptado tal clase de tratamiento...

Muchos admiradores y colaboradores de Zaslow afirman que más que de una sesión terapéutica se trata de una escena de brujas en la que los colaboradores busquen la marca del diablo. Otros comentadores dicen que se trata de una sesión muy peligrosa. Un juez que ha oído la cinta registradora de la sesión de otro caso que el de Ana, le ha impuesto a Zaslow una multa de

170 000 dólares como indemnización a una muchacha a la que se le produjeron ciertas lesiones renales. La Junta del Colegio de Médicos de California le ha suprimido el permiso para ejercer la profesión. El resultado final no se conoce todavía porque, como es habitual, Zaslow ha apelado.

La teoría de esta terapéutica Z se basa en que la alienación impide al sujeto expresar sus emociones y que si éstas se expresan «libremente» se obtiene la cura. Por regla general los sujetos sometidos a este tratamiento relatan los recuerdos de la infancia. Los «colaboradores» que tienen a la muchacha sobre sus rodillas recuerdan, dicen los que siguen la terapéutica Z, al seno materno. La cabeza del director es el regazo. La madre tiene al niño en brazos y de esta manera se crea una corriente afectiva entre ambos. Pero si el niño no recibe suficiente atención de sus padres, puede formarse así el autismo infantil, que consiste, fundamentalmente, en que el niño se aísla totalmente del exterior. La idea de la génesis del autismo infantil no puede ser más peregrina en ciertos colegas de ultramar, por fortuna cada día más escasos. Muchos otros, la mayoría, están en contra de tales métodos. Uno, a guisa de ejemplo, es Arthur Janov, que dice que la terapéutica Z aísla al enfermo deliberadamente, como para hacerle desear la comunión con los demás. Por lo tanto, en la terapéutica Z se trata de un método de curso *crash* que nunca ha sido recomendable. En toda atención hacia los demás, médica o de otra clase, desde los albores de la humanidad se ha requerido paciencia y sosiego...

Es cierto que antes de la sesión *crash* el enfermo es

prepsicoanalizado por Zaslow y sus colaboradores para estudiar lo mejor posible —supongo— las dificultades emocionales del paciente. Entonces es cuando empieza la sesión, apoyada la persona enferma, como decía más arriba, sobre las rodillas de los ocho colaboradores, que pueden ser amigos o parientes del enfermo. Uno de los técnicos se sienta a la cabecera para sostener la cabeza. El gran jefe que interroga está situado a pocos pasos de la escena.

Si el enfermo pregunta quién va a dirigir el tratamiento, Zaslow contesta que él mismo. En seguida empieza la estimulación punzante, el cosquilleo y las preguntas. A veces el paciente queda mudo de rabia, pero otras veces dice, como Ana, que se siente muy bien al haberse librado de malos recuerdos, aunque en realidad salga a la calle arrepentida de haberse sometido a una evidente tortura.

La sesión típica dura de seis a ocho horas. Los que la practican dicen que con muy pocas sesiones se resuelven todos los problemas. El paciente paga tres mil seiscientos dólares por dos sesiones, pero tiene opción —si lo desea— a una tercera sesión. Dicen que nunca hace falta esta última sesión, pues con dos ya están curados.

Zaslow ha tratado alrededor de trescientos cincuenta enfermos, incluyendo a esquizofrénicos y a niños con autismo infantil. Cita el caso de un neurótico muy grave, llamado Antoñito, que después de tres años de tratamiento —no especifica si todo este tiempo recibía el tratamiento del cosquilleo—, afirma la señorita Lowley —una de sus más conspicuas seguidoras— que el chico

ya puede hablar y escribir. Bettelheim dice que lo quisiera ver dentro de tres años. El autismo es una enfermedad desesperanzadora, pero por lo menos en Europa hay muchos psiquiatras que nos hemos dado cuenta de que los colegas norteamericanos tienen unas ideas bastante confusas sobre lo que es el verdadero autismo infantil. Y digo los médicos porque los enfermos de este tipo son idénticos en todos los países. No es éste el camino terapéutico para mejorarlos, sino otros que no es el momento de explicar.

Eisenberg dice que tal tratamiento es una humillación. Oral Robert afirma que los enfermos citados que han sido curados no lo han estado en realidad. O a partir de ahora algunos enfermos deberían ir unos a Zaslow y otros a Lourdes. Finalmente, hay otros psiquiatras europeos que afirman que ante tales tonterías se estremecen de ver lo mal que está la psiquiatría en algunos países. Yo he de confesar que me encuentro entre los que no salen de su asombro al contemplar o leer tales insensateces.

Matrimonio en grupo

Vance Packard, con su estilo sensacionalista, llama la atención sobre la transformación de la sociedad americana en uno de sus libros —*The sexual Wilderness (El desierto del sexo)*—. El cambio no sólo se debe a la continua apelación al erotismo en el medio ambiente y sobre todo en la publicidad, en el cine, en las publicaciones, etc., sino al papel respectivo del hombre y de la mujer, a la tendencia a las experiencias sexuales prematrimoniales, al cambio del modelo en la conquista y seducción del «otro» y a lo que se entiende por matrimonio.

Las estadísticas dan resultados distintos en los diversos Estados y Universidades y éstos son también diferentes de las experiencias en los países escandinavos, pongo por ejemplo. Pero en muchas partes el porcentaje de experiencias prematrimoniales entre los estudiantes masculinos y femeninos viene a ser equivalente. Ciertos sociólogos y psicólogos quieren basar la clave de la permanencia de la pareja en el «orgasmo simultáneo», a lo cual ha contribuido no poco el libro de Masters y V. Johnson.

La forma más evidente de lo que significa la actual corriente erótica se halla en el pluralismo sexual y en el llamado «matrimonio de grupo». Recuerdo que en un congreso de prensa femenina que hubo en Bar-

celona a fines del año 1968, en el que hablé sobre las características de la juventud actual, una periodista sueca me preguntó si yo creía o no en el «matrimonio en grupo» y que esto podía resolver para ella muchas cuestiones. Le referí brevemente la noticia que yo tenía entonces de lo que pasaba en algunos de los intentos hechos en Berlín, porque tenía referencias directas a través de colegas que estaban estudiando el fenómeno. En Berlín funcionaban alrededor de veinte grupos matrimoniales, todos ellos pertenecientes a las clases intelectuales (sobre todo eran estudiantes) y ninguno de la clase obrera. No todos los grupos se organizaban bajo el mismo esquema. En unos se mantenían las parejas, pero en algunos ya empezaban a organizarse sobre la base de la promiscuidad. La experiencia tenía el interés sociológico de poder analizar el origen de lo que se llama vida íntima o privada y contestar a las siguientes preguntas: ¿es algo natural al ser humano?, ¿es algo históricamente adquirido? Porque, según se deba a una u otra razón, deberemos encontrar soluciones distintas a los citados problemas humanos y también a otros actuales, tales como el desarrollo de las tensiones, de la agresividad, de la falta de espacio natural que se siente, tan intensamente, en la nueva sociedad competitiva, etc.

Los grupos —esos grupos— muestran rápidamente —según ha demostrado la experiencia— una tendencia a institucionalizarse. Es decir, a organizarse interiormente con estructuras que demuestran una cierta tendencia a jerarquizarse. Para evitarlo, el grupo se reúne muchas horas, hasta tarde en la noche, porque así se muestran más relajados, más como cada uno de ellos es; más

«auténticos», podríamos decir. Sin embargo, las diferencias se establecen y con ellas una cierta jerarquización, como decía antes. Uno le dice a otro, por ejemplo: «Yo te conozco mejor a ti porque yo he leído a Freud.» O porque soy más culto, o cualquier otro argumento por el estilo.

De esta suerte resulta que muchos de ellos necesitan la observación, desde fuera, de alguien que no pertenezca al grupo para saber lo que realmente pasa. Si algún grupo comenzó con la promiscuidad, rápidamente desapareció y en ninguno de ellos persistió. Incluso se podría decir que su conducta sexual era, en opinión de un observador, «inocua moralmente». Con respecto a la propia vida sexual, se tenía la impresión que en el fondo su retraso, su *desplazamiento*, o sea, su contención, la hacía más valiosamente placentera que su satisfacción inmediata. La existencia de este factor en la dinámica instintiva ha sido conocida desde antiguo y el propio psicoanálisis no la ha ignorado.

El otro aspecto interesante de la experiencia consiste en la importancia o no de la llamada «situación edípica». Las parejas cuidaban por turno de todos los niños, con lo cual cada niño no se sentía vivir ligado a su padre y a su madre, en una situación amorosa y castradora, es decir, libidinosa y erótica, tal como la viene describiendo el psicoanálisis. Claro es que la experiencia todavía no ha durado bastante para saber si estos hijos cuando sean adultos serán distintos a sus padres. Pero no hay que olvidar que el niño normal no sólo vive enclavado en el medio familiar padre-madre. Desde antes del *Kindergarten* ya comienza su apertura

al mundo. Por si fuera poco, en los grupos viviendo en común, poco a poco se diferencian las zonas —y los objetos— pertenecientes a cada uno de ellos. Cada pareja buscaba —y se compraba— algún mueble propio, por necesidad de uso o por gusto de una decoración particular. Las frustraciones no faltaban tampoco. La experiencia en su conjunto mostraba que el «grupo» no es en sí, ni sexualmente ni en lo demás, una mónada paradisiaca.

Hans Rüttig, como muchos otros autores, se pregunta si hay en la actualidad una epidemia de «histeria sexual» en los países escandinavos (Suecia y Dinamarca, especialmente). Paul Dam, diputado socialista en Dinamarca, ha presentado un proyecto de ley en el cual propone el agrupamiento sexual en grandes familias, así como la legalización de las uniones entre homosexuales y de los matrimonios entre hermanos. «¿Es que los países nórdicos se hallan dispuestos, finalmente, a sustituir una imagen milenaria del hombre por otra en la que el amor no cuenta con ningún espacio libre, ya que el hombre sólo quiere ser conducido por los instintos?»

«No es así, responderían los escandinavos», agrega Paul Dam. Este diputado pertenece a un grupo escindido del partido comunista, pero también un grupo de la burguesía liberal ha encontrado razonables estas propuestas, mientras que Kjac Rasmussen, de la extrema izquierda, lo rechaza decididamente.

Recuerdo a este propósito que hace unos años se discutió en el Parlamento sueco la posibilidad de cambiar la ley que prohíbe el matrimonio entre hermanos. Había nacido un hijo de una pareja de hermanos en Estocolmo. No recuerdo en este momento la solución que

se dio, pero sí que la lectura de este dato me estremeció. Se trataba en un país de los que se dicen o se creen de los más civilizados del mundo de abolir toda la historia de la civilización y volver a la horda que permitía el incesto.

En Alemania, gran parte del partido socialista se ha quejado de la experiencia educativa de los grupos escolares los «Halcones» («*Falken*»), que tuvo lugar hace algunos veranos. Otros escritores daneses dicen que cualquier camino es bueno para salir de las restricciones victorianas y estiman que Suecia representa su ideal de vida. Las expresiones de «reaccionarios» se guardan para aquellos que aceptan cualquier mínima forma de represión sexual. El ministro de justicia Threstrup no ha querido hablar ni oír hablar de los matrimonios homófilos, y con respecto a las «grandes familias» (promiscuidad sexual) dice que pertenecen al pasado y asegura que Julio César en su libro sobre la guerra de las Galias ya citaba ejemplos de matrimonios en grupo. A ello ha contestado Dam que no piensa en la promiscuidad sexual, sino que las «grandes familias» vivan como los frailes y los monjes, compartiendo todo, como ocurría hasta hace poco entre los aborígenes de Groenlandia. También para los homófilos, rectifica, no pretende una unión matrimonial, sino algo análogo.

Seguramente se exagera con respecto a la situación sexual en Escandinavia. Lo que ocurre es que allí no han aceptado nunca los tabúes victorianos de los países europeos. Además, esa objetividad y naturalidad con que se habla de las experiencias de la vida íntima, no quiere decir que realmente las realicen todos. En ese

claroscuro aparece todo el mundo interpretado desde el punto de vista femenino, de lo ctónico y lo telúrico, en el que deben imperar todas las leyes de la libido no sublimada y no las del logos. Las normas vienen de abajo y no de arriba. El principio democrático se transporta así a la región de lo ético.

El gran problema es éste: ¿el hombre natural —en el sentido biológico— es antagónico con respecto a la vida del «nous», o sea, del espíritu? Así como Klages hablaba del «espíritu como enemigo del alma», ahora habría que hablar del *homo natura* como enemigo del espíritu. La pregunta ya se la hizo Freud, y su contestación es conocida. La cultura y la civilización no pueden surgir sin la represión de la libido. Dejando aparte esta cuestión es que habría que concretar el problema y preguntar hasta qué punto la prevalencia de la vida sexual como instinto amenaza la vida del Eros. Freud parece contestar que sí. De ahí la importancia de los tabúes, especialmente del inserto en el crítico momento de la evasión del mundo primitivo para pasar al civilizado (el tabú del incesto). ¿Será que esta evasión resulta innecesaria en el mundo tecnológico, lo cual supondría que la técnica conduce a la «primitivización» del hombre?

El mundo actual aparece como el mundo más complejo desde el punto de vista científico, de la cultura y de la técnica. En él que deben haberse todas las formas de la vida humana y no las del pasado. Las normas vivían de espaldas y no las del futuro. El principio de la vida humana es el principio de la vida humana. El principio de la vida humana es el principio de la vida humana.

El gran problema es este: ¿el hombre actual? El mundo actual es el mundo más complejo desde el punto de vista científico, de la cultura y de la técnica. En él que deben haberse todas las formas de la vida humana y no las del pasado. Las normas vivían de espaldas y no las del futuro. El principio de la vida humana es el principio de la vida humana. El principio de la vida humana es el principio de la vida humana.

Seguramente se cree que respecto a la vida sexual en Escandinavia. Lo que ocurre es que allí se han aceptado todas las normas de los países europeos. Además, esa libertad y actividad sexual que se habla de en los países de Europa Occidental, que se habla de en los países de Europa Occidental, que se habla de en los países de Europa Occidental.

TITULOS DE LA COLECCION

- 1 - José Botella Llusía: **La contracepción**
- 2 - Juan José López Ibor: **La revolución sexual**
- 3 - Francisco José Flórez Tascón: **La letra de la carne**

Marciano Vidal: **Etica de la sexualidad**

Fernández Cruz: **La andropausia**

María José López Ibor: **La sexualidad a encuesta**

Santiago Lorén: **Técnicas sexuales**

Mercedes Fórmica: **La mujer insatisfecha**

Dieter Wyss: **La pareja humana**

Vintila Horia: **El amor en el mundo romano**

P. Ruiz Mateos: **El amor en la Biblia**

Torcuato Luca de Tena: **El amor adolescente**

López Ibor Aliño: **Las desviaciones sexuales**

Socorro Aliño de López Ibor: **Iniciación sexual en los niños**

Botella Llusía: **La menopausia**

Gebattel: **Antropología sexual**

Santiago Lorén: **Conflictos y dificultades sexuales**

Salvador Pániker: **La sexualidad oriental**

Carmen Castro de Zubiri: **Amantes de nuestra literatura**

Francisco José Flórez Tascón: **Estructura de la pareja humana**

Manuel Fernández-Galiano: **El amor en Grecia**



PICASSO: *La Vida* (Cleveland, Museo de Arte)

La sexualidad es un tema de rabiosa vigencia, en cuya difusión existen incontrolados intereses. Se hacía necesaria, en lengua castellana, una colección que tratara de la relación hombre-mujer, la psicología de los sexos, los aspectos socioculturales, su historia, bajo la autoridad de unos especialistas que aunaran su rigor científico con una forma de comunicación amplia. Bajo la dirección del profesor Juan José López Ibor, acuden a esta colección más solventes especialistas para tratar los más comunes y naturales temas sexuales.

CUPSA editorial

Ayuntamiento de Madrid

Juan J. Ibor

José López

37

Ayuntamiento de Madrid

Juan José López Ibor LA REVOLUCIÓN SEXUAL | N